

Arturo Uslar Pietri
Los ganadores

Seix Barral  Biblioteca Breve



Arturo Uslar Pietri

Los ganadores

LAS AVENTURAS DE TELÉMACO

El día de su muerte no tuvo nada de extraordinario. Se levantó temprano y se puso a recorrer distraídamente aquella casa súbitamente vacía e irreconocible. Toda la agitación y las presencias que había traído el entierro de su anciano padre habían desaparecido. Todo parecía más grande y más extraño. Habían venido hombres y mujeres viejos. Viejos señores y viejas señoras vestidos de negros trajes inusitados, verdosos del tiempo, cabezas canas o calvas, rostros arrugados y pasos temblorosos. Con desdentadas bocas y manos huesudas y nudosas. Con nombres vagamente recordados y reminiscencias de pasados que él no había conocido o no rememoraba.

Todo aquel corredor, ahora vacío, se había poblado de filas de gente enlutada que hablaba en voz baja. En el patio, bajo los copudos árboles y sobre el espeso colchón de hojas secas, se habían formado grupos. Ahora no había sino la sombra de los árboles y aquel raro movimiento, como de olas lentas, o de breves colinas que se desplazaban, de los morrocoyes cubiertos por la hojarasca.

En la galería grande, tan olorosa a libros viejos, tapiada de anaqueles dispares, de cuyos tramos desbordaban los volúmenes de colores desvaídos, los paquetes de periódicos viejos y los flojos cartapacios rellenos de desiguales papeles, habían puesto el velatorio. Unas viejas primas dirigieron toda la noche el rezo de rosarios y letanías en torno a la urna de terciopelo negro, cubierta de adornos plateados y rodeada de sus cuatro candelabros parpadeantes. Mucha gente desconocida o remotamente recordada lo habían abrazado con apretada efusión. La palabra «pésame» sonaba y resonaba en sus

oídos. «Yo fui muy amigo de su padre». «Delfín y yo fuimos como hermanos». «Afortunadamente usted se llama también Delfín y es como otro él».

La galería parecía ahora hueca llena de la luz que entraba del primer patio sin árboles. Paseó lentamente la mirada por las estanterías. Las dos mesas del medio habían sido removidas para la ceremonia mortuoria. Ahora parecía una caverna de papeles. Habían dejado los animales empajados que asomaban por sobre la estantería o por entre los libros. Un halcón blanco y negro, algunos pájaros de colores, una guacamaya azul y roja con las largas plumas rotas y apagadas y una ardilla de ojos de vidrio agazapada en una rama seca. Toda su vida su padre había estado reuniendo libros y viejos periódicos. Los compraba, se los regalaban los amigos, los buscaba en los remates, en las librerías de lance y en las particiones de herencia. «¿Qué van a hacer con todos estos papeles viejos?», preguntaba. «Si los quiere se los damos». Regresaba a la casa con el cargamento, lleno de alegría. Pasaba varios días encerrado hojeándolos y clasificándolos. Él lo recordaba de su tiempo de niño, cuando la madre estaba viva todavía. Salía de la galería con un fajo de amarillentos impresos. «Mira lo que he encontrado aquí». Era un vetusto número de una desaparecida gaceta donde se publicaba el manifiesto de protesta de un grupo cívico contra un caudillo del siglo pasado. «Esto no lo había podido encontrar hasta ahora». Luego enumeraba historiadores y recopilaciones conocidas que no mencionaban el documento. «Lo que pasa es que aquí la gente no se da cuenta de lo que valen estos papeles». Volvía a la galería y volvía a sumergirse en su hojear solitario.

Todos aquellos impresos que estaban allí ahora, tan

solos, habían pasado por las manos del viejo. Habían llenado sus días y sus noches de hallazgos, de aventuras silenciosas, de ahogadas alegrías y de resucitadas penas. Debieron estar llenos para él de nombres, de sucesos perdidos, de violencias olvidadas, de rostros y figuras de seres desaparecidos que no había alcanzado a conocer ni siquiera él, ni aun los más viejos y enclenques que habían acudido a la casa. Todo aquello había sido la vida de aquel hombre. Sobre todo desde que murió la madre.

Entonces no quedó sino aquel recinto de olvidadas cosas donde su padre se perdía como en una navegación lejana y sin término. El resto de la casa quedaba para el niño y las criadas. Lo llamaban a las horas de comida. En la mesa hablaba con él, pero aparte de preguntarle por los estudios o comentarle brevemente algún suceso de actualidad, volvía a recaer en aquellos ayer tan alejados y en los borrosos seres que los habían poblado.

«Para Delfín no había sino sus libros», le decía una vieja amiga de su madre que había venido al duelo. «¿Y qué va a hacer usted ahora con todo este montón de libros y con los morrocayos?», le preguntaba otro anciano sin nombre. «Esto vale dinero, ¿sabe?».

Ciertos olores y ruidos estaban asociados con su infancia. El ruido de las hojas secas del patio de los árboles, entre las cuales se desplazaban los morrocayos. Eran como cortos chasquidos. Como un frotar de papeles restregados. El olor era el de los libros. Indefinible. Papel viejo con humedad de musgo y sequedad de polilla. Cada vez que un olor como aquel le llegaba le venía a la memoria la sala de los libros de su padre. Cuando había tenido que entrar a un viejo archivo para firmar una escritura o a una sacristía de pueblos para un sacramento. O aquel olor de la cera de los

cirios del velatorio. Desde que había cumplido dieciocho años no había vuelto a vivir en aquella casa. Se había marchado al interior a trabajar con su tío. Quedó el padre solo en la vieja casa. «¿Por qué no terminas los estudios?». Tal vez no quería quedarse solo. «Cuídate mucho, hijo. Desde niño tú has tenido una salud delicada. Tu pobre madre, ¿te acuerdas?...». Se había marchado para no volver sino en cortas ocasiones. A veces ni siquiera llegaba a la casa pretextando que lo habían invitado unos amigos a quedarse con ellos. Venía entonces en cortas visitas. Lo encontraba con los libros o poniéndole una lechuga a alguno de los canarios, cuyas jaulas de alambre y madera, en forma vaga de castillo, colgaban de la viga baja del corredor sobre el patio primero.

No dejaba de establecer una relación entre aquellas aves de las jaulas y las que estaban disecadas en la sala de los papeles, tiesas, mustias, polvorientas.

Hablaban un rato distraídamente, como si no hubieran dejado de verse. Contaba de los canarios, del libro que estaba hojeando o de la gotera que había empezado a caer en una habitación. «¿Te vas a quedar?». «No, esta vez no puedo. Tengo mucho que hacer allá y he venido para una cosa urgente. Me tengo que ir hoy mismo». Se sentaban un rato. El gato gris se levantaba de su rincón y venía a frotarse en sus piernas. «El canario colorado no quiere cantar. Debe estar enfermo. Hay que ponerle limón en el agua». El que estaba enfermo era el viejo. Lo veía más encorvado, más frágil, con su raído saco demasiado holgado, con sus manos translúcidas y temblorosas. «¿Cómo has estado?». Nunca se quejaba. Hacía una mueca de indiferencia y hablaba de otra cosa. Había encontrado, era ayer, era hacía una semana, un

viejo folleto publicado en tiempo de los Azules. Era la justificación de un general que se había alzado en las provincias orientales, había sido derrotado y se había refugiado en una Antilla vecina. Su padre hablaba como de algo de la más inmediata actualidad. «Allí se ve el doble juego que estaba jugando». Casi simulaba oírlo. Nada significaban para él aquellos nombres, ni aquellos sucesos. Su padre leía párrafos del folleto crujiente. Él no lo seguía. Era como si no oyera aquellas palabras que se fundían en la voz de su padre y en algún vago gesto de su mano. «Me dejaron solo. Todos los que se habían comprometido sobre su honor a apoyarme dejaron de cumplir su palabra. Con el puñado de valientes que me acompañaba tuve que enfrentarme a las fuerzas superiores y veteranas que la tiranía mandó contra mí. Combatimos con desesperación durante horas hasta que nos vimos obligados a abandonar el campo. La responsabilidad de ese fracaso no es mía. La culpa de que la república tenga que seguir soportando al tirano que la mancilla es de otros. Yo supe cumplir con mi deber». Su padre seguía leyendo. Entretanto él pensaba que el viejo estaba muy solo, que algún día, más pronto que tarde, le daría un susto. Oía lejanamente la voz del padre comentando la lectura. Hablaba del guerrero derrotado, de sus engaños y andanzas, de lo que había hecho de mal en algunas ocasiones. Él pensaba por su parte que siempre habría tiempo de llegar a acompañarlo en caso de gravedad. Ya había tenido varias crisis del corazón y eran generalmente largas. Empezaba por estar cansado, por respirar con dificultad, por sentir opresión y dolor en el pecho. Pero era fuerte. Terminaba por reponerse. ¿Por qué no la próxima vez?

Salió de la galería de los papeles hacia el corredor.

Cantaban dos de los canarios. Resonaba mucho más fuerte el canto en el espacio vacío. ¿Qué iba a hacer con los canarios? Si uno suelta uno de esos canarios lo condena a perecer. Ya no saben vivir en la naturaleza. Habría que regalárselos a alguien. Con sus jaulitas en forma de castillo o de capilla. Una cúpula de alambre y cuatro torrecitas transparentes. Adentro el salto continuo de la mancha amarilla. Eran canarios alemanes. Su padre los hacía traer y distinguía con mucha precisión sus voces y sus timbres. Habría que recordarle a la criada que les pusiera alpiste.

Entró al dormitorio. Todo estaba igual. La cama de oscura caoba tendida de blanco. La mesa de noche con el retrato de la madre. El antiguo aguamanil, de madera oscura y tapa de mármol blanco, con su jarra y su jofaina de porcelana floreada. El inmenso armario de espejo que remataba en unas volutas enroscadas y el hundido sillón de borrada tapicería, junto a la lámpara de pie. Olía a limón. Allí había pasado sus últimos días. Una larga y lenta serie de días que habían ido cambiando de contenido y de ambiente. Desde que él había llegado llamado por la criada. Lo halló acostado, más tenue y endeble que nunca. «El médico se ha empeñado en que no me levante». Sonreía con una mueca vagamente burlona. «Que bueno que hayas venido». Estuvieron un largo rato juntos, él sentado junto al enfermo, entre conversaciones deshilvanadas y silencios. A ratos le hablaba con desesperanza de su mal. Cada día estaba peor. «Es como un reloj al que se le acaba la cuerda. Se pone lento, se atrasa, los segundos se hacen más largos, las campanadas más lentas, hasta que se para».

Los primeros días no estaban sino él y el médico. El doctor venía con su maletín, lo auscultaba con el estetoscopio. «Respire con la boca abierta. Tosa». Luego le medía la tensión arterial. Después le indicaba aumentar la dosis de algún remedio. Y al final se ponían a hablar generalidades. Sin embargo, antes de que se marchara, su padre le decía: «¿Por qué no aprovechas y te haces examinar con el doctor?». «¿Sufre usted de algo?». Negaba él, pero su padre volvía a insistir. Decía que debía cuidarse del corazón. Desde niño había tenido ciertas alertas. «Te dejo una mala herencia, esta enfermedad. Debes cuidarte. Mírame a mí».

A la salida interrogaba al médico, que le respondía con gestos de desesperanza. El viejo estaba muy mal. Podía morir en cualquier momento. Le hablaba de válvulas y arterias. «Sin embargo, nadie sabe». Le venían a la memoria las láminas de la circulación de la sangre que había en los manuales del colegio. Aquellas líneas rojas y envolventes que entraban y salían de un voluminoso corazón, que no se parecía al corazón de la baraja.

En los días sucesivos fueron llegando de manera creciente amigos y familiares. «El médico no quiere que reciba visitas». De todos modos algunos penetraban hasta el dormitorio y decían desatinadas cosas. Afirmaciones absurdas de buen parecer, chascarrillos y hasta recetas de curanderos. Los demás se reunían en el corredor y conversaban sin prisa. Él iba y venía entre ellos. Era un continuo reconocimiento. «Éste es el hijo de Delfín». «¿Tú eres el hijo de Delfín? ¿Cómo va a ser?». Lo miraban como se mira un negativo para descifrar una imagen fotográfica. Comparaban en alta voz sus rasgos con los de su padre. De la comparación pasaban a los

recuerdos. Eran recuerdos de juventud del viejo Delfín. Hablaban como de un hombre distinto al que él había conocido. De baladronadas y aventuras picarescas. De añejos enamoramientos. De las perdidas ocasiones en que estuvo a punto de desempeñar importantes funciones en la vida nacional. «Hubiera sido Ministro entonces, pero...». Empezaba una larga historia de muchos años atrás, de cuando él apenas era un niño. Seguía de largo sin oír el final.

A medida que pasaban los días el número de los visitantes crecía y se hacía más inesperado. Llenaban el corredor, la sala de los libros y hasta el patio sin árboles. Gente añosa y desconocida. «Éste es el hijo de Delfín». Venían los abrazos y las rememoraciones. Unas señoras de movimientos lentos, muy gordas, con un habla sibilante difícil de entender. «Yo fui muy amiga de tu madre».

A ratos iba como a un refugio al cuarto donde su padre esperaba la muerte. Nunca había habido tanta gente en aquella casa. No había llegado nunca a pensar que su padre tuviera tantos amigos y conocidos. Todos los días llegaban otros más desconocidos y más anacrónicos. ¿Dónde y cómo aquel ser solitario y apartado había formado tantas amistades y relaciones? Nunca lo había visto reunirse con más de una o dos personas a la vez. Tal vez las había conocido y tratado en otra época de su vida. Cuando él era niño o cuando no había nacido todavía. O en los largos años últimos en que había vivido en el interior, lejos de la casa paterna. Pero allí estaban ahora y hablaban de su padre, parecían interesarse por él. Era como si se le hubiera revelado de pronto, inesperadamente, la importancia desconocida de aquel hombre junto al que había vivido tantos años sin darse

cuenta. ¿Qué significaba aquello, qué movía a aquella gente?

A veces, con mucho esfuerzo, su padre le preguntaba por quiénes habían venido. Parecía como si los esperaba. Él iba nombrando los pocos nombres que había identificado. A cada uno el moribundo sonreía como con una secreta complacencia. Preguntaba con voz apagadiza: «¿Y quién más?». No recordaba más nombres. Le decía que mucha gente, imuchísima!

A veces, con esfuerzo, preguntaba por un nombre. ¿Quién? Entraban en una búsqueda en la que el padre, con lenta angustia, trataba de recordarle una persona olvidada y hasta desconocida. «No, ese no. ¿No te acuerdas del marido de Carmela? El tío de los Rodríguez. ¿El que te regaló hace tantos años aquel caballito de palo?». Era como un bucear en agua profunda que extenuaba al enfermo. Finalmente, para cortar la búsqueda, fingía recordar.

«Sí, claro». No recordaba nada. Podía ser uno cualquiera de aquellos individuos para él innominados que esperaban en los corredores o algún otro perdido y hasta muerto.

Algunos de los visitantes se reunían en la sala de los libros. No faltaban quienes tomaban volúmenes y viejos periódicos para hojearlos. Entre ellos comentaban en voz baja lo que leían. Para él no eran sino gentes desconocidas y remotas que hablaban de otras gentes más desconocidas y remotas. A veces discutían con acritud sobre algún hecho o personaje a propósito de algo encontrado en un libro. Ocasionalmente él se detenía junto a ellos y le hacían preguntas sobre el libro que hojearan o sobre algún otro que debía estar en alguna parte de la apretada fila de lomos gastados. No sabía. El que sabía era su

padre, el único que conocía con exactitud donde estaba cada tomo, cada folleto, cada manuscrito. Iba con seguridad hasta el sitio preciso y extraía el libro. Ahora nadie más podría hacerlo. Ahora para él y para los demás todos aquellos libros se habían fundido y borrado en una masa uniforme. Habría que hacer un catálogo. Pero ¿para qué? ¿Para quién? Ahora que la casa iba a quedar vacía.

Era lo que pensaba en los días siguientes, dentro de la casa sola. ¿Qué se podía hacer con aquello? Él no pensaba ni volver a la ciudad ni menos vivir en aquella casa. Por el momento se quedaría en el interior. Tenía mucho que hacer todavía. Se vendería la casa. Debía valer bastante. También vendería los libros y algo darían por los viejos muebles. Qué iba él a guardar de todo aquel desecho.

A medida que habían ido pasando los días y que su padre se agravaba el flujo de visitantes había aumentado. Hubo tardes en que se llenaron las salas, los corredores y los dos patios. Cada vez eran más y cada vez eran más desconocidos. En la oscura sala que casi nunca se había abierto estaban las señoras. Conversaban en cerrados grupos. En los corredores y los patios se esparcían los hombres. Muy pronto faltaron sillas. La mayor parte de los hombres tenía que permanecer de pie. No llegó a quedar sino una habitación descongestionada en la casa, la del enfermo. Pero el rumor espeso de las conversaciones y de alguna voz demasiado alta y destemplada penetraban hasta ella y alcanzaba al anciano. «¿Como que hay mucha gente?» preguntaba más con la expresión que con la voz. Había que explicarle, con los nombres que podía recordar. Hasta que volvía a caer en su somnolencia ahogada.

¿De dónde habían salido tantos amigos de su padre?

Nada en su vida o en lo poco que él conocía de ella, le había hecho sospechar semejante posibilidad. Parecía más bien un hombre solo y con pocas relaciones, metido en sus papeles, en su rutina, en su aislada casa. A menos que hubiera hecho tantas amistades y relaciones durante aquellos años últimos en que él había vivido fuera de la ciudad. Que hubiera ido ganando y sumando amigos y conocidos hasta aquel momento de revelación de su agonía. Parecía más bien una vasta ceremonia desorganizada, un bautizo, una graduación, el inesperado nombramiento de un alto funcionario. «Yo no sabía que el viejo tuviera tantos amigos» le confió a uno de los desconocidos. «Yo tampoco» le replicó el otro. Así continuó la situación hasta culminar en el día del entierro. Había muerto en la mañana. El propio agonizante lo había anunciado. «No pasaré de hoy».

Ahora, en la casa más vacía que nunca, volvía a pensar en aquella hora tan próxima y tan extraña. Por una serie de vísperas crecientes su padre había llegado al día de su muerte. Había entrado en él como una estación esperada. Sintió llegar y hasta midiéndolo en todo el cambio que en su torno ocurría. Había conocido su día. Tal vez lo había preparado. Había ido llegando a él como a una culminación. Paso a paso, medidamente. Había habido más gente que nunca, más espeso rumor de voces, como un coro o como una marcha. Era él mismo quien había dicho: «Hoy»; «No pasaré de hoy». No iba a ser así cuando él muriera. ¿O iba a ser también así? Como los animales por instinto husmean y reconocen los sitios de peligro él iba igualmente a sentir llegar ese día. Sería también entre otras gentes extrañas. Muchos que ni siquiera conocía todavía, amigos que estaba por hallar en los años venideros, hasta una esposa y unos hijos que

podrían surgir en ese futuro impreciso y alejado. ¿Quién sabe cuándo sería y dónde sería? Estaría viendo y sintiendo todo lo que lo iba a acompañar hasta el fin. Hasta ese punto en que dejaría de sentir todo. En que ya no sería, sino aquella cosa incomunicada e incomunicable en que se había convertido su padre después de expirar.

En esos días finales de su padre había vuelto a alojarse en su habitación de niño. Le parecía ahora muy pequeña y estrecha. Apenas quedaban los muebles y algunos cromos en las paredes. Y aquella ventana que daba al patio trasero desde la que, acodado en el alféizar, veía moverse entre la hojarasca las masas lentas de los morrocoyes. A veces, entre las hojas secas, asomaban las espesas conchas con sus cuadros amarillentos y alguna amorcillada cabeza oscura que parecía pertenecer a otro cuerpo.

Asomado allí sintió el mareo. Como si fuera a desvanecerse. Un malestar frío que le subía desde adentro. Era el mismo que había sentido otras veces, el mismo que alarmaba a su padre. «Tienes que ver eso con cuidado». Se dirigió tambaleante a la silla y se dejó caer sobre ella. Cerró los ojos. Un sudor frío le cubría todo el cuerpo y una náusea incontenible le asomaba a la boca. Se puso a escupir aquella espesa saliva que le fluía sin término.

No se iba a morir así. Hubiera sido absurdo. Era un hombre joven y tenía toda la vida por delante. Habría un tiempo para eso más tarde. Mucho más tarde. En los años apenas vislumbrados de la vejez. Cuando estuviera encanecido y caduco como su padre. Se iba llegando a la muerte lentamente como a una maduración final. Por pasos, por grados, por lentos y medidos avances. Así había sido el proceso de su padre. Varios años de sentirse

cada vez más débil y más enfermo. Sucesivos y cortados episodios de gravedad. Días de cama para luego volver a su rutina ordinaria. Hasta que al fin. Al fin era aquel remate intenso y medido que había sido la muerte del viejo Delfín. Dentro de muchos años, en otra casa, en otra ciudad tal vez, en otra hora, rodeado de muchas y nuevas gentes, vendría ese día para él. Lo iba a sentir venir y presentarse. Se debía sentir como la llegada de un cambio de clima. Como un anuncio de tiempo de tormenta. El asalto de un viento frío y húmedo que penetra hasta los huesos.

Esta no podía ser su hora. Era un malestar pasajero. Como el que había tenido hacía poco más de un año. Regresaba de un paseo de campo. Le había dado el mismo mareo, el mismo sudor helado, la misma ansiedad para respirar. Y, antes, otras veces. De adolescente le había dado el mismo accidente. Su padre se había alarmado mucho. Vino el médico. Fue entonces cuando le debieron decir que algo malo tenía en el corazón. «No es nada, hijo. Un pequeño defecto que a lo mejor se corrige solo. Pero tienes que cuidarte».

La presencia de esa amenaza lo había acompañado siempre. Cada vez que oía de alguien que había muerto del corazón pensaba en su caso. «El día menos pensado». Pero desechara rápidamente el frío fantasma.

Ya se le estaba pasando. Respiraba mejor. Tomó dos o tres inhalaciones profundas. Se secó el sudor de la frente. «Ya pasó». Se quedó un largo rato quieto. Luego se enderezó en la silla. Todo iba bien. No quedaba nada del mareo. «Vamos a esperar un poco».

Ya estaba oscureciendo cuando salió de la habitación. La casa estaba sin luces. Fue encendiendo lámparas a medida que avanzaba por el corredor. La criada lo sintió y

vino. «¿A qué hora quiere comer?». Comer. No tenía apetito. «Más tarde, dentro de una hora».

Al día siguiente iba a partir de regreso. Volvería luego para terminar todos los arreglos sobre la casa y la herencia. Tal vez podría asociarse con alguien para construir un edificio moderno en aquel terreno de la vieja casa. Varios apartamentos pequeños. Él mismo podría reservarse uno para sus venidas a la ciudad. Veía en la imaginación la fachada lisa y alta con sus filas de ventanas metálicas. Eso no lo hubiera hecho nunca su padre. Para él una casa era aquella extensión abierta y penumbrosa de alcobas, corredores y patios. «Ya eso no es posible en esta época».

Tal vez con una hipoteca se podría levantar el dinero suficiente para comenzar. Habría que sacar muy bien las cuentas. Entró a la sala de los libros. Encendió la luz y empezó lentamente a desfilarse frente a los estantes. Iba a tomar un libro para leer esa noche antes de dormir. Estuvo paseando la mirada por los lomos. Algunos estaban demasiado borrosos para poder entenderlos. Tomó uno de los más pequeños. «Las aventuras de Telémaco». Lo hojeó mientras caminaba.

Era una antigua edición en fino papel poroso, tenía ilustraciones de héroes griegos y de hermosas mujeres semidesnudas. Debía ser el mismo que su padre se había empeñado en que leyera en sus tiempos de colegio. Casi recordaba las frases con que se lo recomendaba y le insistía en la lectura. Nunca había podido pasar más allá de las primeras páginas. Pero ahora iba a leerlo.

La criada vino a llamarlo. Tomó un poco de caldo y no probó más nada. «No tengo apetito». Luego se marchó a su habitación. «Apague todo y que pase una buena noche». Se desvistió lentamente. Oyó los pasos de

la criada que iba apagando luces y cerrando puertas. Se tendió en la cama y tomó el libro. Abrió la primera página. Más que leer era casi adivinar: «Calipso no se podía consolar de la partida de Ulises». Calipso. Negras antillanas, oleaje de caderas, bocas y ojos blancos, sonsonete de baile. Estuvo un rato sin leer. Siguió. El dolor brutal le desgarró el pecho. Trató de incorporarse y recayó precipitado en una oscura profundidad sin término.

LA PLUMA DEL ARCÁNGEL

Aquí tengo la pluma del arcángel. Es blanca y extraordinariamente larga. En la parte más ancha la disposición de los filamentos forma como un ruedo traslúcido. Ya está un poco amarillosa de tiempo. La punta del cañón cortada en chaflán conserva la mancha seca de la tinta con la que escribía Gabriel.

Nada pasaba ni había pasado en el pueblo hasta que llegó el nuevo telegrafista. Yo fui uno de los primeros en conocerlo. Había comenzado con su antecesor, en las horas que me dejaba libre el colegio, a ayudar a pasar en limpio los telegramas. Con mi excelente letra inglesa, tan perfilada y clara, copiaba, del cuaderno en que el telegrafista escribía, los mensajes a las hojas amplias, encabezadas por el escudo nacional y por dos haces de rayos, los doblaba, los ponía en su sobre y los entregaba al repartidor.

Era la única forma de comunicación rápida que había. Lo demás era el camino de recuas, formado de polvo, barro, laderas peladas y precipicios. Una raya estrecha de tierra rota en el lomo ondulante de la sierra. El autobús tomaba días para llegar dando tumbos de pueblo en pueblo. Las recuas no parecían llegar nunca.

Cuando murió el telegrafista hubo varios días como de ahogo. Se estaba cortado de la capital, de las otras ciudades, de las manchas de gente regadas en aquellas leguas sin cuento de montes y llanos y pasos de río. Hasta que llegó Gabriel.

Gabriel me impresionó mucho desde su llegada. Era flaco, inquieto, de pelo muy negro, con una raya de bigote recortado. Cuando no estaba recibiendo en el aparato Morse, se asomaba a la ventana a ver pasar a los

transeúntes y me acribillaba a preguntas sobre el pueblo. «No me digas señor Vilano, dime Gabriel, eso basta». «A ti, yo te voy a llamar Lazarillo. Aquí yo soy un ciego y eres tú quien me va a guiar».

Saltaba de un tema a otro. Preguntaba por una persona y luego pasaba a contar algo que le había sucedido antes de venir al pueblo, que tampoco terminaba porque se quedaba callado o cambiaba de asunto. «Este pueblo parece muy aburrido, ¿verdad?».

Asomado a la ventana veía los pocos vecinos que pasaban por la calle. Los que asomaban a los portones entrecerrados, los que iban a la casa de gobierno, los que se detenían a la puerta del abasto y botillería de Gravina, las señoras que iban a la iglesia, tocadas con mantillas de encaje, y los que desfilaban al trote de un fino caballo pajarero rumbo a algún campo. «¿Quién es ese?». Yo me asomaba. «Ese es Don Elías, el dueño de Santa Rosa. Una gran finca cerca de aquí». El Gobernador pasaba a horas fijas en su automóvil, levantando polvo. No se le distinguía sino el gran sombrero de Panamá y los bigotazos. Junto al chofer iba un guardia y a su lado alguien que le hablaba y lo hacía reír. «¿Y quién es ese que va siempre con él?». Le explicaba quién era. El amigo y confidente del Gobernador, su hombre de confianza y socio en trácalas.

Por la tarde aparecían las mujeres de clase alta. Las que salían en grupo hacia la plaza de la Iglesia y las que abrían las ventanas para sentarse, muy puestas, a ser saludadas por los paseantes.

«¿Quién es ése? Ese joven lleno de colgajos y adornos. Parece un santo en procesión». Yo le explicaba. Era el hijo del Gobernador. Sus íntimos lo llamaban Nacho. Ignacio. Tenía el mejor automóvil, los mejores caballos, los trajes

más vistosos. Cuando tenía que pagar algo sacaba un mazo de billetes y lo tiraba sobre la mesa. Lo acompañaba un grupo de amigotes que todo se lo reían y aplaudían.

«¿Y la muchacha? ¿La vestida de azul?». ¿Quién no la conocía? Era la niña Fina, la hija de Misia Margara. La muchacha más bonita del pueblo. Iba con su madre y con otras amigas hacia la iglesia. El hijo del Gobernador le hablaba gesticulando y haciendo aspavientos en medio del coro de sus acompañantes.

«¿Es su novio?». Yo no sabía. Nacho enamoraba a todas las muchachas del pueblo, no había ventana donde no se parase a hablar con alguna joven, no había fiesta en que no acosara a alguna con sus burdos avances. No le teníamos simpatía a Nacho.

Dos veces al día yo debía entregar los telegramas al repartidor, cerca del mediodía y ya al final de la tarde. Nunca eran muchos. Un pequeño paquete de sobres blancos, que casi todos iban dirigidos a las cuatro o cinco calles principales que rodeaban la plaza mayor. Después, terminado el trabajo, podía irme a mi casa.

A poco de llegar Gabriel me ocurrió la primera sorpresa con él. Había llegado un mensaje en la mañana en que le comunicaban a la vieja señora Rodríguez que una hermana suya había muerto en la capital. Era una familia numerosa. Hijos casados, sobrinos, cuñados. Algunos se habían marchado del pueblo. Estaban en otras poblaciones lejanas o en la capital. Cuando recibió el mensaje Gabriel me estuvo preguntando quiénes eran, qué hacían, dónde vivían. Yo le expliqué con detalles todo lo que sabía de aquella familia. Por la ventana le enseñé la casa de la madre que quedaba al final de la misma cuadra. Una casa tranquila con dos ventanas verdes cerradas y un portón entreabierto.

«Espérate», me dijo cuando le iba a entregar el telegrama al repartidor. «Ven a ver». Nos asomamos a la ventana y me señaló la casa. «¿Ves algo?». No se veía nada de particular. No entraba, ni salía, ni asomaba nadie. «Todo está quieto y seguirá quieto, hasta que llegue ese papel». Yo no comprendía.

«Cuando llegue ese papel todo va a cambiar». Durante el resto de la mañana continuó asomándose para mirar hacia la casa de los Rodríguez.

«Sigue tranquila, fíjate. Vamos a dejarla tranquila todavía otro rato». Gesticulando y a grandes pasos me decía desde el centro del cuarto: «Yo soy el que va a decidir cuándo todo va a cambiar». Al comienzo de la tarde le entregó al mensajero ese solo telegrama. Me llamó para que lo acompañara a la ventana. Iba siguiendo los pasos del repartidor y describiéndolos en alta voz como si yo no los estuviera viendo igualmente. «Allí va. Le falta todavía. Ya llega a la puerta. Ya entró. Ya debe estar tocando en el entrepuerto. Debe haberlo entregado». Pasó un rato que pareció largo. «Salió. Viene de regreso». Agarrado a los barrotes de la reja miraba con fijeza. «Mira ahora. Fíjate bien. Ahora todo va a cambiar».

Poco después, con pasos apresurados, salieron de la casa dos mujeres que parecían huir y que se separaron en la calle. Una entraba y salía rápidamente en las casas vecinas, la otra cruzó por la primera esquina. «Ahora vas a ver. No te distraigas». Muy poco después, de las casas vecinas, de las bocacalles, salieron, solos o por parejas, hombres y mujeres que enfilaban hacia la puerta de la casa de los Rodríguez. «Ves ahora». Gestos de prisa, caras compungidas, mujeres con pañolones negros, cada vez en mayor número, iban entrando por la puerta. Gabriel se

frotaba las manos. «Hasta que no llegó el papel. ¿Viste? Hasta que no mandamos ese pedazo de papel». Estaba exaltado. «Hemos podido mandarlo antes y todo esto habría ocurrido esta mañana. O podríamos tenerlo todavía aquí y nada estaría pasando en esa casa. ¿Te das cuenta?».

Desde ese día comencé a ver a Gabriel de otra manera. La casa de los Rodríguez estuvo llena de gente toda la tarde y la noche. Entraban y salían personas vestidas de negro. Yo miraba de reojo a Gabriel. Era como si él hubiera hecho todo aquello.

Cuando no tenía que hacer se paseaba mientras leía un libro. De pronto daba unos pasos cortos y rápidos sobre la punta de los pies, como si tratara de escalar el aire. Esto lo pensé más tarde.

Cuando empezaba el martilleo del receptor y brotaba la cinta blanca marcada con los puntos y las rayas, suspendía la caminata y observaba el aparato. «Ese es un mensaje importante», me decía. «¿Cómo lo sabe?». «Por el sonido. Yo los distingo».

A veces, mientras transcribía los signos, yo aprovechaba, con disimulo, para mirar el libro que había dejado sobre la mesa. Eran siempre libros pequeños, amarillos, sucios y deslomados, llenos de rayas de lápiz y de frases al margen. *La cuestión social*, *Justicia y pan*, *Palabras de un combatiente*. A veces me sorprendía con su mirada reconcentrada. «Eso no lo puedes leer tú todavía. No podrías comprenderlo». Tomaba el libro bruscamente y lo encerraba en una gaveta.

Salía poco Gabriel. Entre la sala del aparato y el cuartucho donde dormía pasaba lo más del tiempo. Se asomaba a veces al corral y hacía piruetas colgándose de las ramas bajas de los árboles. O se estaba en la ventana o

en el portón mirando pasar la gente. Iba a comer a una fonda cercana, apartado en una mesa, solo, sin entrar en conversación con ningún comensal.

A veces me decía: «Este pueblo está dormido. ¿No te das cuenta? Habría que despertarlo. Todo cambiaría». Por la tarde llegaba a la plaza el autobús de Los Bajos. Él se asomaba invariablemente para verlo llegar. Bajaba poca gente. Venía lleno de paquetes, cajas marcadas y algún saco de lona del correo. «Es todo lo que pasa aquí. La salida del autobús por la mañana, el regreso por la tarde. Esto tendría que cambiar».

«Éste hay que firmarlo de otro modo». Había llegado, desde la capital, un telegrama del Jefe Supremo. Con su propia letra grande y angulosa escribió las palabras del mensaje pero cuando fue a poner la firma dejó el palillero con su punta de metal, se fue al cuartucho donde guardaba sus cosas y volvió con una extraña pluma blanca en la mano. «Esto hay que firmarlo con la pluma del arcángel». Con mucha lentitud mojó la punta en tinta y trazó con sesgos rápidos y altos las letras de la firma. Una A como cabeza de flecha y, luego, en ángulo agudo descendente hasta el zigzag de la zeta final, el apellido breve y tajante del Jefe. «Es el poder. Para eso se requiere la pluma del arcángel». Entonces la mostró, alzándola en la mano con un gesto solemne. «No se te ocurra tocarla». Como si llevara un objeto sagrado volvió a la habitación a guardarla.

Cuando tuve más confianza y cuando ya lo había visto repetir la misma escena cada vez que llegaba una misiva del Presidente, le pregunté sobre aquella curiosa pluma.

Puso cara de disgusto. «Preguntas demasiado. Confórmate con ver y observar». Después, como para

atenuar su actitud, añadió: «Algún día te lo diré. Si te lo contara ahora no me lo creerías. Vendrá su tiempo. Es como si yo te dijera que vuelo. No me lo podrías creer».

Debió mirar el asombro y hasta el susto en mi expresión. «Cuando yo uso esa pluma para poner la firma del Jefe, no es por el Jefe, es por la potestad. No es él. Es ese nombre, esa palabra, que yo firmo como si me quemara. Para eso es la pluma del arcángel».

Cortaba la conversación y regresaba al mundo ordinario como si se transformara. Entre el martilleo de la máquina y las voces de los que pasaban por la calle.

«Tú no sabes lo que es el poder», me dijo en otra ocasión, cuando terminaba de transcribir uno de aquellos telegramas del Jefe Supremo. «Todo está en las manos de ese hombre. Todo depende de él». Gabriel lo había visto, de lejos, alguna vez en la apartada ciudad donde se encerraba. Yo no lo había visto sino en fotografías de periódicos. Era aquel viejo de bigote blanco y mirada dura, vestido de militar. Eran muchos los telegramas que iban dirigidos a él. Gabriel los leía con detención, en alta voz. Le pedían ayudas de dinero, nombramientos para familiares, pasajes para viajar, le enviaban felicitaciones por algún aniversario, por algún suceso. Lo nombraban padrino de bodas y de bautizos. Las respuestas eran breves. Gabriel las transcribía en elaborados rasgos y luego buscaba la pluma blanca para poner la firma. Una firma como un lanzazo.

El telegrama podía decir: «Puede venir». Alguien iba a salir en volandas para la capital. O, de manera imprecisa: «Oportunamente resolveré su asunto». Era aquel telegrama que envejecía arrugado en un bolsillo, que se mostraba varias veces al día a amigos y relacionados para pedirles opinión. Mientras pasaban los

días sin que nada resultara. O era aquel breve mensaje al Gobernador. «Proceda a detener de inmediato a...». Era aquel hombre empavorecido que una hora después iba a salir de su casa entre dos guardias para no volver en años o más nunca. «Eso es el poder, Lazarillo. Una cosa muy grande. Tú te das cuenta de lo que significa poderlo todo. Un solo hombre que lo puede todo. Con una palabra».

Yo lo veía con fascinación, como a un prestidigitador sacar palomas del sombrero y monedas de las puntas de los dedos. ¿Qué quería decir Gabriel? Hablaba como para sí mismo y no para mí. Pero era a mí a quien lo decía como si revelara un profundo misterio. «A ese hombre le basta con una palabra, con una sola palabra. Si dice “hágase”, se hace, si dice “no se haga”, no se hace. Todo lo puede. Lo único que no puede es resucitar a alguien... y sin embargo...». Se quedó un rato pensativo como dudando entre decirlo o no. «Y sin embargo, gentes que estaban como muertas, desaparecidas de la vida en años y años de cárcel, sin que nadie hubiera vuelto a verlas, un día volvían a aparecer. Como Lázaro de la tumba. Para asombro de todos, se presentaban en su pueblo, en su casa, en su familia. Ya los demás casi ni se acordaban de ellos después de tantos años. La familia se ponía a llorar y a dar voces de sorpresa como si hubieran vuelto de la muerte. Eran como resucitados. Había bastado que el Jefe un día se le ocurriera devolverlos a la vida. ¿Te das cuenta, Lazarillo? Eso es el poder».

Una mañana se regó por el pueblo la escandalosa noticia. Yo la supe temprano. Por la noche, Nacho, el hijo del Gobernador, había raptado a la niña Fina. La gente lo comentaba en voz baja con temor. Hubo menos movimiento en la calle. Las pocas mujeres que entraban o salían de los zaguanes solitarios llevaban la noticia. Al

Gobernador no lo vieron salir esa mañana. Raras personas se acercaron a la casa de Misia Márgara a inquirir. Era mejor no mezclarse en aquello. En cada rincón, en cada cuchicheo la escena cambiaba y se complicaba. Había llegado tarde en la noche. Acompañado de dos espalderos. Había sacado a la niña a la fuerza. Había quien lo había visto. El transeúnte tardío. El que vio arrancar un automóvil en la sombra, con la moza adentro, dando voces de auxilio.

Cuando llegué a la oficina se lo dije a Gabriel. Parecía no entender. Tuve que repetírselo. «Sí. Nacho se llevó a la hija de Misia Márgara». «No puede ser». Entró en una furia silenciosa que lo tuvo reconcentrado y apartado todo el día.

Entre comentarios y mudeces aquello nos duró horas. La casa oscura. Unas linternas sueltas. Un abrir de puertas hasta topar con la niña. Fina entre sábanas. Una mano que le tapaba la boca. Los gritos de Misia Márgara resonando. La salida con pataleos y empujones por el zaguán angosto. Misia Márgara tratando de sujetar a Nacho. La tiraron al suelo. El automóvil que arranca. Misia Márgara a medio vestir que sale a implorar al Gobernador. No la dejaron pasar los guardias. «Es mi niña».

Ahora, en el largo día, Nacho la tendría en alguna casa de hacienda de los alrededores. Ya la niña Fina estaría resignada y sumisa. Ya Nacho debía andar pavoneándose por los corredores delante de sus guardaespaldas. Hasta algún chiste soez habría hecho.

Cuando ya me iba a marchar por la tarde me pidió que esperara un poco más. Se sentó a la mesa, escribió sin pausa un largo texto, fue a buscar la pluma blanca y estampó con fuerza la firma, «Ponle el sobre y llévalo».

Tuve que leerlo dos veces: «Mucho me complace que Nacho, su apreciado hijo, se case hoy mismo con la distinguida señorita hija de doña Márgara. Tendré especial gusto en ser el padrino. Su amigo». Y al pie, como un tajo, la firma del Jefe. «Cuando llegó esto?». Gabriel, de pie, sonrea y se frotaba las manos. «Llévalo tú ahora mismo».

Salí con temor. Gabriel me observaba desde la ventana. Llege al gran portón de la casa del Gobernador. Me detuvo la guardia. Entrege el telegrama y me tardé un rato antes de regresar. De pronto empezó a oírse la voz del Gobernador llamando a gritos. Llamaba a su esposa, a su secretario. Era una voz de ahogo. El guardia de la puerta me miró con malos ojos. Salí rápidamente y regresé a donde Gabriel.

Nos pusimos en la ventana al acecho. Salían guardias de prisa y regresaban acompañados de algunos funcionarios conocidos. Más tarde vimos al Secretario y a otra persona salir violentamente en un automóvil. Ya oscureciendo regresó el automóvil. Nacho y Fina bajaron como dos presos.

Nacho discutía con uno de los guardias. Gabriel parecía intervenir en la escena. Daba rdenes tartajosas como si los guardias estuvieran cerca de él para oírlo y obedecerle. La pareja desapareció por el zaguán. «Nos vamos a perder de lo mejor, Lazarillo. Qué caras habran puesto todos». A poco llegó otro automóvil con Misia Márgara adentro. Vestida de negro, llorosa, sonandose las narices con el pañuelo. Casi junto con ella aparecieron el cura y el alcalde. «Ya está», decía Gabriel entre dientes. «Ya se están casando». Imitaba la voz del alcalde: «En nombre de la República y por autoridad de la ley...».

Luego, con los gestos pausados del cura se volvió

hacia mí, levantó los brazos litúrgicamente, dijo unos latinazos y trazó una cruz en bendición.

«Ya se casaron». Vino hacia mí y me apretó en un abrazo largo y tembloroso. Esa misma noche la noticia corrió por todo el pueblo. Un empleado de la Secretaría trajo al telégrafo un mensaje del Gobernador para el Jefe Supremo.

«Me complace comunicarle que acabamos de celebrar el matrimonio de Nacho y Fina. Los dos agradecen su padrinzago y piden su bendición. Su subalterno y amigo».

Por la mañana cuando llegué me enseñó el telegrama. Saltaba de contento. «¿Y ahora?». «Ahora se guarda». Lo metió en una carpeta del archivo.

Ese día y los siguientes estuvo recorriendo el pueblo para recoger impresiones. Se acercaba a los grupos y oía los comentarios. No se hablaba de otra cosa que de aquel matrimonio inesperado. Nadie hubiera creído que Nacho tuviera que casarse así. Que el Gobernador hubiera tenido que improvisar aquella ceremonia atropellada. Se contaban detalles de equivocaciones y estallidos de mal humor.

«Este hombre». Así mencionaban al Jefe. «Con este hombre no se juega». Gabriel se metía en la conversación a inquirir. Todos exageraban el asombro. A medida que avanzaba de grupo en grupo y de puerta en puerta se exaltaba más. A cada instante cruzaba sus miradas con las mías para medir la impresión que todo aquello podía haberme causado.

El aire del pueblo cambió. Había como un nuevo temor y una nueva esperanza. Llegaban mensajes en abundancia para el Jefe renovando viejos pedidos. Había menos gente a la puerta del Gobernador pero en cambio

comenzaron a aumentar los visitantes a la habitación de Misia Márgara. «Esto está cambiando, Lazarillo».

Ya desde el día siguiente la casa de la madre de Fina empezó a llenarse de visitantes. Con todos los pretextos y motivos. Felicitarla por la boda o pedirle la intercesión en algún asunto.

«Vamos a ver eso». Nos llegamos hasta la casa de la vieja señora.

Cuando llegamos la casa estaba llena de visitantes. No era fácil llegar hasta Misia Márgara refugiada en su pequeña sala, rodeada de muchas personas que trataban de hablarle a un tiempo. Las otras habitaciones, el corredor y el patio parecían un mercado que desbordaba hacia la calle por el zaguán. Logramos deslizarnos al interior. Eran gentes de todas clases. Viejas de pañolón, señores mayores de raídos trajes, empleados de la Gobernación, campesinos. Todos parecían alhelados. «¿Ya usted habló con la señora?». «No, todavía». Se oía el rumor de las voces como un eco de coro. Algunos alzaban las manos con papeles escritos. «Aquí le traigo escrito lo que quiero». Hablaban de escaseces, dolencias y presos. «Me dicen que esta señora es muy buena y que el Gobernador la quiere complacer en todo».

A medida que lentamente avanzábamos, íbamos oyendo y recogiendo. Pedían la libertad de un preso, la suspensión de una multa, el permiso para beneficiar una res, el regalo de una silla de ruedas, un puesto para el marido o para el hijo. Gabriel comenzó a anotar las peticiones en una libreta que había sacado del bolsillo. No le era fácil averiguar de lo que se trataba. Las

explicaciones eran confusas. No se sabía bien quién era el preso, ni por qué lo estaba. «Pero fue que hirió a otro hombre». «No señor, no es verdad. Dijeron eso para embromarlo. Él no hirió a nadie. Lo que hizo fue defenderse».

«¿Dónde lo tienen?». Era en la calle de atrás, en el caserón mustio que servía de cárcel, en algún cuartucho enrejado, en el patio del fondo. Gabriel anotaba.

«No se preocupe, eso se arregla».

Se le fue casi toda la mañana en oír y anotar las peticiones. Llegó al telégrafo por un rato para ver si había algún mensaje en la cinta. Era poco lo que había y sin importancia. Por la tarde volvimos a la casa de Misia Márgara. Había más gente a la espera. Al verlo llegar se precipitaron sobre él para entregarle sus papeles y explicarle sus casos.

Retornamos tarde a la oficina. «Vente mañana temprano», me dijo. «Va a ser un gran día».

Cuando llegué estaba sentado en la mesa escribiendo febrilmente hojas y hojas de telegramas. Tenía a un lado un montón ya escrito. A ratos miraba los apuntes que había tomado y redactaba más mensajes.

Buscó la pluma blanca y se puso a firmar velozmente. Me los pasó. «Ponlos en los sobres y llévalos».

Mientras los doblaba los leía. Todos aparecían firmados por el Jefe. Eran órdenes de poner en libertad presos, de suspender multas, de entregar dádivas. Otros iban dirigidos a los propios solicitantes o sus familias anunciándoles las decisiones favorables que habían sido tomadas.

Yo permanecí un rato con el paquete de mensajes en las manos sin saber qué hacer. Se dio cuenta y vino sobre

mí arrebatado de furia. «¿Qué estás esperando?». Decía que nunca había habido un día como aquel en el pueblo. Nunca más lo habría. Todos iban a obtener lo que esperaban. La dádiva, la libertad, el permiso. Todo iba a cambiar en un momento. «Nunca hubieran podido soñar con esto».

«Lazarillo, estás muy joven para entender, pero algún día te vas a acordar de esto y verás que es lo más grande que ha pasado en tu vida. Ve pronto a llevar esos telegramas».

Fue como un reguero de pólvora encendido. En cada casa en que entraba estallaban las voces. Anunciaban los libertados, los favorecidos. Salían a la calle a avisarlo a los amigos. En la Casa de Gobierno hubo una agitación nunca vista. A la puerta de la cárcel comenzaron a agolparse parientes de presos. Pequeños grupos, como de hormigas, se retiraban rodeando a un hombre barbudo y pálido al que agobiaban entre abrazos y apretones.

Para el atardecer todo el pueblo estaba en efervescencia. Puertas y ventanas abiertas y gente que entraba y salía de las casas como si todo estuviera de fiesta.

Acompañé al telegrafista hasta entrada la noche. Toda la población era una feria nunca vista. Yo sentía temor, pero miraba a Gabriel en una increíble calma. «Hasta mañana», le dije. «¿Sabes qué día es hoy? Hoy es San Gabriel».

No hallé qué responder. Me marché con prisa y tomé una vía desusada para no pasar ante la casa del Gobernador. Se oían guitarras y cantos, y hombres y mujeres se abrazaban en las calles como si fuera Año Nuevo. Los de mi casa habían salido y yo me encerré en mi cuarto como para esconderme.

Al día siguiente salí tarde. Noté que el ambiente había cambiado. No estaba Gabriel en la oficina. Recorrí la casa y comencé a sentir angustia. Salí apresurado a buscarlo en los lugares que frecuentaba.

Pregunté en la estación de autobuses. No lo habían visto. Nadie pudo darme razón. Cuando volví al telégrafo encontré a varios hombres de la Gobernación que hurgaban los papeles y tenían todo revuelto. Me preguntaron por Gabriel. «No lo he visto». «Tenga cuidado que esto es muy serio», me dijeron. Antes de retirarme vi la pluma blanca sobre la mesa. La recogí con cuidado y me la guardé entre la camisa y el pecho. Es la que todavía tengo aquí. La pluma del arcángel, ¿verdad Gabriel?

EL CAMINO DESANDADO

Me habían aconsejado no ir solo y de tarde por esos campos. Partidas de soldados del Gobierno recorrían los caminos, entraban en los caseríos y en las casas aisladas, en busca del Comandante. En una de sus frecuentes invasiones el Comandante había llegado por allí. Había tomado el pueblo cabecera del Distrito, había enviado un insolente telegrama al caudillo. «Si no tiene miedo venga a buscarme». Había cogido unos fusiles viejos en la Jefatura, le había repartido a la gente del pueblo carne y papelón, y había desaparecido. ¿Quién sabe por dónde andaría con su partida?

Pero yo era joven y me atraía el posible riesgo y el gusto de la aventura.

Iba por el lado del Algarrobo. Faldas de monte, cubiertas de bosque y arboledas de café, vallecitos de pasto con algún ganado y quebradas de mucha piedra y agua espumosa. Los árboles muy tupidos y mucha hoja seca en las veredas que dan vueltas sin dejar ver a lo lejos. Además estaba oscureciendo a toda prisa.

A poco de tomar el camino topé con la primera partida de soldados. No eran más de ocho o diez y los mandaba un hombre mal encarado, con un gran sombrero de fieltro pardo metido hasta los ojos.

Después de registrarme me preguntaron con tono mandón y humillante muchas cosas.

—¿Para dónde va? ¿Qué lleva? ¿Por qué viaja a esta hora? ¿Conoce al Comandante? ¿No? ¿No lo ha visto? ¿Nunca?

No lo había visto. Había oído hablar mucho de él pero no lo había visto. Sabía, como lo sabíamos todos, que era un antiguo telegrafista. Que se había alzado y

había recorrido una gran parte de territorio sin que las tropas del Gobierno lo hubieran podido coger. Que había tomado pueblos por sorpresa y había ganado muchas escaramuzas contra fuerzas aisladas. Que cuando se veía muy apretado pasaba la frontera y desaparecía por un tiempo.

Pero ahora había vuelto. Decían que era bajito, flaco, con una barbita larga y delgada de chino, los ojos grandes y muy abiertos y una fusta de mango de plata con la que siempre se golpeaba las polainas negras.

La gente lo ayudaba. Le facilitaban alimentos y noticias de las tropas. Y nunca daban información segura sobre su paradero. A muchos torturaron para que dijeran dónde lo habían visto y nunca lo revelaron. Siempre daban un dato falso o incompleto, cuando no podían hacer otra cosa. Y las campesinas rezaban por él.

Hubiera sido mejor para mí haber salido con la mañana. La verdad era que no había ninguna razón para salir a aquella hora. Pero me empeñé.

Después que me dejaron los soldados y que se borraron sus faroles y sus voces en un recodo, todo pareció ponerse más oscuro y extraño. Sonaban grillos y bichos en la oscuridad del monte y era difícil seguir la vereda que se borraba y a veces se bifurcaba entre los matorrales.

Un poco más adelante fue que sentí como una voz, como un quejido, como una llamada muy débil. Me paré a oír. Venía de fuera del camino, de entre unos mogotes.

Por esas cosas que le quedan a uno de muchacho, se me ocurrió que podía ser un aparecido. Me dio miedo. Uno de esos aparecidos que salen en lo espeso de la noche, cerca del lugar donde los mataron. Hasta que ponen una cruz y todo el que pasa tira una piedra para

hacer un montón.

Era un hombre que se quejaba. Me fui acercando con cuidado. Hasta que de pronto me hallé sobre él. Estaba tendido en el suelo, de costado y encogido. Hizo mucho esfuerzo para tratar de volver la cabeza y verme. Hablaba entre dientes y se le apagaba la voz.

—Estoy herido. Ayúdeme.

Poco a poco, habituándome a la sombra, comencé a reconocerlo. La flaca cara barbuda. La gruesa nariz. Un brazo flaco y ganchudo tendido sobre el suelo. Una vieja busaca abierta con todo el contenido regado por el suelo. Un viejo sombrero deforme y volcado.

Era José Gabino. Me puse en cuclillas para oírlo y reconocerlo mejor. No lo veía desde hacía muchos años. Desde que yo era niño y junto con mis compañeros lo seguíamos por las calles del pueblo gritándole: «José Gabino, ladrón de camino».

Lo habían herido los soldados. Había sido por la tarde, me dijo. Lo amenazaron, lo torturaron y por último lo hirieron. Tenía manchada de sangre la vieja chaqueta. Manchas oscuras como de alquitrán seco.

—Por el Comandante, me dijo. Querían que les dijera dónde estaba el Comandante. Como si yo fuera capaz de eso. Yo sí sabía dónde estaba pero no se los dije.

Me sonreí.

—Yo sé dónde está esta noche.

Pero yo no lo traiciono.

Después me dijo:

—No me deje morir así. Sáqueme de aquí.

Hacía tiempo que no sabía de él y había llegado a creer que había muerto hacía muchos años. Debía ser muy viejo, o debió haber sido siempre viejo, como el viejo sombrero, como los viejos trajes que usaba siempre.

De primer momento no supe qué hacer. No tenía manera de auxiliarlo allí. Lo acomodé en el suelo lo mejor que pude. Le puse el sombrero de almohada. Le di agua de una cantimplora que llevaba y se la dejé. Y le dije que iría rápidamente al pueblo más cercano a buscar ayuda.

Me puse a andar lo más rápido que podía en lo oscuro de la trocha. No lograba saber uno lo que era verdad y lo que era mentira con José Gabino. Lo del Comandante podía ser cuento, como eran cuento sus andanzas de guerrillero, de saltimbanqui o de gallero. Aquellos ojos pequeños de roedor que tenía, no sabía uno nunca si estaban viendo la realidad u otra cosa.

Caminando llegué junto a una choza cerrada y oscura. Un perro rezongó adentro, toqué y a poco salió un hombre medio dormido. Traté de explicarle pero le costaba trabajo entenderme o no quería entenderme.

—¿José Gabino? Ah, José Gabino.

—¿Herido? Se habrá caído borracho.

Le dije que sería bueno que se fuera hasta encontrarlo, para hacerle compañía mientras yo regresaba del pueblo con más auxilio. Me dijo que bueno, que más tarde. Comprendí que no iba a ir.

Seguí la marcha. Se iba a morir el pobre hombre solo y tirado en el monte. Tal vez era mentira lo del Comandante. Tal vez era mentira lo de los soldados, pero no era mentira que estaba muriéndose abandonado en aquella soledad. Como un perro.

No iba el Comandante a confiarse en un hombre como José Gabino. Ni José Gabino iba a tener valor para soportar el tormento y los maltratos de los soldados. Era embustero y ladrón. Robaba gallinas y se metía en los ranchos solitarios a llevarse cosas. O se sentaba a la puerta de una pulpería a contar cuentos a los peones para

que le regalaran aguardiente.

Yo le había oído el cuento de cuando era saltimbanqui, o el de sus hazañas de gallero, o aquel otro que parecía complacerlo más que todos, de cuando le ganó a los dados el caballo, las armas y hasta la querida al famoso Mano de Plomo, que fue dueño de tierras y jefe de hombres por aquellos contornos.

Todo me parecía más solo y lejano en aquella noche. Sin duda se estaba muriendo José Gabino y yo iba caminando con su muerte y con su miedo y con el temor de las patrullas militares y con la figura del Comandante que debía estar escondido en algún rincón de aquellos montes.

Yo sabía que todo lo que decía José Gabino podía ser mentira. Pero también José Gabino tenía que morir un día de verdad verdad. Como se estaba muriendo ahora o como ya se habría muerto antes de que le llegara ningún socorro.

Toqué en el rancho de María Chucena. Tenía miedo y no quería abrir. «Es muy tarde. ¿Qué quiere?».

Era José Gabino que se estaba muriendo en una vuelta del camino, cerca. Asomó la cabeza desconfiada. Rezongó cosas en torno al nombre del vagabundo. «Con su narizota colorada y su tufo de borracho». «Las tropas andan por ahí, ¿usted sabe?». «Después de todo es un cristiano». Se persignó María Chucena al asomar por la puerta con su pañolón oscuro sobre la cabeza y los hombros. «Ya voy a ir. ¿Qué le paso?».

Vi salir a María Chucena y seguí el camino hacia el poblado. Me volví para gritarle: «Si encuentra gente amiga llévesela para que la ayuden a cargarlo». Algo contestó que no pude oírle.

No había barruntos de aclarar. A la entrada del

pueblo, en medio de lo oscuro, estaba encendida una pulpería y se oían voces altas. Me fui acercando con cautela. Eran soldados con sus fusiles en la mano y sus capoteras terciadas.

Empecé a oírlos antes de que me vieran. Hablaban del Comandante. «A ése le echaremos mano esta noche. Lo tenemos rodeado. ¿Alguno de ustedes lo ha visto?». Todos callaban.

«Si alguno lo ha visto, dijo uno que parecía el cabo, es mejor que hable claro. Lo peor que puede pasar es que quieran engañarnos».

«A José Gabino se lo dijimos». Paré la oreja al oír el nombre. «Ese viejo loco». Hablaban confusamente y se reían; «Quería engañarnos. Andaba diciendo que sabía dónde estaba el Comandante. Lo agarramos. Se puso pálido. ¿Dónde está? Lo amarramos. Era puro hueso». «Nos quería engañar. Nos tuvo dando vueltas hasta que nos cansamos». «El sargento le dio el primer planazo. Se cimbró como burro viejo».

José Gabino no me dijo mentira. Habían maltratado y herido al pobre hombre. A lo mejor por culpa de otra de sus mentiras. Habría visto al Comandante de lejos. O no lo habría visto. O habría dicho por allí, como decía tantas cosas. «Yo sé dónde está el Comandante. Hace un ratico estaba con él en su escondite. A ése no le van a poder encontrar».

—Yo lo conocía, decía el cabo. Yo sabía que decía mucha mentira. Pero uno nunca sabe. Él andaba por muchas partes y podía haberse tropezado con el hombre. Uno nunca sabe.

No nombraba al Comandante.

—¿Usted lo ha visto, cabo?

—¿Yo? No. Nunca lo he visto pero sé cómo es y si me

lo tropiezo no me va a engañar. No se para en ningún lugar. Anda de un lado para otro. Viaja de noche, duerme de día. Anda como los venados olfateando y con la oreja parada para huir. Por eso es difícil agarrarlo. Pero quién quita. Va con poca gente y debe andar por aquí cerca. A lo mejor nos está viendo desde algún escondite.

Todos vimos hacia los árboles y el campo. Comenzaba a clarear la madrugada.

—José Gabino pudo haberlo encontrado.

—¿Quién lo mandó a decir que sabía dónde estaba?

—Nos hizo andar y andar, dando vueltas, hasta que nos dimos cuenta de que nos estaba engañando.

—O de que no sabía nada.

Fui yo el que lo dijo y todos callaron.

—Ya no lo volverá a hacer. Salieron los soldados.

—Nos vamos.

Los vimos marcharse y todos quedamos un buen rato sin hablar.

Después les dije que había encontrado al pobre hombre moribundo. Todos empezaron a recordar cuándo lo habían visto por última vez. Uno el día antes, por la tarde. Otro la última semana. Otro hacía mucho tiempo. Comenzaron a contar, con risas, los engaños y las desventuras de José Gabino.

—Hay que ir a recoger a ese hombre. O a enterrarlo si se ha muerto.

No hubo quien quisiera salir. Estaban sirviendo café. Como en los velorios.

No dije más y me volví solo. Ya no había esperanza de ir más lejos para buscar ayuda.

Ya no había para qué ir más adelante. Había empezado a regresar y el camino parecía distinto, más largo y casi desconocido. Acaso en la oscuridad de la

noche no pude advertir todo lo que ahora podía ver como si lo contemplara por primera vez. No parecía ahora tan estrecho como cuando lo apretaba la sombra. Me había parecido un angosto túnel de oscuridad dentro de la oscuridad. Estaban muy cerca unos de otros los troncos del bosque. El verde de las elevadas copas de los árboles se movía en el viento lento y entraba en el azul. Ahora parecía un camino familiar. Era el camino de José Gabino. «José Gabino, ladrón de camino». Se estaba muriendo José Gabino o se había muerto ya. Él sí debía conocer todas aquellas veredas, las subidas, las bajadas, los desvíos, los nombres de las corrientes de agua. Las que tenían agua y las que quedaban secas una parte del año. Era su camino de ir y de regresar. De pueblo a pueblo, de pulpería a pulpería, de casa a casa. Debía conocer los nombres de todos los recodos y de todos los rumbos. El camino que lleva a la casa de pedir y el camino que sale de la casa de huir. Todo lo que hubiera podido decirme cuando ya no me podía hablar tenía que ver con ese camino. Era el de sus andanzas, el de sus hambres y el de sus embustes.

Si estaba vivo todavía debía estar tratando de ver y reconocer las caras de los que habían estado llegando.

—Eres tú, María Chucena.

Si pudiera le hubiera contado todo lo que hizo para ayudar y servir al Comandante. Cómo le llevó de diestro el caballo por donde no había ruta hasta sacarlo a lugar seguro.

—Cuando ganemos te vas a acomodar, José Gabino.

Ya no volvería a merodear las gallinas de María Chucena. Ni tendría que robar gallos de pelea. Estaba tumbado como un gallo mal herido.

—Me mataron los hombres de la comisión, por el

Comandante.

Empecé a caminar más de prisa. Como si estuviera oyendo que me llamaran y me esperaran.

—¡Ya voy, ya llego!

Era más largo el camino de lo que me había parecido. Ya se habría muerto José Gabino. O se lo habrían llevado. Se habría ido como uno de aquellos pájaros sin color que levantaban el vuelo al sentirme venir.

Aceleré el paso. Debía ir casi corriendo.

Tuve que detenerme. Por un cruce de vereda desembocaba un grupo de hombres armados. Tres o cuatro iban a caballo, el resto a pie. Con cobijas oscuras y fusiles terciados a la cazadora. Con grandes sombreros que les tapaban la cara. El que iba adelante paró su caballo frente a mí. Era pequeño, delgado y con una barba larga. Se me quedó viendo con fijeza.

—Para su bien, amigo, no le diga a nadie lo que ha visto.

Picó espuelas y comenzaron a alejarse. Fue entonces cuando me di repentinamente cuenta. Era el Comandante. Lo había tenido frente a mí y no lo había conocido. No pude decirle nada. Tantas cosas que hubiera podido hablarle.

Ya empezaban a perderse entre los árboles. Grité entonces.

—Mataron a José Gabino. Los soldados.

—¿A quién?

—A José Gabino.

—¿A quién?

Ya no se veían, ni podrían alcanzarlos mis voces.

Acabaron de perderse.

Empecé a caminar lentamente y poco después ya no sabía para dónde quería ir.

TORO SENTADO

Un ruido seco como de rama quebrada. A su lado dormía la india con la cara oculta por la revuelta cabellera negra. Se levantó en silencio y atisbo por las rendijas de la ventana cerrada. Un resplandor de luna caía sobre la loma de la casa y ponía más oscura la espesura del bosque. Vio destacarse una sombra desde el borde del claro, avanzar lentamente hacia la casa. Parecía arrastrarse a cuatro patas.

De puntillas se fue al otro lado a mirar por la grieta de la puerta. Otras dos figuras humanas avanzaban también. Estaba cercado.

Lo habían seguido por las huellas, por las yerbas caídas, los tallos rotos. Tenían el instinto de los animales de presa para seguir un rastro. No había modo de perderseles. Eran indios sioux, guerreros de Toro Sentado. Se movían en un silencio perfecto, como si nadaran en el agua invisible de la sombra y de la luna. Llegó de la arboleda el canto de un pájaro nocturno. Era canto de mal agüero. Recogió la carabina que había dejado junto a la cabecera de la cama. Movi6 el mecanismo para preparar el tiro. Sonó el metal secamente y despertó a la india. La mujer le habló en su lengua entrecortada y silbosa. Él sabía también la lengua de los indios. Se dio cuenta en ese momento.

La mujer entreabrió la ventana. Había más sombras ahora que avanzaban hacia la casa. A rastras, silenciosos, con el arco en las manos.

Estaban cernidos. Iban a seguir saliendo del matorral y luego empezaría el ataque. La mujer ahora no hablaba, no se movía, parecía inmovilizada por el miedo, como un montón de trapos o de hojas.

Estaba rodeado. Entre los árboles debía estar el resto de los guerreros. No lo iba a perdonar Toro Sentado. Él lo sabía desde el primer momento. El rostro pálido que raptaba una mujer india se jugaba la vida. Sin escape posible. Hoy o mañana o dentro de años. Él se había atrevido y ahora estaban allí.

Ya llegaban a las paredes. Ya el más cercano se había puesto de pie y caminaba hacia la casa. Por el hueco de la ventana lo apuntó y disparó.

Resonó el disparo llenando la habitación. Ahora gritaba la mujer y habían estallado afuera los gritos de los indios. Aullidos de jauría que iban creciendo unos de otros. Despertó bruscamente. En la luz del amanecer reconoció su cuarto. Era su casa. Su cama, su mesa, su armario, la puerta ancha que daba al patio. Un canto de pájaro, el mismo canto de pájaro, se oía. Estaba solo.

Volvió a cerrar los ojos y se tendió a dormir como si no hubiera reposado en toda la noche, hasta que la voz de su madre vino a llamarlo, ya entrada la mañana, para que se levantara.

Lo primero que hizo, como todos los días desde que tuvo la primera revelación, fue meterse rápidamente en la sala vacía y cerrada, y mirar por la celosía hacia la casa de enfrente. Ya iba a salir el indio, como todos los días. O ya habría salido, después de despedirse de la mujer.

A su espalda, en la penumbra, estaban los retratos apagados, el enorme espejo con su marco dorado y aquellos sillones cubiertos de fundas blancas y deformes como fantasmas. Por los huecos de la celosía se veía la luz de la calle, el alero, las puertas y las ventanas de la pared de enfrente. Era la frontera.

En su hora exacta salía de la casa de enfrente el indio y montaba en el viejo automóvil. Se oía el traqueteo del

motor y la calle se llenaba de olor a gasolina.

La mujer se asomaba apenas al umbral de la puerta a despedirlo. Callada, vestida con una larga bata roja o azul. Las crinejas tejidas le colgaban sobre el pecho. Negro el cabello, negros los ojos, el color de la piel verdoso claro. Era joven. Demasiado joven para el hombre rechoncho, cari-redondo, bajo, que le hacía un gesto de adiós con la mano y se alejaba, en su carro ruidoso.

La mujer no tardaba en cerrar la puerta y desaparecer dentro de la casa. Seguía estando allí, pero invisible detrás de las paredes.

Entonces él se iba hacia el fondo de su casa, se metía en el estrecho cuarto que le servía de refugio, se echaba en un viejo sillón y de un rápido manotazo alcanzaba seguro aquel libro que estaba en la fila del cajón que le servía de estante. Al tomarlo en las manos se abría sólo y desvergonzadamente en la página donde había quedado en la lectura.

Toro Sentado apareció en la puerta de su tienda. El consejo de los guerreros lo aguardaba. Una espesa cauda de plumas rojas, blancas y negras le cubría la cabeza y se le descolgaba por la espalda. Cuando se movía era como un aleteo de cien pájaros. Los otros indios tenían la cabeza rapada, con un largo mechón hirsuto en la coronilla. Las hachas de piedra, los cortos cuchillos y los mazos de flechas asomaban en los hombros y las cinturas. Olía a mortecina. El mismo olor de las carnicerías. Como colas de caballos, colgaban a los lados de la tienda las cabelleras de los vencidos con su pedazo de piel maloliente.

Toro Sentado iba a combatir a los Rostros Pálidos. Había pelotones de hombres a caballo que recorrían la pradera, mataban los búfalos y perseguían a los «Sioux».

A la puerta de la tienda asomaba la más joven de las esposas de Toro Sentado. Nadie la miraba. No debía mirarla nadie.

Cari-redondo, rechoncho, corto de piernas, pesado de espaldas, con la cara lampiña como una olla de cobre y aquellos ojos pequeños escondidos detrás de las pestañas. Tenía los dientes cortados triangularmente como los de los perros. No Toro Sentado sino el vecino.

Robar la mujer de un jefe indio era una empresa audaz. La venganza era segura y espantosa. Corría la noticia por los poblados, volaban por el aire las señales de humo y los exploradores a caballo comenzaban a recorrer las pistas en busca de huellas y de indicios. No había perdón, ni olvido. Al raptor lo alcanzaban las flechas, le hacían el escalpe y lo enterraban vivo con la desollada cabeza al sol. A la mujer la mataban.

Si él se llevara la mujer de un jefe indio. No la del libro que arrebatava el cazador blanco sobre su caballo, sino la que estaba en la casa de enfrente y que lograba ver por instantes cuando asomaba en las mañanas o cuando salía de compras, ido el marido, con un pañolón oscuro que le cubría media cara. Para, llevarse una mujer así se requerían muchas cosas. Un caballo, un arma, una cabaña en el monte donde ocultarla. Él no tenía sino aquel cuarto en el fondo de la casa que habitaba con su madre. Allí no hubiera sido posible.

De mirarla por la ventana cuando asomaba pasó a seguirla por la calle. No muy de cerca para que no se diera cuenta. Así podía verla, hasta que se metía en una tienda. Salía luego con un paquete de compras. Él aguardaba en la acera de enfrente. Era ese el momento propicio para llegar con el caballo y levantarla en vilo, como lo hacía el cazador blanco en el libro.

Un día se atrevió a más, después de haberla observado mucho y de conocer bien todo lo que al través de conversaciones pudo recoger. Ahora sabía que el indio tenía una plantación cercana y que a ella iba todos los días a dirigir los trabajos. Sabía también que se llamaba Yajaira.

La vio regresar de compras con una pesada cesta de provisiones y se decidió a acercársele. «Permítame que le ayude». Ella pareció vacilar. «Tenga la bondad». Cedió al fin y así pudo acompañarla hasta la casa. Pasaron la puerta, el zaguán, el entreportón y llegaron al corredor que daba al patio. La veía de reajo. Se había quitado el pañolón y la tenía en una proximidad agresiva.

«Yo vivo enfrente». Puso la cesta sobre una silla y se quedó callado. Un tiempo desesperadamente largo del que no lograba salir. «Yo veo al señor», iba a decir al indio pero se contuvo, «que sale por la mañana». Nada le respondía. Iba a preguntarle cómo se llamaba pero se contuvo. A un indio no se le podía preguntar el nombre. No lo diría nunca. Sería uno de aquellos nombres de jefe sioux. Como Toro Sentado. El indio majestuoso y salvaje con su cascada de plumas de águila sobre la espalda. Como aquel rostro oscuro y redondo, como aquellos ojos negros y penetrantes que lo miraban desde una fotografía en la pared del corredor.

Tenía que salir de aquel silencio que no lograba romper. «Me gustaría enseñarle una cosa». Pensaba llevarle el libro con la litografía en colores de la hermosa india. Le gustaría mostrársela para que ella se diera cuenta. Pero tenía que irse. Ya saliendo le dijo: «Se la voy a traer mañana».

Se refugió en el cuarto de los libros. Se tendió en el sillón. Se llamaba Yajaira. La había visto de cerca. La

había tenido al alcance de sus brazos.

Un gran viento rumoroso rodaba sobre la pradera. Movía los árboles y las hierbas desde las montañas azules del horizonte. Por sobre el río y las dispersas manadas de bisontes. Contra el viento iba el caballo del Rostro Pálido, a la carrera. La mujer india atravesada sobre el arzón. La carabina golpeaba sobre el costado de la silla. A cada momento había que volver la cabeza para ver si lo seguían. No se veía nadie. Tal vez todavía no habrían advertido el rapto. El retumbar del galope del caballo apagaba todo ruido. Era mala cosa que el viento viniera en su contra. Llevaría su eco y la huella de su fuga hasta el instinto y el olfato de aquellos cazadores de la soledad. Había que correr por las veredas más escondidas y apartadas, meterse por los arroyos para no dejar vestigio, ampararse de las manchas de bosque. Hasta llegar a la cabaña de troncos, escondida entre los árboles. Era lo que hacía el Rostro Pálido que había raptado la mujer india. Detenía el caballo, ayudaba a la mujer a descender, ataba la bestia a una estaca y penetraban en la choza. Debía parecerse a Yajaira. El mismo cabello, los mismos ojos, la misma actitud sorprendida.

Ya Toro Sentado o Caballo Loco o Nube Negra debía haber lanzado los guerreros en la persecución. Por las veredas y los atajos debían venir avanzando cautelosamente, buscando huellas y trazas en la tierra y en las hierbas tronchadas. Si se asomaba a la puerta nada vería. Avanzaban ocultándose como si vinieran bajo tierra o bajo agua. Hasta que rodearan la casa en la sombra o en el amanecer. Entonces caerían sobre ellos.

Toro Sentado tomaba con la mano izquierda la cabellera del prisionero. Desgonzado, herido en el pecho,

con sangre en la chaqueta, no quitaba los ojos de Toro Sentado que en la mano derecha sostenía el corto cuchillo. Daba una vuelta rápida en torno a la cabeza, como para cortar un melón. Tiraba hacia arriba por los cabellos y comenzaba a desollar. Bramaba el herido. Iba apareciendo blanco y gelatinoso el cuero desprendido. Debajo, quedaba una bola azul, sanguinolenta.

Estaba atado a un poste mientras lo rodeaban los indios danzando y gritando. Había oído en el cine los aullidos de la danza de los Pielas Rojas. Era un grito agudo y entrecortado que se parecía al de algunos animales. El grito del coyote. El coyote era como un perro manchado. Se le oía aullar en la noche a lo lejos. Los exploradores que se internaban por las pistas lo oían en la penumbra. El prisionero atado al poste debía oírlos también cuando lo abandonaban moribundo, con la cabeza desollada y una capa de sangre seca sobre los hombros.

Tocaron a la puerta. Se sobresaltó. Se dio cuenta de que estaba en su casa. Escondió el libro. Miró rápidamente de nuevo la lámina iluminada de la india y salió. Era la hora de comer.

No volvió al día siguiente. No se decidía a volver a la casa de Yajaira. Varias veces tomó el libro para ir pero se detenía antes de atravesar la calle. Era como atravesar un río de peligro.

Dejó pasar algunos días hasta que una mañana, después de ver partir al indio resolvió ir. Con el libro en la mano atravesó la calle midiendo cada paso. Esperó un rato frente a la puerta y luego de pronto golpeó con fuerza.

No vino nadie. Tuvo que repetir la llamada. Resonaba el eco del golpe con profundidad como si detrás hubiera

una caverna. Se puso de rodillas y miró por la rendija del quicio. Vio más allá de la sombra del zaguán la luz del patio y después unos pies que se acercaban andando menudamente debajo de una falda blanca que arrastraba por el suelo.

Tuvo tiempo de levantarse antes de que se abriera la puerta. Era ella. Oyó un gruñido hacia el fondo.

«Es el perro. Está amarrado».

La siguió hasta el corredor. Ella se sentó en un mecedor negro donde había dejado una tela que estaba bordando. Él le tendió el libro y se quedó de pie, junto a ella.

Con torpeza iba hojeando con su mano menuda. Una de las trenzas negras tocaba las páginas. Se detenía largo rato ante las estampas. Él se acercaba a explicarle.

«Aquí el jefe de los expedicionarios, fuma la pipa de la paz con el jefe indio». Tuvo que explicarle lo que era la ceremonia de la pipa de la paz. Ella no sabía. Esto le causó extrañeza.

«¿No lo sabía?». Era él quien tenía que explicarle aquellas costumbres. A cada estampa iba diciendo su explicación. Le hablaba de los Pieles Rojas. Nunca había oído hablar de ellos. Las guerras de los iroqueses, los comanches, los sioux, con los blancos. Era india, sin duda, pero nada tenía que ver con aquellos del libro. Perteneecía a otros que no estaban en sus libros del Oeste. Ella misma no debía saber mucho. Pero era india, aunque ella no lo supiera.

«¿Le interesa?». Después añadió: «¿No le parece como si los conociera?». Poco a poco se fue metiendo en la reconstrucción del relato. La vida de la tribu, la llegada de los blancos, el rapto de la mujer. Era en ese punto donde se le hacía más difícil la explicación. «No es que se

la lleve a la fuerza. Se la lleva porque ella también quiere irse con él». El hombre blanco del libro no se parecía a él. Alto, esbelto, de larga cabellera y barba. Volvió rápidamente la página.

En la figura de la india se detuvo largo tiempo. «Se parece a usted». Se asustó de haberlo dicho. Ella levantó los ojos y lo miró extrañada. No mostraba disgusto. «No creo que se parezca a mí». Lo que le importaba a él ahora era que aquello durara y durara el más largo tiempo. Mirándole las manos, la frente, el cabello, el cuerpo bajo el traje.

Debió hablar largo rato describiendo la aventura del libro. Se la sabía en todos sus detalles y hasta podía añadir lances de su propia imaginación.

Con todo eso había una barrera que había que franquear, para que ella no lo viera como el muchacho del vecindario sino como un aventurero real. Para que ella llegara a descubrir y a sentir que había llegado una poderosa presencia que podía cambiar su vida.

«Tengo que hacer», dijo ella y le tendió el libro. Pero él, más con el gesto que con las palabras, le dijo que lo guardara, que volvería y le traería otros más.

Fue así como encontró el camino y el pretexto para acercarse a ella. Cada vez que podía tocaba a la puerta y entraba a la casa con otro libro, con otras estampas y al rato, olvidado el libro, era él quien se ponía a contarle de viva voz el cuento de una nueva aventura.

Cuando contaba se iba metiendo en la invención del cuento hasta que perdía de vista todo lo que lo rodeaba menos la mujer, que a veces oía y a veces no, que a ratos se acercaba a escucharlo y en otros se perdía en el interior de la casa. También perdía de vista la casa. Podía ser un bosque o una pradera. Y el cuento que contaba lo iba

haciendo en la medida en que lo decía. Lo iba viviendo. Lo iba afirmando como una acción difícil y con muchas alternativas, frente a la mujer esquiva y frente a los enemigos que podían arrebatársela.

Sentía como si estuviera atascado. Había venido ya muchas veces a verla pero nunca había pasado de aquella vuelta a los cuentos de la pradera. En todos ellos llegaba hasta aquel momento decisivo en que el extranjero rompía aquella barrera y tomaba a la mujer para llevársela. Él no lograba visualizar cómo hacerlo. No podría ser como en los libros. No era caso de raptarla y llevársela en un caballo que no tenía, para ningún lugar que tampoco conocía. Era allí, allí mismo, donde tenía que ocurrir la maravillosa transformación. Cada uno iba a ser y a ver al otro como una nueva persona.

Era más fácil imaginar la lucha con el jefe indio. Había una gradación mecánica que llevaba desde la indiferencia hasta el enfrentamiento. Desde el mirarse y hablarse hasta el sacar los cuchillos. Y una vez sacados los cuchillos toda la secuencia del combate tendía a desarrollarse simple y sueltamente. Hasta alcanzar la victoria con una cuchillada abierta en el cuello oscuro.

Pero aquel encuentro con la mujer se prolongaba sin salida en aquel punto infranqueable. En el libro todo pasaba fácilmente pero allí, en aquello que era y no era casa, frente a aquella mujer real, todo se hacía difícil y diferente. No lograba pasar más allá.

Ella no parecía darse cuenta de lo que pasaba en él. Mientras se repetía en su confusa narración sin término, la mujer entraba y desaparecía.

De pronto se daba cuenta de que nadie lo oía. Ella debía estar hacia adentro en sus quehaceres y él estaba solo en el corredor diciendo palabras como si realizara un

ensalmo.

La buscaba entonces hacia el interior de la casa, sin dejar de seguir en voz alta el hilo de la narración.

«Al poner el oído en el suelo se oía retumbar el galope de los caballos, por muy lejos que estuvieran. A veces tan suave como cuando se toca con la yema de los dedos una mesa siguiendo un compás. Pero el oído del indio es muy fino. Pegaba el oído a la tierra y al rato podía saber a qué distancia iban o venían los caballos y cuántos eran. Se levantaba entonces y trataba de ver en la dirección del sonido. Más allá de los árboles y de las quebradas. En algún momento podía asomar a lo lejos la mancha borrosa del grupo montado que se acercaba». No estaba en la galería abierta, con su cama blanca puesta en el medio. Tampoco en el segundo patio. La encontró hacia el fondo. Tendía la ropa lavada sobre una cuerda. El viento hinchaba las telas y ella aparecía y desaparecía detrás de las flotantes piezas.

Podía narrarle ahora la escena de las tiendas del campamento. Cómo se acercaba el blanco sin ser visto hasta donde se alzan las tiendas. A veces el viento las mueve y se piensa que alguien está adentro y nos ha oído. Hay que echarse al suelo, ocultarse entre malezas y esperar. Ya no era ella sino el viento quien estaba detrás de la tela. Sonaban sus pasos menudos en el piso de cemento. Siguiéndola llegaba de nuevo a la puerta. Ella abría. La luz de la calle entraba con crudeza y parecía despertarlo. Se despedía. Oía chirriar los goznes y regresaba a la calle.

Volvía a buscar en los libros las escenas de los raptos. Cómo ocurría y qué hacían los rostros pálidos en el momento de llevarse a las mujeres indias.

Las escenas eran rápidas y breves en los libros. Casi

sin palabras. A lo sumo el aventurero le decía a la india sumisa: «Tú te vienes conmigo». Era todo. A veces ni eso, sino el simple hecho de levantarla en vilo y sentarla sobre el borrén de la silla.

Casi todos los días volvía a visitarla. A veces no le abrían. Golpeaba largamente en la puerta y nadie venía. Debía de haber salido. O no quería abrirle. Volvía entonces más tarde y golpeaba con más fuerza. A ratos con desesperación.

Pensaba entonces que se había marchado, que había huido y en esa angustia estaba sin sosiego hasta la mañana siguiente cuando veía por la celosía salir de la casa al hombre y a ella despedirlo desde el umbral.

En el breve momento que duraba la salida aprovechaba para observarlo bien. A pesar del traje común que llevaba y del sombrero de fieltro oscuro tenía todos los rasgos de un jefe indio. El gesto, el paso. Caminaba como sobre las puntas de los pies y con un ligero balanceo. Y la forma de la cara y los ojos. Cara de tierra de teja. La última vez en que volvió para tratar de verla, encontró para su sorpresa que la puerta no estaba cerrada. La empujó y penetró hasta el patio. No había nadie. Llamó: «Yajaira». No le respondieron. Siguió hacia adentro, a lo que era el segundo patio. Allí se topó con el hombre. Toro Sentado. Estaba en una silla recostado a la pared en la sombra del corredor. La blusa abierta dejaba ver el pecho lampiño. Estaba labrando un pedazo de madera con un cuchillo de monte.

Se detuvo sorprendido y tuvo un impulso de huir.

«¿Qué busca?».

No acertó a responder. Trató de explicar que venía a traerle un libro a la señora. Pero no había traído libro.

El hombre se puso de pie. Soltó el pedazo de madera

y mantuvo el cuchillo hacia arriba, tomado en la diestra.

En ese momento asomó la mujer por la puerta de la cocina. No se atrevió a saludarla.

El indio empezó a caminar hacia él. Le pareció que crecía a cada paso. Como si tuviera un penacho de plumas sobre la cabeza. Avanzaba balanceándose y tenía la boca abierta. Se le veían los dientes triangulares como una sierra.

Quiso decir algo. «Yo no...». La mujer contemplaba lejana. Era el momento de la lucha en el libro. El duelo a cuchillo entre el jefe indio y el Rostro Pálido.

«Usted es el que...».

Algo decía que a él le era difícil entender. Ya estaba casi junto a él.

«Sabe. Mejor es que no vuelva...».

Estaba a punto de que lo alcanzara con la mano. Se volvió y en una carrera desesperada atravesó el patio, saltó sobre los tiestos, resbaló en el zaguán y se lanzó a la calle. Entró en su casa en tromba, tiró las puertas y se encerró en el cuarto de los libros.

Agitado y jadeante. El ruido de la sangre en las sienes no lo dejaba oír. Aguzaba el oído. No se sentía nada. Nadie había golpeado la puerta. Todo iba regresando al silencio y a la quietud.

Después se tendió en el sillón. Tomó uno de los libros y con los ojos cerrados fue arrancando una a una las páginas y desmenuzándolas en mínimos pedazos. Lentamente hasta la última. Cuando acabó con la última desgarró la cubierta.

Estuvo varios días sin asomarse a la calle. Cuando al fin salió por primera vez, se alejó de prisa, sin mirar a la acera de enfrente, como si bordeara una frontera enemiga.

LA CIUDAD

Había llegado al extremo del barrio pobre. Las calles iban siendo más estrechas, más bajas las casas, más llenas de puertas, ventanas y gentes. Gentes en las puertas, en las aceras, en grupos en las esquinas, junto a los postes del alumbrado que todavía no se habían encendido. Angostos ventorros, olorosos a fritanga, tiendas de un zaguán desbordantes de colgajos de ropa, de juguetes, de jofainas y jarras. Caminando sin rumbo, lentamente, había llegado hasta allí. No conocía a nadie. Pero las miradas de los que encontraba sí lo conocían. Sabían que no era de allí. Era un extraño, metido en el barrio. Miradas de curiosidad y de desconfianza caían sobre él.

Podía ser peligroso. Sería mejor regresar, volver al centro, reintegrarse a los sitios y las gentes habituales.

En el momento en que iba a dar vuelta sobre la acera quebrada y estrecha sintió el empujón. Dos hombres lo habían tropezado y corrían huyendo. Se palpó los bolsillos. Algo debían haberle arrebatado. Uno de los hombres volvió la cara hacia él. Había gritado algo. Había ensañado con la mano hacia él. Se puso a correr como para alcanzarlo. Corría y se palpaba los bolsillos. Nada parecía faltar. ¿Qué decía aquel hombre que volvía la cabeza y gritaba palabras indistintas? Tal vez no era a él a quien se dirigía. Volvió la cabeza. Por la esquina próxima desembocaban y corrían, detrás de él o detrás de ellos, numerosas personas que a su vez gritaban. Se mezclaban sus voces y era imposible entender. Pero gritaban y venían hacia él o hacia los que habían pasado. Corrió con fuerza. Por las puertas fueron asomando otros hombres y mujeres. El griterío iba de los unos a los otros. Enseñaban con las manos hacia adelante. Los que estaban en grupos

en las aceras empezaban a correr también. Toda la gente que estaba en la calle corría entre gritos. Y todos volvían a cada instante la cabeza hacia atrás para mirar otros grupos numerosos que surgían por las bocacalles y las puertas.

Caras angustiadas de mujeres y niños asomaban a su paso. Parecían gritarle algo que él no alcanzaba a oír entre la carrera y el jadeo. Parecían preguntarle o anunciarle algo. Luego al volver la cabeza los veía corriendo detrás. Algunos perros se habían incorporado al gentío que corría y ladraban sin rumbo hacia los que estaban más cerca.

Detrás y delante de él la calle corría, en millares de cabezas, como un torrente. Corría jadeante, con la respiración corta y la garganta seca. Algunas voces decían: «Allí vienen». Había que mirar hacia atrás. Pero los que venían detrás miraban a su vez hacia atrás. «Vienen. Ya llegan».

Saltando a ratos podía ver más lejos. Tres o cuatro cuadras hacia atrás el gentío parecía cambiar de aspecto. Más unido, más compacto. Debían ser aquellos últimos que desembocaban de los más lejanos cruces. Tal vez traían armas. Tal vez traían muerte. Recordaba cómo había corrido y corrido de niño, junto a otros, perseguidos por un perro que decían que estaba rabioso. Un perro grande y rápido que a cada instante parecía alcanzarlos.

Ya nada estaba quieto a lo largo de la calle. Por todas partes se divisaban grupos que huían, en la misma dirección. El clamor de las cornetas de los automóviles ensordecía. Estaban como atascados entre la masa humana y aullaban con su grito metálico. Había quienes, en la angustia de no poder avanzar, los abandonaban y quedaban en medio de la calle con su masa oscura como

una roca en mitad de la corriente.

Había pasado por las calles de la infancia. Por la fachada sucia de la escuela. Se veía vacía la casa. Se veían vacías las tiendas y las paradas de autobuses. Todo parecía concentrado en aquella calzada por donde todos huían.

«Vienen», aquellos ojos de pavorosa blancura que se volvían hacia él y más allá de él hacia el fondo de la calle, acaso miraban lo que él no podía mirar.

Tal vez se habían soltado los leprosos del lazareto. Era una de sus angustias de niño. Cuando pasaba por ante el liso muro de aquel asilo. Dentro estaban aquellos seres contrahechos por la enfermedad. Verlos daba miedo. A veces rozaba la pared y sentía el temor de haber adquirido el contagio. Iban a empezar a crecerle las orejas y los labios y a caérsele los dedos de las manos, como frutas podridas.

O eran los locos los que se habían escapado. Aquellos furiosos que gritaban sin término, atados en sus camisas de fuerza, detrás de rejas de casa de fieras.

O era una tropa de enemigos. Había oído a su madre contar las viejas historias de las invasiones de antaño. Cómo llegaban las partidas de hombres armados a robar y matar. Cómo la gente se ponía a toda prisa a esconder y enterrar sus cosas de valor. Cómo se ocultaban y se disfrazaban. Hombres vestidos de mujeres o de frailes. Cómo huían hacia los campos y los montes.

O cuando el terremoto. El último terremoto que destruyó media ciudad. Los que no quedaron debajo de los techos y las paredes caídos escapaban sin rumbo buscando las plazas y los espacios abiertos.

Pero no era eso ahora. No sentía moverse el suelo, ni se desgajaban las casas. Pero era parecido. La fluida

creciente se enredaba en sí misma. Pasaban las calles, los parques, las grandes bocas vacías de las puertas de los cines, con sus inmensos carteles de hombres feroces disparando enormes pistolas y de mujeres desnudas. Caras de furia en rojo y negro y senos y caderas en avalancha. Todos pasaban de largo. Nadie entraba ni salía de los vacíos vestíbulos.

¿Por dónde vendrían? Hasta dónde penetraban en la larga corriente oscura que llenaba la vía a pérdida de vista. Se formaban cortos diálogos con los que iban más cerca. Con los que lo alcanzaban, con los que se retrasaban y llegaban a su nivel para quedarse atrás. Con los que daban traspies ya para caer. Con los que trataban de gritar desde el suelo con los brazos levantados en protección contra las pateaduras de los que llegaban sobre ellos.

«Ya empezaron a quemar». «Yo sabía que iban a quemar». Hacia el fondo lejano la calle se confundía con aquel nubarrón de humo negro que crecía.

Por instantes pasaban caras conocidas. «¿Qué te parece esto?». «Un horror». «Un espanto». «¿Quién lo iba a decir?». «Yo sabía que esto iba a pasar». «No se quede atrás, compañero». Todos estaban distorsionados y cambiados por el temor y el cansancio. Era lo mismo que alguna vez le había pasado a alguno. Pero no a todos. Nunca en aquella forma. ¿Dónde empezaba y dónde terminaba? Era como una creciente que los arrastraba a todos, pero la creciente eran ellos mismos. Había visto crecer ríos y quebradas barriendo las casas de la orilla. Mesas, botellas verdes, perros, gentes y cochinos en ahogo. Iban llevados. Buscaban cómo llegar a la orilla. La orilla ahora eran aquellas casas a lo largo de la calle de las que seguían saliendo gentes en fuga.

«Vienen». «Llegan». «Nos van a alcanzar». Había mujeres que corrían con un niño a cuestas. Un niño que lloraba y hacía gestos desesperados con los brazos. «Esto no se había visto nunca».

Un hombre que corría a su lado parecía más gordo y más viejo que él. Una cara roja y una respiración de fuelle. El vientre grueso le saltaba lentamente. La boca abierta. Palabras ahogadas, escupidas, cortadas. «¿Qué es lo que pasa?». No le oyó bien. Después le entendió. «¿Lo que pasa?». «Allá atrás». Movía la cabeza para indicar la dirección. «Allá vienen». Después dijo, en dos o tres veces, completando las frases entrecortadas por el ahogo.

«Yo sabía que esto iba a pasar». Esto. Todo aquel gentío en fuga. «El año pasado...». No le oyó el resto. El año pasado él venía con frecuencia a aquella calle por donde huía ahora. A la hora en que el marido de Ana estaba en el trabajo. A las mujeres les costaba más trabajo correr. Arrancaban con más velocidad pero a poco iban disminuyendo. Cerca trotaban algunas jóvenes. Mujeres más viejas iban de prisa pero al paso. Ana debía haber escapado de su casa. Ella por su lado y el marido por el suyo. A Ana le gustaba el sobresalto de aquellas citas en que todo toque en la puerta, toda llamada de teléfono podía ser de su marido. Él hubiera preferido otra cosa. Era aquella casa con la puerta abierta. Se subía la escalera. La primera puerta a la izquierda. «¿Usted no supo lo que pasó ayer en el fútbol?». «¿En el fútbol?».

«El fútbol». El hombre atragantado de cansancio soltaba palabras en el aire. Muchas se perdían. «La gente salió corriendo. Todo el mundo se fue. De repente». Había sido un anuncio. Hay animales que sienten las catástrofes. Como los gatos sienten los terremotos. Se

ponen grifos y se salen de la casa.

«Natividad Díaz me lo había dicho». «¿Natividad Díaz?». El confidente se iba poniendo más lento. «Usted ni lo conoce». No. No lo conocía. Él también iba avanzando con menos velocidad. Tal vez para no separarse del otro. «Yo esperaba esto desde hace tiempo». Él, en cambio, no. Iba a decirle que no había pensado que aquello podía ocurrir pero sentía la garganta seca y no le salían las palabras. Tenía en la boca una saliva grumosa. Había gente caída en el pavimento. Algunos tropezaban y se derrumbaban sobre ellos. Había que esquivar los montones humanos. «Esos se fregaron», balbuceaba el compañero. «Todos estamos fregados». Ya era un pequeño trote lo que llevaban. Pasaban ahora junto a la plaza vacía, con algunos tranvías detenidos desamparados. Se veían saqueadores que salían de algunas tiendas cargados de mercancías. Un joven llevaba sobre la cabeza bamboleando un voluminoso aparato de televisión. «Mire eso». Había dado un traspies y el aparato cayó. Lo vio desintegrarse sobre el suelo. Los que venían detrás acabaron de aplastarlo. «¿Qué pensaría que podía hacer con eso?». «Yo estoy muy cansado». «Yo también». «Ya no aguanto más». Voces cercanas y más frescas gritaban cerca. «Allá vienen». Él repetía sin pronunciar y adivinaba que el otro también repetía. «Allá vienen». Ahora todos volvían las cabezas sin detenerse. Lejos, en la larga calle, se veía humo. Humo de incendios. Sobre techos lejanos crecían las llamas. «Están quemando la ciudad». «Esta es mi casa». «¿Su casa?». El asfixiado compañero asintió con la cabeza. Él se volvió hacia aquel amasijo de edificios parejos. Debía ser aquélla. La señaló con una mano temblorosa. Aquella más estrecha, más vieja. Casa de angostos pisos, ventanas

delgadas, y escaleras empinadas. Escaleras de pararse a cada vuelta a tomar aliento. Las ventanas estaban abiertas. La puerta abierta. No asomaba nadie. No se sabía si era una sonrisa o una mueca. «Mi casa». Tampoco debió haber sido suya. Tampoco la casa entera. Algún cuarto en lo de más arriba. Con una sola ventana, con un ahogado pasadizo. Con aquel alquiler en billetes viejos y arrugados que dejaba de pagar a veces. Con pleitos y recriminaciones del casero. Ahora ninguna era de nadie. Todas vacías. Todas abandonadas. «Ahora se podría uno meter en cualquiera». Nadie se iba a meter. Quién se iba a meter. De lo que se trataba era de irse. Irse lejos. Lo más lejos posible. Para no ser alcanzado, para no ser atrapado.

¿Qué casa?

Había pasado del trote cansino a un paso corto. A un paso que se iba haciendo más lento y arrastrado por momentos. Fue derivando, entre empellones y tropiezos, hacia una de las aceras. No era menor el apretujamiento y los empujones. Había entrado en medio de un matrimonio que desde una ancha puerta comenzaba a disolverse entre el gentío. La novia llena de tules blancos, con unos grandes ojos de terror. El novio con el cuello deshecho y la corbata bamboleante. Los testigos, los padrinos, los invitados, toda aquella gente vestida de oscuro que se iba desvaneciendo y perdiendo entre la turba de la calzada. No era el primer matrimonio que había encontrado en la escapada. Había tropezado con otros. Alguno no parecía de aquel tiempo. Más bien parecía salido de aquella vieja fotografía que colgaba en su casa, con la estampa de su padre y de su madre el día en que se casaron. Tiesas vestiduras anticuadas. Un hombre de bigotes de largas puntas con un cuello muy

alto, muy blanco, muy brillante y unos grandes faldones como de levita y una novia de mucho pecho alto y cintura de avispa.

Había pasado en medio de bautizos. El padrino todavía lanzaba al aire pequeñas monedas, pero nadie se detenía a recogerlas. Y entre los matrimonios y los bautizos, salían entierros atropellados. Los llorosos deudos volvían la cabeza con susto y empezaban a huir con la muchedumbre. Los cargadores depositaban la urna sobre el suelo y desaparecían. Sobre el cajón pulido resonaban los golpes sordos y profundos de los que tropezaban.

Era necesario que hubiera pasado aquello para que todo apareciera mezclado y simultáneo. El entierro con el bautizo y el matrimonio. Nunca ocurrían en el mismo día, en la misma calle, con la misma gente. Era necesario que hubiera pasado aquello. Era necesario aquel pavoroso acontecimiento para que él, jadeante, ahogándose, agotado de fatiga, estuviera presente en todas aquellas ceremonias interrumpidas y rotas. Para que aquello que era la largura de un año o de una vida se convirtiera en tumulto y mezcla y pareciera pasar al mismo tiempo. El padrino de bautizo con la viuda, el muerto en su caja y el recién nacido lleno de adornos de muñeco.

Él había tenido un bautizo, pero no un matrimonio. No todavía. «¿Es usted casado?», le preguntó a un hombre lento que avanzaba a su lado. «Qué le importa a usted». Todo el mundo estaba de mal humor.

Cada vez había que cuidarse más de la gente caída. Eran muchos los que estaban tumbados o encogidos sobre el suelo. Los que miraban hacia arriba con unas caras de abandono y resignación, con los brazos cruzados protegiendo las cabezas.

Así iría a caer él también. Quedaban muchas calles todavía por recorrer. Si no los alcanzaban antes. Muchas calles largas y cortas, anchas y angostas, antes de poder salir de nuevo al descampado. Antes de que los alcanzara el incendio. Pero no era sólo el incendio. Eran también ellos. Los que venían.

Policías sin gorra huían también. Saltaban por sobre los caídos y desaparecían hacia adelante. «¿Ve los policías?». Un vecino asintió con un gesto mortecino. «Esos son los primeros». Unos hombres de dolmanes rojos y unos kepis emplumados manchaban una bocacalle como un lampo de sangre. No sabía lo que eran. Nunca había visto esos uniformes.

«Son los del circo». Irían también a soltar las fieras. Los osos, las cebras, los elefantes y los leones.

Tropezó con un pequeño bulto. Era un niño de bautizo abandonado. Tenía el faldellín blanco marcado de pisotones. Se detuvo un instante. Se inclinó con esfuerzo y lo recogió. Le pareció que pesaba mucho. El niño lloraba débilmente sobre su hombro. Tenía los ojos entrecerrados. Empezaba a vomitar. Con gorgoritos y arrumacos que recordaba de su escaso trato con los niños comenzó a calmarlo. Ahora caminaba más inseguro. A ratos el niño lo veía vagamente. Qué entendería de todo aquello. Qué iba a entender. «Yo no me explico esto». Era una mujer gruesa y vieja. Iba a responderle cuando volvió con otra pregunta. «¿Es hijo suyo?». No sabía lo que había contestado.

«¿Es suyo?». Hubiera sido difícil responder. Era suyo desde hacía un momento. «¿Y la mamá?». Hizo un gesto negativo con la cabeza.

«Pobrecito». «Sí, pobrecito». Iba a proponerle que se encargara del chico. Pero la mujer ni lo hubiera

comprendido. Habría pensado que era un padre desnaturalizado. Ahora jadeaba con más esfuerzo y el peso del niño parecía aumentar. «Nos van a alcanzar».

La mujer que le había hablado siguió de largo. Eran otros o distintos los que se emparejaban con él en la atropellada marcha. Lo rebasaban o se rezagaban. Él apretaba el niño y arrastraba los pies. Ahora se le hacía más difícil volver la cabeza hacia atrás. Hacia los que venían con más ímpetu.

«Vienen». Lo alcanzarían finalmente. Cada vez más lento y más rezagado. Lo atraparían. Las manos de ellos o las lenguas ennegrecidas y chisporroteantes del incendio. Como aquellas fauces de fiera o aquellos cuernos de toro perseguidor que siempre estaban a punto de darle alcance en las pesadillas de la infancia. Cuando quería huir y no podía. Cuando quería correr y los pies se le hacían pesados y como adheridos al suelo. Tan inmóvil como aquellos árboles a los que iba alcanzando el incendio en la sabana. Todavía de una casa cercana salía una boda tardía. En dispersión de cuerpos y de gritos. Entre hombres vestidos de negro la novia de blanco trataba de correr. Velos de punto hirsuto flotaban sobre las cabezas. Las manos forradas en guantes blancos volaban dando aletazos de angustia.

Un momento la novia estuvo frente a él. Le miró el niño que apretaba en los brazos. Algo le iba a preguntar pero no habló o no le pudo oír entre el ruido. Eran bocas abiertas y ojos en blanco. Ahora era otra gente la que lo rodeaba. Con el niño cada vez más pesado entre los brazos. Sentía dolor en los codos y en los hombros. Como si se hubiera puesto muy pesado y ya no pudiera sostenerlo. Él mismo parecía haberse ido poniendo más bajo. Casi en cucullas. Ahora había puesto el niño en el

suelo. Lo miraba desde arriba. Estaba quieto, con los ojos abiertos y la boca descolgada. Flojo y desmadejado. Lo colocó poco a poco con el pie, en un portal vacío. Hacia adentro se miraba el pasadizo vacío al que daban, abiertas, todas las puertas.

Ya no lo veía. Lo habían desplazado a empujones. Iba ahora más lejos. Más lento entre la gente que parecía moverse más a prisa. No veía ahora caras sino hombros y espaldas. Cerca de sus ojos.

Intentó regresar. Logró con dificultad pegarse a la pared y comenzar poco a poco a remontar. Avanzaba muy lentamente. Todos los pechos y las voces venían contra él.

«Tengo que recogerlo». Por ratos no lograba ver la pared, metido entre tantos cuerpos en contra. No debía estar lejos. Era el mismo portal, pero no estaba el niño. O no era el mismo portal. Logró remontar otro trecho. Iba sobre el borde de la pared aplastado por los que venían. Casi no avanzaba. Ahora sí estaba en el portal. Era la misma puerta entreabierta, el mismo largo zaguán vacío, las mismas puertas abiertas, sin gente. Era un hombre el que estaba tendido sobre el umbral. Casi desnudo, largo, blanco. Con una barba negra como de santo. Los ojos abiertos, muertos. Un taparrabos de tela rota. Parecía una imagen de procesión sin velas y sin vidrios. Tan viejo como el padre del niño. Menos viejo que él.

Ahora lo veía alejarse. Era él mismo quien se alejaba. Reculando. Sostenido y llevado entre pechos y espaldas de los que huían. Ya fuera de la ciudad, tal vez.

OTRA CARA, OTRO NOMBRE

Fue al final cuando decidió ponerse el bigote. Se vio en el espejo y era evidente que le faltaba. Era un pequeño bigote corto, negro y algo ralo, que había comprado hacía tiempo. Tal vez fue en el Carnaval. Le costó trabajo fijarlo con el colodión. Estaba muy cerca de la nariz y el olor penetrante le cortaba el aliento. Y hasta le producía un pequeño mareo.

A medida que cambiaba la raya del peinado, que adelgazaba las cejas, que ponía una sombra tenue bajo los ojos, dejaba de ser él en el espejo.

Ahora sí tenía otra cara. ¿La cara de quién? En todo caso no era la suya. No era aquella de todos los días, con la barba descuidada, la melena revuelta y aquellos ojos demasiado abiertos, con demasiado blanco. Ahora tenía el rostro rasurado y preciso. Hasta se le veía la nariz menos grande y la frente más estrecha junto al cabello bien peinado. Para completar se puso los anteojos negros. Ya no era él aquel rostro que asomaba en el espejo. Un extraño, un desconocido, un intruso inquietante aparecía. Parecía... ¿qué parecía?... ¿a quién se parecía?

Parecía un hombre de más edad, con cierta dureza y autoridad en el rostro. Ya no era el Gerónimo de todos los días, el que deambulaba en las librerías y en los cafés, el que se reunía con Marta, y la Chelo y con la pandilla de artistas mal hablantes.

Ahora recordaba más bien uno de aquellos hombres que le parecían tan detestables y a los que miraba con desagrado y hasta odio cruzar en grandes automóviles por las lentas calles de la ciudad. Hablando distraídamente con algún acompañante, con un tabaco en la mano. Con el relámpago brillante de una sortija en algún dedo.

No era que se había propuesto darse ese tipo. Había ido saliendo así. Paso a paso, como si otra cara se hubiera ido formando debajo de la suya. Como si hubiera largado la piel como las culebras y hubiera salido aquella fisonomía inesperada, tan precisa y tan ajena.

Hubiera podido ser distinta, pero la que había salido era aquella. Se vistió con el traje oscuro que tenía guardado para aquel día, una camisa blanca, una corbata llamativa y hasta un sombrero. Todo aquello lo había tenido que ir reuniendo a escondidas, poco a poco, para que los amigos no lo vieran. Nadie debía saber ni sospechar que él iba a ser otro, aunque fuera por un día.

La vida se le había hecho monótona y casi asfixiante. Todos los días la misma cosa, las mismas conversaciones, los mismos sitios, las mismas caras. Todo se sabía y se conocía. Podía llegar a la tertulia el loco Rodríguez y hablar de las más descabelladas aventuras de violencia. Todos sabían que era mentira, que no lo había hecho o que no lo podía hacer. Y con las muchachas no era distinto. Era territorio explorado en sus menores detalles. Cada quien sabía con cuáles el otro se podía acostar y con cuáles no. Lo demás era apariencia que no engañaba a nadie. No engañaba a nadie el falso amante, ni el falso conspirador, ni el falso artista. Todo empezaba y terminaba en torno a la mesa del café, frente a una cerveza que se iba poniendo pálida y aplastada.

Sin embargo, a veces resultaba verdad. Pero era como si los que iban a hacer algo de verdad se retiraran del grupo. Dejaban de ir, se preguntaba por ellos y no se sabía dónde andaban. Alguien los había visto hacía tiempo. Era que alguno estaba escribiendo un libro o se había casado o un buen día, después de mucho tiempo, aparecía en los periódicos tomando parte en un atraco de

guerrillas urbanas.

—Se cansó de hablar pendejadas, comentaba alguno.

Fue entonces cuando Gerónimo decidió escapar del grupo. No era fácil. Se iba uno enredando y enredando en la rutina, en el hábito, en la pereza, en el abandono, a la espera sin término, en el hablar continuo y sin salida.

Comenzaría por un ensayo limitado y corto. No sólo dejar de ir al foco inevitable de reunión, donde las horas y los temas y las fatalidades se enredaban en una espesa atmósfera adherente y adormecedora, sino comenzar de pronto a ser otro. Comenzar de nuevo. Desde cero. Salir un día a la calle, a otra calle, a otras gentes, siendo otro.

No sabía bien quién iba a ser. No había individualizado su nueva personalidad transitoria, era más bien como un deseo de cambiar de especie y de ser. No un disfraz, sino otra vida.

Siendo Gerónimo no iba a poder dejar de serlo, se lo iban a impedir todos los que lo conocían como Gerónimo. Los que sabían o creían saber inexorablemente lo que podía y lo que no podía ser o hacer. Era menester que nadie pudiera devolverlo a la vida que quería abandonar. Había que comenzar por no ser Gerónimo. Por ser alguien que nadie pudiera relacionar con su pasado y con el carácter que había revestido ante los otros.

Fue así, poco a poco, precisando su propósito y reuniendo al azar los materiales para su transformación. El traje distinto, el rostro cambiado, y habría que llegar también al nombre nuevo y al convertirse, en palabras, temas y hechos, en un nuevo hombre.

La nueva apariencia fue saliendo por azar. Por el azar de las prendas de vestir que pudo reunir, por el no menor azar de las transformaciones que era posible lograr sobre su cara. Varias veces ensayó, en formas incompletas,

hasta aquel día en que se resolvió a salir a la calle transformado.

Entre lo que parecía por fuera y lo que seguía siendo por dentro había un gran paso de incomunicación. No sabía con certeza quién iba a ser en definitiva.

Quitó la vista del espejo, irguió el pecho, se caló el inusitado sombrero y cerró la puerta con violencia como si cerrara su pasado.

Ya estaba en la calle, primero con el paso inseguro y arrastrado que era el suyo habitual, pero muy pronto comenzó a marchar erguido, taconeando, con la cabeza muy recta mirando hacia adelante, con cierta seguridad altanera. Casi con insolencia.

Un desconocido se le quedó mirando e hizo un gesto como de querer hablarle, pero él no le dio oportunidad y siguió adelante. Para aquel hombre, al menos, ya había sido otro. Le había dirigido una mirada como de vacilación o de sorpresa. Debió confundirlo con alguien. ¿Con quién? Con alguien definido y real y sin embargo profundamente distinto del Gerónimo que, por dentro, él seguía siendo todavía.

Había llegado a la calle donde estaba la terraza del café en que se reunían sus amigos. Allí estaba el grupo, en el mismo orden, en torno a la misma mesa pequeña, con las botellas de cerveza vacías. Alguno recostado a la silla bostezaba y lanzaba una mirada displicente a los paseantes.

Tomó la acera de enfrente para más seguridad y mirando de reojo avanzó sin perderlos de vista. No le hubiera sido difícil adivinar la conversación en que estaban enfrascados. Algunos paseaban la mirada distraída por la calle. Probablemente lo habían visto y lo habían seguido un rato con los ojos. Aquel viandante que

nada tenía que ver con Gerónimo. Uno de esos seres separados por montañas de alejamiento o desdén. Aquel tieso hombre de anteojos negros y bigote ralo. ¿Quién podía ser?

Estuvo tentado de acercarse a la acera del café y pasar por delante de ellos. Pero no se atrevió. Era demasiado arriesgado. No era todavía suficientemente espesa e impenetrable la corteza de la apariencia para protegerlo. Era todavía nada más que una apariencia.

Además, había la importante cuestión de no saber exactamente quién era ahora. Si alguien se dirigía a él y le preguntaba quién era, no hubiera podido responder. En todo caso habría vacilado inseguro en busca de un nombre apropiado. Había pensado algunos. Le sonaban insignificantes y hasta ridículos. Podía decir, por ejemplo, «Rafael Barba, comerciante», pero qué hacía un comerciante, a esas horas, deambulando por la calle sin rumbo y sin objeto.

Siguió de largo. Atrás quedó la terraza del café y el grupo de los amigos y la conversación sin término que podía girar y girar siempre en el mismo sentido, partiendo de cualquier punto.

—Aquí lo que hace falta es audacia.

Podría decirlo cualquiera, en cualquier momento, y comenzar la lenta discusión. No era eso lo que faltaba. Uno detrás de otro iban a desfilarse los temas suscitando las mismas réplicas.

Pero ahora había un transeúnte que se le había quedado viendo con mucha intensidad. Hasta se detuvo antes de cruzarse con él. Parecía reconocerlo. Apretó el paso para evitar la conversación. El hombre lo veía con unos ojos angustiados y querellantes. Algo iba a decir pero pareció contenerse al mirar que Gerónimo no

parecía tomarlo en cuenta y seguía de largo.

Había sido una mirada llena de significación. La mirada de un hombre que, ciertamente, sabía quién era aquella persona que Gerónimo representaba sin saberlo. Debía tener el nombre y la clasificación para aquel ser que había salido formado por un azar misterioso del disfraz de Gerónimo. En el breve momento del cruce, en que pudo mirarlo, le pareció darse cuenta que la mirada era de sorpresa y hasta de temor. No había sido la expresión grata y confiada de quien tropieza con una presencia amiga, sino la de quien se halla ante un desagradable encuentro.

De aquel hecho, lleno de significación para él, Gerónimo se puso a elucubrar sobre la nueva personalidad que el azar del disfraz le había deparado. Debía ser la de una persona a quien otros temían o detestaban. La de un hombre que inspiraba temor y desagrado. Un ser al que se le temía, o por lo menos a quien algunos temían y veían con disgusto.

No había sido su propósito entrar en esa apariencia, pero podía ser que así hubiera ocurrido y que ahora pareciera cierto determinado personaje al que muchos detestaban o temían.

Rápidamente y casi sin quererlo cambió de actitud. Puso el paso más firme y la cabeza más levantada y comenzó a ver a los desconocidos transeúntes con una mirada fría y desafiante.

Gentes entraban y salían de las tiendas y se detenían en las esquinas. Mujeres con niños, muchachas de pelo suelto y raídos pantalones azules, gentes apresuradas con carteras y paquetes debajo del brazo y otros detenidos y aledados frente a las vitrinas.

Se puso a observar las miradas que le dirigían. Mucha

gente lo miraba con insistente curiosidad. Debía representar una persona conocida. Algunos hicieron el gesto de saludarlo con la mano. Era un saludo sin afecto, desconfiado y casi defensivo.

Podía haberse detenido con alguno y tratar de sacarle hábilmente el nombre y la identificación que le atribuían. Era, ciertamente, alguien perfectamente reconocible para todas aquellas gentes que lo veían con ojos llenos de intención y de mensajes.

Un hombre gordo, canoso, que avanzaba lentamente leyendo un periódico, apartó los ojos de la lectura y los fijó en él. Era una cara insignificante y mal afeitada. Había sonreído al verlo y haciendo un gesto lento de saludo con la mano le había dicho claramente:

—Adiós, Inspector.

Respondió apenas con un movimiento de la cabeza. Él sabía lo que significaba ese nombre. Gerónimo conocía los inspectores. Los veía con temor de lejos. Hablaba de ellos en voz baja con sus amigos. Eran aquellos hombres casi no humanos a quienes tanto temían. Los que detenían, los que interrogaban, los que torturaban. Al flaco Silva lo habían torturado hasta morir. Cada vez más flaco, cada vez más callado. «¿No vas a hablar?». No habló.

Otros no resistieron y hablaron. Y entonces empezaban los allanamientos, las persecuciones, los escondites. Bastaba que algún día alguien hubiera puesto una bomba en cualquier parte, para que volviera aquella ronda de pesquisas y detenciones. El grupo se desbandaba. Todos eran sospechosos de guerrilleros o de enlaces de guerrilleros. Los que estaban y los que no estaban. Y todos aquellos hombres se parecían. El mismo color trigueño pálido, la misma manera de no

hablar y de no saludar, los mismos anteojos negros. Ni siquiera se sabía si el nombre que les daban era el de ellos.

«Creen que soy un Inspector», pensó Gerónimo. Lo que había salido de todo aquel cambio de personalidad era un Inspector de la Seguridad. No era eso lo que él se había propuesto. Ahora se daba cuenta de por qué lo miraban tantos ojos hostiles.

Hasta que surgieron aquellas dos mujeres. Hasta que le cayeron encima de pronto. Vestidas de negro, despeinadas, hablando con la boca y con las manos.

—¡Inspector!

Estaban delante de él, le agarraban las solapas, las caras frente a su cara.

Hablaban al mismo tiempo, mezclando las voces y las palabras. Una hablaba del marido, la más joven, y la otra del hermano.

«Mi marido». «Mi hermano».

Todo llegaba confuso y violento sobre él, encima de él, como un torrente.

«¿Dónde está? ¿Qué le han hecho? Lo mataron, sí, lo mataron. En ninguna parte me dicen dónde está. Hace quince días que desapareció. Se lo llevaron a media noche. Cinco hombres armados. De la Seguridad. Le dieron golpes y empujones. Hemos preguntado en todas partes. En ninguna parte saben de él. Hemos ido a su oficina millones de veces. No nos atienden. Por fin, por fin lo encuentro. ¿Está vivo? ¿Dónde está?».

Él no respondía. La gente comenzaba a detenerse y a rodearlos. Ya formaban un grupo grande y en el medio él y las voces de las dos mujeres.

«Juan Pedro no está metido en nada. Yo se lo digo». «Yo también. Él se dejó hace mucho tiempo de toda esa cosa subversiva. Hasta con los viejos amigos había

peleado. No está metido en nada».

Se aglomeraba más y más gente y comenzaban a oírse voces altas. Era peligroso.

Gerónimo tuvo que hablar.

«Está bien. No se pongan nerviosas. No ha pasado nada. Váyanme a ver».

«¿Cuándo?».

«Mañana».

«¿Dónde?».

«¿En la Seguridad?».

«Sí».

Logró zafarse y salir de la aglomeración que se había formado. Siguió adelante porque no podía hacer otra cosa. Sentía que estaba metido en una situación peligrosa. Debía buscar un medio de salir de aquello. Ya había pasado el mediodía y las calles comenzaban a clarear. Las gentes volvían a sus casas. Esperaría a que las calles estuvieran más solas y regresaría rápidamente a su habitación. A quitarse de encima aquella otra apariencia temible.

Llegó a una terraza de café con pocos parroquianos. Se sentó en una mesa para dejar pasar el tiempo. Había un periódico abandonado sobre la mesa y se puso a hojearlo. No podía leer sino que veía con disimulo a todos lados.

Volvería a la casa y se quitaría aquel disfraz. Ha podido transformarse de otro modo. Nunca pensó que lo iban a confundir precisamente con aquel hombre odiado y amenazado, cuyo nombre no sabía aún.

El mozo que se acercó a servirlo lo miró con respeto.

«¿Qué quiere, Inspector?».

Pidió cualquier cosa. Tenía que escapar pronto de aquella situación. Hubiera podido tomar tantas otras

fisonomías, pero fue precisamente aquella la que fue surgiendo minuciosa y fatalmente de todo su esfuerzo por cambiar.

Se sobresaltó cuando sintió el ruido del servicio sobre la mesa. Después la terraza pareció quedar sola. Dentro de un cuarto de hora ya podría irse.

Se fue quedando sin gente la terraza. Miraba de reojo las mesas vacías, una junto a la otra, como llenas de invisibles presencias. Ahora estaba angustiosamente solo con aquella desconocida presencia de su propio disfraz. Si hubiera estado en medio de mucha gente hubiera sido mejor. Se hubiera borrado y disuelto. Pero así, en medio de todas las mesas vacías, no quedaba sino aquella apariencia inocultable, aquel rostro, aquel traje, aquel ser que se había colocado sobre él y lo aplastaba.

La calle también se iba quedando vacía. Dentro de un momento podría levantarse para marcharse. Tomaría un vehículo de alquiler para desaparecer más pronto, para arrancarse de encima todo aquello al regresar a su cuarto.

«Inspector García». Era con él, detrás de él. Una voz dura y seca. Volvió la cabeza. Vio la pistola que lo apuntaba. Negra, cercana. No tuvo tiempo de detallar la figura entrevista. Una cabellera revuelta, una cara de odio.

Debió oír el primer disparo. Se llevó la mano torpe a la cara. Tropezó los anteojos que cayeron. El falso bigote se le vino en los dedos. Mirándolo rodó de la silla al suelo.

CUANDO YO SEA GRANDE...

—Tú no eres papá mío, se lo dije, tú no eres papá mío para que me pegues.

¿Tú sabes lo que tú eres?

Hablaba entre dientes, con voz pareja, comiéndose las palabras, con la cabeza metida en el pecho, mirando hacia el suelo, hacia los torcidos zapatos grises llenos de mapas y paisajes de polvo y barro.

—Se lo dije.

El ventorrillero casi no lo oía, ocupado con su cantimplora de café y sus tazas, casi no lo veía, parado contra el marco de la puerta estrecha, bamboleándose de un lado a otro mientras repetía su relato. No le conocía el nombre, pero lo había visto muchas veces, cuando venía y se paraba, como perdido u olvidado, a la puerta del ventorrillo. Era uno de los muchachos del cerro. Parecía que le había preguntado.

—¿Y qué le dijiste?

—¿Qué le dije? Le dije...

El ventorrillero no lo oía, pero él hablaba bamboleándose con la cabeza gacha.

—Le dije: tú no eres mi papá. Tú no eres sino un borracho sinvergüenza.

Con las mismas palabras volvía una y otra vez a la misma escena. El hombre oscuro en la oscuridad de la madrugada que entraba a la choza. Diciendo palabrotas y lanzando salivazos. Decía que los iba a botar a todos, que los iba a matar a todos. Que él no tenía por qué aguantar todo ese bichaje. Empezaba a tirar los peroles del fogón contra el suelo.

Y todo aquello sonaba como si fuera fin de mundo. Él y sus dos hermanas se levantaron de la cama en que

dormían. Su mamá se echó la manta por los hombros y trató de hablarle. Pero él nunca oía. Gritaba y gritaba esas palabrotas, esas groserías, esos espantosos nombres que sonaban y sonaban hasta que no se podía oír más nada. Le daba patadas a las sillas. Sus dos hermanas lloraban, su mamá había ido a dar al suelo de un empujón, hasta que él se paró en la puerta y le dijo: «Tú no eres mi papá».

Saltó para agarrarlo. Si lo hubiera cogido lo mata. Pero él corrió como un conejo, cerro abajo, por entre la gente con sueño que se asomaba a las puertas de los ranchos despertados por el alboroto.

—Tú no tienes papá. Eres hijo de perro, hijo de rata. Bicho sucio. Eso quisieras tú, ser hijo mío. Yo no tengo hijos así. Deja que te ponga la mano encima para que aprendas.

Éste era el peor de los hombres que había venido al rancho a vivir con su madre. ¿Era el peor?

Iba recordando. Había habido aquel camionero que se acostaba temprano y se levantaba antes de amanecer. Casi nada tenía que ver con él y sus hermanas. Se tomaba un café y se iba en lo oscuro a buscar el camión, la carga y la carretera. A veces, de los viajes, traía algo. Papelón, queso y una tarde un periquito, amarrado por una pata. Pero se había ido. Se había ido él y se había ido el periquito.

Había habido otros. Alguno, allá lejos, cuando él no podía recordar debió haber sido su papá.

A la madre, alguna vez, cuando no estaba cansada, o brava, o hablando con alguna vecina, o empezando a vivir con otro hombre, le había preguntado:

—¿Quién es mi papá?

Nunca le contestó del mismo modo. Una vez le dijo

que era un vendedor de billetes y que no lo volvió a ver. Otra vez que era un señor decente con sombrero, corbata y zapatos lustrosos. Otras veces le decía que era el diablo.

—Tú eres hijo del diablo. Por eso eres tan malo.

La ciudad empezaba donde terminaba el cerro. Las últimas calles rectas y pavimentadas, de casas en hilera, con postes y con zaguanes, topaban con las primeras veredas, con los primeros racimos de ranchos, con los primeros montones de casuchas que daban traspies en recodos y cuestras, entre escalones mal contruidos, resbaladeros por donde rodaban los muchachos persiguiéndose y montones de basura de todos los colores.

A veces se metía por la ciudad. Donde empezaban los automóviles, las vitrinas de las tiendas, los pitos de la policía y el resonar de las rocolas en los bares. En algunas vitrinas había aparatos de televisión encendidos. Se podía quedar largo rato embebido mirando los vaqueros que perseguían otros vaqueros a tiros. O aquellos besos de nunca acabar que unos hombres buenos mozos y bien vestidos les daban a unas mujeres lindas.

A veces se paraba en la puerta de un cine y pedía. Le daban algunas monedas. Pero no faltaba gente brava que no le daba nada y encima le decía:

—Los niños no piden.

Pero esto tampoco pudo durar. Al segundo día vino un grandullón, mal encarado y le dijo:

—Si sigues pidiendo aquí te vas a llevar tu cabillazo.

Tenía cara de cumplir su amenaza. Lo acompañaban dos o tres muchachos que oían con respeto.

—Aquí no pueden pedir sino los míos. Tú no tienes derecho. A menos que entres en el arreglo.

Le explicaron el arreglo. Tenía que dar la mitad de lo

que lograra al grandullón. Así lo hacían todos los otros. Poco pudo durar en este trabajo. El grandullón estaba pendiente de lo que les daban. Al terminar la entrada o la salida del cine se iban a un solar vacío cercano y sacaban las cuentas.

Metían la mano en el bolsillo y extendían en las dos palmas las monedas.

—Una para ti, una para mí.

Pero se le antojó aquel día darle una bofetada que lo hizo rodar por el suelo.

—Me estás raspando.

—Yo no. No es verdad, quiso decir, pero no le dieron tiempo. El grande y los otros estaban sobre él dándole puños y patadas. En la carrera se le cayeron las monedas que tenía en las manos. Cuando alcanzó la esquina, se detuvo un momento, quería decirles algo.

—Cuando yo sea grande...

Cuando yo pueda pegar más fuerte que tú, cuando yo pueda meter más miedo que tú, cuando tú y todos los tuyos me tengan que tener miedo, entonces vas a ver...

Cuando yo sea grande podré ir a las calles de las mujeres. Caminan y se tongonean parándose en los zaguanes y debajo de los faroles. O entran con hombres en aquellos botiquines con gruesas cortinas de pepas que no dejan ver hacia el interior. Pero él asomaba la cabeza por debajo y las veía sentadas, mostrando los muslos y los senos, tomando licores verdes y rojos, pegadas a unos hombres que parecían cansados.

—Hijo de puya, tan chiquito y estás viendo las mujeres.

Se retiraba apresurado del quicio por donde había asomado la cabeza. Corría hasta la esquina y se paraba

junto al poste. No lo tomaban en cuenta porque era chiquito y no tenía dinero. Los hombres grandes cargaban dinero, bebían en las cantinas y agarraban sin miedo a las mujeres. Pero él se asomaba y figoneaba. Oía las risas, las palabrotas y veía los trozos pálidos de muslo desnudo. Ya él sabía lo que era ser hombre.

Escupía con desenfado, lanzando el escupitajo a lo lejos y decía a alguno de los otros muchachos.

—De esas mujeres la mejor es la turca. Yo lo sé. No ve que yo he visto mucho.

Recogía una colilla y la encendía. O cuando tenía con qué compraba una locha de cigarrillos rubios. Había aprendido a fumar como los hombres grandes. Por eso lo botaron de la escuela del barrio.

—Tan chiquito y fumando.

Había pedido permiso para ir al excusado y le abrieron la puerta y lo encontraron con el cigarrillo encendido.

Tanto escándalo por un pedazo de cigarrillo. Si ellos supieran. Él conocía más.

Pablo, el que había cantado en la televisión, le ofreció un día un pito de marihuana. Eso sí es de verdad. Pablo era alto, flaco, siempre muy bien vestido y con el pelo muy brillante. Era cantante. Él decía que cantaba en teatros y en fiestas elegantes. Y hasta un día salió en un programa de televisión. De eso hablaba siempre.

—Si uno no está metido en la rosca se friega. Por eso es que yo no pude seguir en la televisión.

Pablo parecía muy amanerado.

Vivía en una casa de vecindad cerca del cerro. Un día le dijo que entrara para que oyera un disco suyo. Allí fue que le ofreció el pito. Puso el disco. Se sentó en el suelo a su lado y comenzó a tararear la canción que estaban

oyendo. Sacó el pito y lo encendió.

—¿Sabes lo que es?

No sabía, pero contestó afirmativamente.

—¿Quieres probar? Es maravilloso.

Probó. Le supo a trapo quemado. Tosió y se quedó mirando a Pablo que parecía transportado en un estado de plácida satisfacción.

Le había agarrado una mano con su mano caliente y un poco temblorosa.

—¿No te gusta?

Le tendió el otro brazo por el hombro. Comprendió de pronto y se puso de pie de un salto.

—¿Eso era lo que querías, desgraciado? Pablo se asustó y trató de calmarlo.

—Pero si no era nada. ¿Qué te pasa?

«¿Qué me pasa?». Era indignación y náusea lo que sentía. Ganas de escupirlo. Atreverse con él. Qué creía que era él. Aquel Pablo envasinado y oloroso.

Pero otros días se hacían largos porque no pasaba nada. Siempre venía a dar al carrito del vendedor de perros calientes. Se paraba a verlo servir a los parroquianos como hipnotizado. Lo veía sacar el pequeño pan abierto, tomar con una pinza, del fondo humeante, una salchicha de un rojo increíble. Colocarla en la ranura del pan y empezar a poner sobre ella, con infinita delicadeza, hilos rojos de crema de tomate, sal espolvoreada, gotas de picante y grumos blancos y espumosos de salsa alemana. La boca se le hacía agua viendo al comprador dar los primeros mordiscos. Con las manos en los bolsillos parecía buscar una moneda que sabía que no estaba.

Aquél que estaba allí comprando había vivido en el

rancho con su mamá.

El hombre le respondía con la boca llena de comida.

—¿Y tú quién eres?

—Guá. El hijo de Ramona.

—¿De Ramona? ¿Qué Ramona?

Qué Ramona. Hubiera tenido que explicarle. Hablarle del rancho, de los otros hermanos. De la hermana mayor. Por la hermana mayor fue que su mamá tuvo que pelear con él. Siempre se quería quedar solo con la muchacha.

—Mejor es que sea yo y no un vagabundo de por ahí, que tú ni sabes quién es.

Pero ahora ni lo veía ni lo oía.

—¿Qué Ramona?

Tenía la boca llena de alimento y por las comisuras le chorreaba la salsa blanca del perro caliente. Haciendo caminos y veredas.

El cerro estaba lleno de caminos y veredas. Eran trochas entre los ranchos que se torcían a un lado y otro como cansadas y que de pronto parecían derrumbarse por una cuesta. Pero todas llevaban a las mismas encrucijadas sucias o a los comienzos de las calles de cemento. Se daba vueltas y siempre se volvía al mismo punto.

Varias veces había pensado en irse. Pero ¿adónde y cómo? Cerca pasaban las autopistas que llevaban lejos hacia otros pueblos y otras gentes. Desde por la mañana se veía desfilar la ristra de camiones y automóviles. Todos iban rápidos. Por la noche continuaba el desfile entre las luces encendidas, el zumbido lejano de los motores y el deslizamiento de las ruedas. Era mucha la gente que salía. Sobre los cargamentos de sacos llenos y de racimos de plátanos iban tumbados algunos hombres. Y a veces algún muchacho. Despernancados, durmiendo, mientras

el camión se iba metiendo hacia lo que estaba lejos y que desde allí no se podía ver.

Si un camionero lo tomaba de ayudante, o simplemente le daba permiso para subirse sobre la carga, se iría rodando en el día y en la noche por caminos y caminos. Viendo otros camiones y otras gentes que regresaban o que se desviaban para otros rumbos.

Pero no habría camionero que quisiera llevar a un muchacho tan chiquito como ayudante. Él había visto hombres fuertes doblados debajo de un fardo. Y si lo tomaban dónde iba a quedarse. Parado en alguna esquina, sin saber adónde ir, como estaba ahora, como estaba todos los días en alguna vereda del cerro.

Había una época del año en que desde lejos se veía la gran carpa del circo, inflada en medio de un terreno abierto. La carpa era color de león. O los leones estaban vestidos con pedazos de la carpa. Y olía a cagajón. Había caballos grandes y chiquitos y unos retratos de payasos con enormes caras blancas manchadas de rojo. Lo más que podía hacer era dar vueltas en torno a la carpa y mirar las jaulas de los animales y un elefante viejo, medio doblado, amarrado por una pata a una cadena, que registraba entre el polvo con la trompa y recogía papeles para comérselos.

Era una vez al año y después desaparecía el circo. Un día veía desde el cerro para abajo y ya había desaparecido la carpa. Si se acercaba lo que quedaba eran papeles viejos, pedazos de cajones, envoltorios de caramelos y pilones de cagajón llenos de moscas.

No había dejado de ofrecerse a alguno de aquellos hombres con botas y látigo que salían de la carpa.

—¿No necesita un muchacho para ayudar?

No. ¿Quién iba a necesitar un muchacho. Un

muchacho como él. Flaco, sin fuerza y que no sabía hacer nada?

Ya habían cerrado el ventorrillo. Caminando sin rumbo fue mirando cómo iban cerrándolos todos. Siempre era el mismo camino por donde quiera que tomara. Toda la noche parecía llenarse de luces solas arriba y abajo. Las del cielo y las de las autopistas.

Por delante de él trotaba un perro. Siempre eran los mismos perros. Los podía reconocer todos. Tomó una piedra y se la lanzó.

Era la hora de la noche en que las luces parecían más altas limpias y quietas. Como si se hubieran puesto más solas. La ciudad parecía aquietada y más lejana y las veredas del cerro aparecían vacías y más grandes.

Llegaba un viento frío que anunciaba la madrugada. Las pocas voces que se oían parecían lejanas. Un canto de borracho. Un aullido, que se iba adelgazando en la distancia, de perro apedreado. El crujido lejano de un frenazo de automóvil.

Caminaba dando vueltas. Vueltas que lo iban acercando a la casa de la madre. Lo sabía pero seguía marchando lentamente, deteniéndose, escarbando con el pie en los montones de basura, lanzando una mirada al interior penumbroso de los ranchos con las puertas abiertas.

Cuando ya iba más cerca, vio brillar algo en el suelo. Como un chispazo de luz que había saltado. Se apresuró para ver qué era. Era un cuchillo viejo, sin mango, mellado, respingado hacia arriba en la punta. Le pasó el dedo gordo por el filo. Todavía tenía filo. Se lo metió en la cintura, pegado al cuerpo. Sintió el frío de la hoja, pero después ya se puso del calor del pellejo.

Ahora tenía un cuchillo. Los que no tienen cuchillo

respetan a los que tienen cuchillo. Basta sacarlo y amenazar. «Con cuchillo no». «¿Con cuchillo no?». Cuando se saca el cuchillo todos lo ven. No ven otra cosa. Ni la mano, ni la cara, ni el cuerpo. No ven sino el cuchillo. Como cuando alguien saca un revólver. Él había visto sacar un revólver. Todo el mundo se callaba. El que apuntaba y el que estaba apuntado. Y los tiros sonaban menos de lo que uno podía esperar. Sonaban como si fuera lejos. Y la gente empezaba a correr y a esconderse.

Por eso decían: «Ese está armado, ten cuidado». Ahora él estaba armado. En toda la vereda sola, en toda la noche sola, caminando por aquellos recovecos que llevaban a la casa.

Bajó por un zanjón que le pareció distinto y se encontró frente a la casa.

Creía que estaba más lejos.

Adentro todo estaba quieto y oscuro. Sacó el cuchillo y lo apretó con fuerza. Asomó la cabeza por la puerta entrejunta. En la cama estaba el hombre durmiendo. Boca abajo, con un brazo descolgado que tocaba el suelo. Medio desnudo. Roncaba como si se estuviera ahogando. Se le veía todo el cuello gordo descubierto desde la nuca hasta el hombro. Al lado, boca arriba, sin ruido, estaba su madre. En los colchones del suelo se veían las formas de sus hermanas.

Ahora el espacio parecía más grande. Él era el más alto. A todos los veía desde arriba.

Se fue acercando al camastro muy poco a poco. El hombre se sacudía con los ronquidos. Con el cuchillo apuñado se inclinó sobre él. De un solo golpe le podía abrir todo el pescuezo. No tendría tiempo ni de gritar. Él saldría corriendo cerro abajo, o cerro arriba. Buscaría donde esconderse, o donde irse. Buscaría.

Fue entonces cuando se encontró con los ojos de la madre que lo estaban viendo.

—¿Qué fue?

Hablaba bajo con temor de despertar al hombre.

—Dame eso. Estás loco.

Suavemente le tomó el cuchillo. Se lo entregó sin fuerza.

—Vete a acostar que ya va a ser de día.

Caminó hacia su rincón. Tropezó con una de las hermanas que refunfuñó semidormida. Se tendió boca arriba en un pedazo de manta. Se metió una mano en la boca, mordió con fuerza y comenzó a llorar sin que lo oyeran.

LA CUESTIÓN

«Si usted insiste en negar nos veremos obligados a emplear otros métodos». Era como si lo oyera por primera vez. Aquella cara fría e inexpresiva, alejada de mí por la inalcanzable distancia de un espacio vacío, de una gran mesa desnuda. Todo era penumbroso, verduzco, impreciso. Las facciones mismas parecían transformarse. Alta frente despejada, sin color, sobre la que a veces se posaba la mano sobre un mechón lacio. Los ojos estaban perdidos en lo más oscuro del hueco de las órbitas. Lo único que no parecía cambiar era la voz. Voz sin entonación, sin flexiones, pareja, cortada bruscamente por silencios. La voz de quien recita de memoria en tono bajo. Voz sin color y sin temperatura.

Detrás en la sombra podían moverse algunos personajes, o existir puertas simuladas. Pero era ante él solo, ante aquella sola cabeza de la que salía aquella pasta de palabras indiferenciadas, que yo me encontraba.

Ahora me amenazaba. Si yo no estaba allí sino para informarme del paradero de Ana. Hacía tres días que había salido para un corto viaje y no había regresado ni dado noticias. No me dejaron explicar lo que quería. De mano en mano, de empellón en empellón vine a parar frente a aquella mesa, frente a aquella cabeza pálida y parlante, acribillado de sospechas y preguntas.

«Diga usted cómo y cuándo conoció a Pedro Martín, llamado también Rodolfo Martí, conocido igualmente por el apodo de Martel». Había contestado muchas veces que no lo conocía, que no sabía quién era. Como había respondido, en la misma forma, a la interrogación sobre otros vagos personajes. Eran nombres o sobrenombres de seres imprecisos a quienes acaso yo había podido

encontrar o no. Tropezar incidentalmente alguna vez, bajo otro nombre, sin poner atención. Pero ahora lo más importante era precisar, sin sombra de duda, si lo había conocido o no. Alguno de aquellos nombres, alguna de aquellas borrosas fotografías que me mostraban, podían recordarme a alguien que alguna vez conocí. Pero no era seguro. Y, además, corría el gran riesgo de contradecirme.

Era un juego sin término. Ronda continua de nombres, de referencias a personas, de fechas y lugares donde debí estar, donde hice contacto con alguien, y recibí o transmití algún mensaje. Podía ser aquel indiferente vecino de terraza de café que me pidió un cigarrillo o cualquiera de aquellos otros innumerables con los que había compartido un asiento de tren, de avión o de autobús. O uno de tantos hombres y mujeres que me habían sido presentados, sin casi reparar en sus nombres ni en las fisonomías, en tantas y tantas reuniones y fiestas de amigos y conocidos.

¿Quién era aquel hombre y qué había hecho? ¿Quiénes eran y de qué se los acusaba a todos aquellos sobre los que me hacía preguntas la cabeza solitaria? Debía ser gente peligrosa y muy solicitada por la autoridad. Al través de lo que colegí en el interrogatorio pude saber que habían requisado mi habitación, que habían interrogado a vecinos y personas que decían conocerme. Que tenían algunas informaciones contradictorias de mis antecedentes.

La primera vez que la nombró la designó por su nombre de artista: Ana Purna. Quería saber cuándo la había conocido y qué sabía de sus actividades anteriores a nuestro encuentro.

Tenían un son obscuro y repugnante las cuestiones: «¿Desde cuándo vivían juntos?». «¿En qué se ocupaba?».

«¿A quiénes veía?». «¿Estaban casados?».

No estábamos casados. Simplemente no creíamos en eso. No sabía mucho de lo que había hecho antes. Pero además de aquel seudónimo de artista tenía otro nombre verdadero que no era el que yo le conocía. «No se haga usted el ignorante». Ana Purna, Livia, Lubov, Birgitte. Nunca le oí esos nombres, ni a nadie llamarla de esas maneras. Pero de un modo mecánico la cabeza repetía su pregunta inagotable. La misma, como si nada significara todo lo que yo decía. «Ese no es su verdadero nombre. Usted lo conoce, dígalos».

Yo repetía su nombre verdadero, todo lo que de ella sabía, su conducta junto a mí en todos aquellos años. La cabeza se movía negativamente. Hasta que yo callaba. «Nos veremos obligados a emplear otros métodos».

Yo mismo comenzaba a dudar, a perderme en suposiciones y escenarios que forjaba en la imaginación. Podía ser que hubiera estado engañado todo ese tiempo. Pudiera ser que nunca me hubiera dicho la verdad sobre ella. Acaso, acaso me hacía ver que se ocupaba de algunas cosas mientras en forma oculta se empleaba en otras de las que nunca me habló. Era posible que aquel mercader de cuadros a quien vendía sus telas no fuera eso sino otra cosa. Podía ocurrir que aquel primo, que vino de paso en una ocasión, no fuera sino un agente en una misión secreta. Aquellos paquetes, que a veces permanecían en la casa sin abrirlos y que luego desaparecían, podían ocultar un horrible tráfico de secretos y delitos.

Metido en el laberinto de suposiciones perdía el hilo de la escena, quedaba sin responder a la última pregunta repetida, sentía como un mareo o como un apagón de la conciencia.

«¿Qué hizo usted el día doce del mes pasado?».

Identificar un día entre todos los días ordinarios me requería un esfuerzo agotador. A qué hora había salido, adonde había ido, con quiénes me había encontrado. Pudo ser el día en que fui en la mañana a la biblioteca pública. «¿Pudo reconocer a la persona que estaba sentada a su lado?». «¿Cruzó algunas palabras con ella?». «¿Le pasó un papel?». A veces había pedido una hoja de papel a un vecino de mesa para tomar un apunte. Recordar los días en que había ido a leer y las personas que se habían sentado junto a mí resultaba imposible. «Usted lo sabe bien. Dígalo». Se hacía un silencio amenazador y parecía comenzar otra escena.

Ahora estaba sobre la mesa una fotografía. La cabeza me pidió que la reconociera. Era una vieja foto de grupo, amarillenta y borrosa. «¿A quiénes reconoce?». Eran gente joven reunida en una fiesta de trajes. Vestidos extravagantes, uniformes de fantasía, mujeres a la oriental, mozos vestidos de pirata de cuento con un ojo tapado. No me era fácil recordar dónde fue aquello, ni quiénes eran. Pasaba la vista sobre los menudos rostros olvidados o desconocidos. La voz continuaba interrogando. Allí, ciertamente, estaba yo. Era aquel tipo un poco apartado y triste, que en un extremo parecía mirar hacia otro lado. Debía ser muy joven entonces. Pude reconocer, imprecisamente, dos o tres caras más. Los nombres no me venían o no me venían completos. «Tome su tiempo. Yo no tengo prisa».

Estaba allí Ana. Era aquella, muy cerca del centro del grupo, con una gran sonrisa y los brazos extendidos sobre los hombros de sus dos vecinas. «Este soy yo». «Esta parece Ana». «¿Y los otros?».

¿Quiénes eran? Todas aquellas faces y gestos congelados en la expresión de un momento. «Vea el

tercero de la derecha en la primera fila». Era un rostro anodino de hombre pequeño. Con los brazos cruzados sobre el pecho. No podía recordarme. No recordaba siquiera dónde pudo haber sido tomada aquella foto. No había sido en mi ciudad. Seguramente en un viaje. Pero estaba allí Ana. Debió ser alguna de las primeras veces en que la tropecé. Mucho antes de que comenzáramos a vivir juntos. ¿O no era ella?

Ahora me preguntaba por la organización. Uno de aquellos rostros era el de uno de los agentes principales de la organización. La organización.

Constantemente se mencionaba la organización. Mientras yo más negaba conocerla, ni saber siquiera que existía, más se insistía en preguntarme sobre ella en muchas formas astutas. Se me preguntaba quién me había enrolado. Con cuáles agentes había estado en contacto antes de ingresar al país.

A veces pensaba, por la forma de las cuestiones, que se trataba de un grupo de acción política clandestina. Otras veces me parecía entender que se me acusaba de pertenecer a una red de espías. A una vasta conspiración, a un complot, a una secta secreta juramentada para la subversión, a un plan de insurrección o de terror. O a una red de traficantes de drogas o de armas o de dinero prohibido.

Se me averiguaba sobre conversaciones que había tenido, sobre cartas que había escrito. Cualquier palabra tenía el valor de un indicio.

Siempre volvíamos al nombre de Ana. «Dónde estaba». «¿Qué estaba haciendo?». Pocos días antes de detenerme se había despedido de mí para un corto viaje. Cuestión de vender unas acuarelas. No se me creía. Yo sabía y no quería decirlo.

Empecé entonces a sospechar de Ana. A hacer un recuento imaginario de todo lo que podía no saber de ella. A adivinar posibilidades de una vida secreta y oculta de mí.

Con su voz monótona hacía largos recuentos de actividades desconocidas de mi mujer. De creerlo no había hecho otra cosa que actuar clandestinamente con una eficacia siniestra.

Nombraba personas con las que había tenido algún contacto. Una charla en una reunión ocasional. Un encuentro dentro de un grupo en una mesa de café. Luego hacía una larga y detallada reláfica de todas las acusaciones que pesaban sobre aquel individuo.

Citaba lugares y fechas de encuentros fortuitos. Quería saber lo que habíamos hablado. «¿Hablaron de la organización?». «No». «Pero usted tenía que saber que pertenecía a la organización». «No». «Usted conoce la organización». «No».

Todo lo que yo afirmaba o negaba terminaba por ser comprometedor. Terminaba por dudar si había sabido más de lo que creía saber, si había participado más de lo que una simple frase de comentario podía significar, si había, ciertamente, ido más lejos y me lo negaba a mí mismo.

«¿De qué hablaron?». Tenía que reconstruir una conversación banal olvidada. Cualquier palabra mía se convertía en punto de partida para otra pesquisa. Haber oído hablar de una manera crítica de las instituciones sin oponerme enérgicamente. Haber preguntado por la suerte de algún enemigo señalado. No haber comunicado a quienes podían y debían actuar cualquier sospecha que hubiera tenido.

Aquel contertulio ocasional, el de aquel día o el del

otro día, podía ser un enemigo de la sociedad, del orden establecido, de la ley y de la causa.

Recordaba aquellas consejas infantiles en que la acción o el olvido más banal terminaba por provocar las más pavorosas consecuencias. De una palabra que yo había oído, de una frase que no había refutado, de una actitud que no había denunciado me había convertido en responsable y cómplice de los peores males.

Y no una vez sino muchas. En cada ocasión en que estuvo frente a mí alguien que dijo una frase en todas cuyas consecuencias yo no paré mientes.

«La verdad es que yo nunca me he interesado por esas cosas». «¿Por esas cosas?». La cabeza me miró iracunda. Esas cosas eran las más importantes y graves. Tenían que ver con la seguridad y el bienestar de todos. La suerte de millones de seres podía depender de que aquello se supiera o no se supiera, de que aquello lograra prosperar o fuera detenido a tiempo. «¿Entiende usted lo que esto significa? Es una cuestión de salvación».

Alguna vez me habían hecho esa misma pregunta u otra muy parecida. A mí o a otro. O lo había leído. Al hombre sentado en el banquillo frente al hombre que interroga.

«¿Sacó las siete copias y las envió a los siete conocidos por correo?». Me mostraba una hoja de papel mecanografiada. La habían hallado posiblemente entre mis papeles. Entre tantas cosas insignificantes y azarientas como se acumulan en el día de un habitante de la ciudad. Programas, circulares, literatura de remedios, recortes de periódicos, sobres vacíos. «Rece tres veces a las nueve y a las tres la oración del Ángel. Comuníquele su intención. Insista durante tres días. No le oculte nada y cumpla todas sus instrucciones. No rompa esta cadena.

Un hombre en La Florida[...]» Pretendía hacerme ver que era una clave secreta por medio de la cual yo me comunicaba. «La Florida es un barrio de esta ciudad, el nombre de una calle está disimulado en esas palabras y también el número de una casa. Es una casa que conocemos y donde han vivido agentes de la organización».

El inquisidor preguntaba sobre los ángeles. ¿Qué me decía aquel ángel tan velada y oscuramente? Ángel de legión, de dominación, de potencia. El ángel se valía de la voz de una persona ignorante, que no se daba cuenta de lo que pasaba al través de ella. Sólo los muy avezados sabían distinguir los mensajes del ángel dentro de la garrulería insignificante del poseso. Ante todo importaba saber si era ángel bueno o ángel malo. Enviado de Dios o del demonio. La más secreta y prodigiosa información podía estar como un hilo de oro entre el alud de tantas palabras vanas. Mensaje celeste o infernal. Mandato del Anti-Cristo. La sombra de una duda sobre el dogma. Sobre la enseñanza infalible. Se podía llegar a estar al servicio de las potencias del mal sin saberlo. ¿Qué sabía de la organización? ¿Qué sabía de la herejía? ¿Estaban o no dentro de la gracia, iban a ser redimidos o no los indios y los negros? Todo era tan sutil que era fácil confundirse. A cada pregunta se abrían abismos de error y de perdición.

Ser un agente del demonio sin darse cuenta. Un lento proceso de degradación de las enseñanzas y los principios. Se iba uno apartando de la verdad insensiblemente. Para terminar en réprobo, en hereje, en traidor, en relapso, en endemoniado que ni siquiera la confesión podía salvar.

«¿Qué decía su mujer de esto?» que iba a decir, si es que alguna vez había dicho algo que no fuera el

comentario trivial sobre un asunto sin importancia.

«Ella conocía la clave que estaba oculta en la cadena».

No cambiaba la luz y no podía saber si amanecía o atardecía, si era el mismo día u otro. Era la misma cabeza, la misma voz que preguntaba las mismas cosas. Sobre ella, sobre alguno de los personajes de la vieja foto. (Había una cierta expresión de temor en los ojos de los del grupo. Debió ser una foto tomada en los tiempos de las explosiones deslumbrantes de magnesio). Sobre gentes que conocía pero sobre las que no sabía lo que preguntaban, sobre fechas y lugares imposibles de precisar.

Perdía el hilo a trechos y regresaba como si despertara. Volver en mí. ¿En cuál? Sobre el potro tendían a los reos, en el tripalium y las ruedas le estiraban las extremidades. Arrancar uñas, quebrantar huesos, suspender, colgar. Tortoles, cepos. Pero una sola voz que repetía la pregunta sin cansancio. Mancuerda, garrote. Cada vez más difícil de entender, cada vez más riesgosa de responder.

«¿Cuándo la vio usted por última vez?».

«¿Acostumbra usted almorzar en la casa?».

«¿Acostumbra usted almorzar en la casa?». Era la pregunta que hacía el encuestador que tocaba a la puerta a deshora con su libreta de sondeos.

«¿Tenía encendida la televisión?». «¿En cuál canal?». «¿Qué recuerda de lo que vio?». «¿Qué leyó esta mañana en el diario?». «¿Qué sección mira de preferencia?». «¿A qué hora lee?». Tenía que hacer el esfuerzo de explicar los hechos más mecánicos e insignificantes. No se sabe muy bien por dónde se comienza a leer el diario. Y si lo que yo dijera no era exactamente la verdad y lo que otros respondieran

tampoco lo fuera, podía ocurrir que los diarios tuvieran que alterarse por completo y hacer que yo no pudiera leerlos en la forma acostumbrada.

«¿Es que le ha ocurrido algo a mi mujer?». No me respondió. No era él quien tenía que contestar preguntas, era yo.

Aquél a quien la cabeza inexpresiva creía interrogar. El agente secreto, el conspirador, el servidor de la organización, el cómplice de la misteriosa mujer, el que estaba al servicio del mal para destruir todo lo que era bueno y verdadero.

Empecé a no darme cuenta y a confundirme sobre las preguntas. A ratos caía en una especie de hipnosis durante la cual no sé lo que haya podido contestar.

En algún momento debíamos terminar, o por lo menos interrumpir. Me percataba de que todo aquello se reducía a la sola cuestión de averiguar quién era yo. Pero ahora más que nunca me hubiera sido imposible responder.

UNA FOSA ABIERTA

«Todo está en la tierra», decía José Gabino a los que se acercaban al gran hueco, que ya le ocultaba medio cuerpo. Sudoroso, el raído sombrero sobre la nuca, un pañuelo rojo alrededor del cuello, en la cara, oscura de barba y de tierra, los ojos extraordinariamente vivos y brillantes. Escupía en las manos callosas y mientras empuñaba el cabo del pico para seguir la tarea, añadía:

«Todo está arriba o está abajo. Lo de arriba ya tiene dueño. Cada mata, cada casa, cada campo tiene su amo que no deja que nadie se meta. Pero abajo es distinto. Uno hace un hueco y lo que encuentra es suyo».

Llevaba tiempo excavando en aquella cuesta de monte, a la entrada del bosque, lejos del pueblo. «Éstas son tierras *austeras*», decía. «No le importan a nadie. No salen sino matojos y lagartijas». A veces trabajaba de continuo, con mucho empeño, de sol a sol. A veces desaparecía por largo tiempo. Andaba en alguna de sus aventuras sin rumbo por los pueblos y los campos vecinos.

Pero siempre volvía, meses más tarde, y se le divisaba desde el camino, medio hundido en el socavón, alzando y bajando al ritmo del golpe, con un grueso resuello de fatiga.

Llegamos a creer que estaba cavando su propia tumba. Iba siempre a los entierros de la gente conocida. Trataba a veces de cargar la urna, lo que no le permitían nunca. Alguien lo empujaba de lado. Se mezclaba entre los deudos y dolientes, con el deshecho sombrero en la mano y los ojos gachos y pesarosos. Se ponía cerca de la fosa, junto a las lápidas de mármol removidas, cerca del montón de tierra fresca. Miraba con atención bajar el

féretro, colocar las láminas de cemento y recubrir con mezlóte y con tierra. Se daba un manotazo como señal de la cruz y decía a los que estaban cerca: «A mí no me van a enterrar en la fosa común». Tal vez se imaginaba que si tenía hecho aquel hoyo, fuera del pueblo, en tierras de nadie, podrían enterrarlo allí. Algún día lejano.

«¿Qué buscas, José Gabino?». «Ya verán». No decía otra cosa. José Gabino creía en aparecidos y en entierros. En el pueblo había muchos cuentos de entierros y de aparecidos. A cada guerra, a cada persecución, a cada asalto, había gente que había tenido que huir. Habían enterrado joyas, dinero y objetos de valor. Desde que el pueblo se fundó, en el tiempo más viejo de los españoles. Se sabía de entierros buscados y de entierros hallados. De tesoros ocultos que revelaban fantasmas nocturnos. En el hueco de un muro, al pie de un árbol, debajo de las baldosas de un patio. Se sabía quiénes habían encontrado aquellos botines escondidos. Puñados de viejas monedas de oro y de plata, con una cruz de un lado y un retrato de rey del otro. Dentro de carcomidas arquetas herrumbrosas o en ventradas botijuelas de barro cocido. Gente pobre, habitantes de ruinosas casas, que de la noche a la mañana se marchaban del pueblo y se iban a la ciudad a llevar vida de ricos. No lo decían, pero se sabía que habían encontrado un tesoro.

«En esa casa había un entierro», decían los más viejos. Daban detalles del año remoto en que sus ricos habitantes habían tenido que huir. No habían vuelto nunca. Habrían perecido en la persecución. La casa quedó en abandono y ruina. Vinieron a habitarla aquellos pobretones que no le tenían miedo al duende que salía en la alta noche. El duende del último propietario que no había regresado nunca. Todas las viejas casas del pueblo

tenían su leyenda de tesoro enterrado y habían sido registradas y excavadas. A veces desde la calle se oía el ruido de la excavación. «En esa casa están buscando», comentaban los pasantes.

José Gabino conocía todas las historias de entierros del pueblo, Las casas donde había y donde no había. Aquéllas en las que se había hallado y aquéllas otras en las que nada se encontró, a pesar de haberlas casi demolido en las búsquedas sin tregua. Él conocía los nombres olvidados de las ricas familias desaparecidas. Repetía los fabulosos inventarios de los tesoros. «Enterraron dos mil peluconas de oro en botijas de aceite y mataron los esclavos para que ninguno pudiera señalar el sitio». Puñados de antiguas monedas y montones de plata labrada, de objetos de iglesia y de adorno. Cruces, copones, candelabros. Había habido una custodia, antes de la guerra grande, en la iglesia mayor. José Gabino conocía el número de brillantes, esmeraldas, rubíes y zafiros que había en cada rayo, orla, festón y firulete de la deslumbrante pieza. Nunca se supo más de ella, después de que el pueblo fue tomado por los federales. Todos los que la habían visto habían muerto ya. Pero había quienes aseguraban saber dónde estaba escondida, en el hueco de una tumba antigua, o debajo de una pilastra, o en algún sitio de los alrededores que ya más nadie recordó.

José Gabino había participado en muchas pesquisas de tesoro en casas viejas. Cuando desaparecía, en una de sus frecuentes correrías, la gente llegaba a pensar que había hallado un tesoro y se había marchado. Pero, tiempo después, regresaba tan pobre, tan maltratado de trabajos e intemperies como se había ido. Fue ya en sus años finales cuando comenzó a excavar aquel hueco del pie del monte. Cada vez más hondo, hasta que ya no le

asomaba sino la cabeza y el sombrero cuando estaba erguido.

Hasta allí íbamos, a veces, los muchachos a molestarlo y a buscarle conversación. «¿Has encontrado algo?». «Quién quita», respondía, en su forma evasiva y continuaba golpeando lentamente con el pico en el fondo de greda húmeda. Iba poniendo sobre el borde, sobre un pañuelo de madrás a cuadros coloridos, algunas de las cosas que sacaba. Pedazos de cuarzo de colores, que él mostraba en la mano y miraba de través contra la luz del cielo. O sacaba un pedazo de raíz, torcido como cuerpo de serpiente. «Ésta en cocimiento es muy buena para el pasmo, para la lepra y también para el mal de San Vito». «¿Tú tienes mal de San Vito?». Se indignaba y comenzaba a lanzarnos injurias y luego piedras. Desde lejos continuábamos haciéndole burla hasta que él salía del hueco, recogía el anudado pañuelo y se terciaba el pico sobre la espalda. «José Gabino, ladrón de camino», íbamos gritando hasta perdernos por las calles del pueblo rumbo a nuestras casas.

No pocas veces había llegado hasta la casa de mi familia, pedigüeñeando, o vendiendo una gallina o algún objeto sin valor. Rara vez se le compraba porque se tenía desconfianza de la procedencia de las cosas que traía, pero algo se le daba de limosna. Se asomaba al patio arbolado, donde en un rincón había un macizo de bananeros. «¿Es allí donde aparece el duende?». Era un fantasma que se decía que aparecía en la casa, algunas noches y con el que se nos metía miedo y se nos amenazaba a los muchachos. «Aquí hay un entierro. Cuando quieran yo los ayudo a sacarlo».

Algún día se debieron poner de acuerdo con él porque llegó una noche después de la cena. A los niños

nos encerraron en nuestros cuartos y la gente mayor quedó con él en el corredor. Nos mantuvimos de pie, oyendo y con el ojo pegado del hueco de la cerradura.

Había ordenado apagar las luces, pero la luna llena iluminaba claramente el patio y penetraba en los corredores. José Gabino dirigía una especie de rezo en el que llamaba repetidamente al ánima en pena. «Venga, hermano, no tenga miedo. Queremos ayudarlo». Todas las miradas, y la mía también al través del hueco de la cerradura, se concentraban en el macizo de los bananeros. El juego de la luz de la luna con el brillo y las sombras de las hojas y las formas de los troncos, formaban y deformaban apariencias de vagas figuras. «Allí está. Allí se ve». «Ave María Purísima», cuchicheaban las voces. Yo no lograba precisar ninguna forma. Vi luego a José Gabino levantarse y avanzar lentamente hacia las matas. Se oía el cuchicheo de una conversación.

Al día siguiente, con la ayuda de un peón, comenzó a excavar en un rincón del patio. «No hay que decir nada», nos recomendaban los mayores. Se hizo un hueco grande sin resultado. Se intentó otro más pequeño cerca. Nada se encontró.

Cuando José Gabino se marchaba, pocos se acercaban a aquel hueco abandonado en el borde del monte. A veces, en nuestros juegos, llegábamos hasta allí los muchachos. Era ancho y estrecho. Más parecía una fosa. Nos poníamos a recordarlo. «¿Por dónde estará ahora?». Se habría ido a alguna feria de pueblo a embaucar bobos. Ya volvería lleno de cuentos y de mentiras que iba enhebrando sin término. Mezclaba lo que decía que le había pasado recientemente, con algunas de sus más viejas historias. Las de sus andanzas de

guerra, de contrabando o de peligro. Había presenciado o había tomado parte en todos los sucesos importantes de los alrededores. Las menudas cosas que sacaba del bolsillo o de aquella gran busaca terciada sobre el costado. La sortija cobriza, el cascabel de una serpiente, un colmillo de caimán, una uña de tigre. Para cada cosa tenía una historia interminable.

En los últimos tiempos, apenas regresaba, volvía a meterse en el hueco a cavar. De lejos se oía el golpe lento y repetido del pico. Lo oíamos sin querer. «Ése es José Gabino metido en su hoyo».

Algo extraño encontró una vez. Sacaba de la busaca pequeños muñecos de barro cocido. Caras chatas, ojos brotados, piernas abiertas. Eran cosas de los indios. La gente no se las compraba porque creían que acarrearaban mala suerte. Algunas eran menudas vasijas con patas de animales, con formas de rostros en el vientre. Algunas representaban animales: Cachicamos, morrocoyes, tigres.

Después se supo. Había desenterrado un gran envoltorio de trapos. Dentro, con todos aquellos muñecos, estaban envueltos los restos de un indio. José Gabino tuvo miedo. Enterró los huesos en otro sitio y estuvo tiempo sin volver a la excavación.

Era una figurita de barro cocido la que yo tuve de él. Un hombrecito en cuclillas, con los ojos saltados y los brazos sobre las piernas encogidas. Parecía mirarme fijamente. Era de un ocre rojizo con trazas de rayas negras.

Tuve que esconderlo porque en mi casa me dijeron todos que me iba a traer desgracia. No querían siquiera nombrar aquellas cosas. Hacían gestos rituales y decían palabras para conjurar la mala sombra. Llegué a sentir miedo de aquel poder maléfico que podía encerrar la

pequeña figura de barro. Ocurrieron varios contratiempos en mi casa. No se lo decía a nadie, pero pensaba para mí que era el idolillo que conservaba escondido. Hasta que un día se murieron de moquillo las pocas gallinas del corral y yo mismo caí enfermo con una fiebre muy alta que me hacía ver en la sombra y el semisueño una forma amenazante de ídolo indio que avanzaba sobre mí.

Apenas me repuse resolví deshacerme de él. Lo trituré con una piedra en un rincón del corral. Se convirtió en un pequeño montón de tierra gris granosa, con el pie terminé de molerlo hasta convertirlo en polvo y borrarlo sobre la tierra.

¿Cuántos años estuvo José Gabino cavando aquel hoyo sin término? Cada vez que volvía al pueblo. Todos los que vivió hasta el fin.

En los últimos tiempos ya no parecía estar buscando nada, sino empeñarse en emparejar y cuadrar bien la excavación. Fue entonces cuando se me ocurrió que lo que José Gabino estaba haciendo era su propia fosa.

En una de las últimas veces que lo vi le pregunté: «¿Ya cómo que no trabajas más en el hueco? ¿Ya terminaste?». Hizo una mueca de duda. «Uno no sabe».

La última vez, cuando la invasión del Comandante, que fue cuando ya no volvió, pensé que lo traerían a enterrar en aquel sitio. Pero no fue así. Lo enterraron en el mismo camino donde quedó. ¿Quién iba a trasladar el cuerpo, ni a ocuparse del entierro?

El hueco quedó abierto. Todavía quizás lo esté. En el tiempo de los grandes aguaceros se llenaba de agua. De ranas y de larvas de zancudos, como un estanque.

Es, tal vez, lo único que ha quedado de José Gabino. Una fosa abierta, en un campo de nadie.

LA MUJER DE URIEL

Todavía dejó pasar más días para que se animara a entrar en aquel aposento. Antes, durante años, sólo lo había entrevisto borrosamente en la penumbra, al través de la espesa cortina de cuentas que impedía la mirada cuando él estaba adentro. El resto del tiempo la puerta permanecía cerrada.

Decían que era viejo, que ya era viejo cuando se la llevó con él. Sus padres no querían nada con aquel hombre tan extraño. Había llegado al pueblo con gran fama de curandero. Hizo algunas curaciones que parecieron milagrosas. Gentes casi moribundas con piernas inmensas y deformadas, con enormes vientres, con temblores incontrolables, con diarreas continuas y vómitos y amarilleces en los ojos y en la cara. A veces les daba a tomar una poción transparente donde se veían flotar filamentos de raíces o de hojas. A veces los envolvía en un sahumero espeso y asfixiante como en una nube y los tenía por horas chorreando sudor, mientras recitaba entre dientes oraciones e invocaciones con nombres desconocidos. A veces, pura y simplemente, les hacía un ensalmo, les colocaba algún objeto suyo sobre la picada de culebra o sobre la llaga profunda, volvía los ojos hacia arriba y comenzaba a implorar o a dar órdenes a espíritus o a seres infernales.

Algo así pasó con ella, cuando apenas había dejado de ser una niña. La encontró en la calle y la miró al fondo de los ojos como nunca nadie lo había hecho. Se quedó como alelada y sin poder moverse. Allí fue que le habló por primera vez sin que ella pudiera responder:

—Tú eres la que yo necesito. Nadie te necesita como yo, ni te puede dar lo que yo te voy a dar. Además voy a

hacer que nadie se atreva a acercarse a ti. Todos te van a respetar.

Desde entonces empezó a sentirse extrañamente sola. Cuando oía ruidos o vislumbraba sombras le parecía que era él.

—Yo voy a estar junto a ti todo el tiempo. De noche y de día. Sin que tú lo veas. Puedo entrar y salir por las puertas y las ventanas cerradas, puedo ver en la oscuridad, puedo andar sin tropezar, puedo tocar sin que me toquen, y ver sin que me vean. Sin que tú te des cuenta. Estoy junto a ti viéndolo todo.

Sentía angustia de aquella hostigación invisible. Casi no se atrevía a salir de la alcoba y cuando por la noche se desvestía lo hacía azoradamente como si cien ojos la estuvieran espiondo.

—Estás cambiada —le dijo Valvanera. Valvanera era su amiga. Con ella pasaba las horas en hablar de vaguedades y de imaginaciones. El sol de la mañana se convertía en el sol de la tarde y ellas volvían y volvían a hablar de cómo se iban a casar, con quien. «Con un vestido blanco y una gran cofia».

«Se les va a secar la lengua de tanto hablar» decía la madre que las miraba embobadas y ausentes.

Tampoco a Valvanera le dijo la novedad. Pensaba que no la hubiera entendido. No era uno de los jóvenes ricos del pueblo. Era aquel hombre tan raro, tan diferente. «¿No te da miedo? Es un brujo».

Un día le dijo:

—Nos vamos a casar la semana próxima.

No iba a ser en la iglesia ni ante sus padres. Iba a ser sólo con ella, en aquella casa donde vivía y a donde iban los enfermos y los lisiados a esperar ante la puerta.

No pudo decir que no. Entraron por el fondo. Ella iba

viendo con temor las raras cosas que había en el interior. Un cráneo humano. Cuernos de extrañas formas, pájaros empajados, pieles de serpiente, grandes colmillos blancos y un olor pegajoso y dulce que parecía de sacristía o de recámara de botica.

Había en la pared algunos grabados manchados y opacados por los vidrios. Hombres de barbas y de intensas miradas de loco parecían amenazarla. Había triángulos, esferas y estrellas dibujados en hilo blanco sobre fondo negro. Y luego la puerta que daba a aquel aposento.

—Allí no. —Le dijo.

—Nadie puede casarnos sino el gran espíritu. Vamos a invocarlo para que venga y nos una, si somos dignos el uno del otro.

Estuvieron arrodillados. Ella lo oía, con temor y casi sin atreverse a verlo, invocando nombres, recitar letanías y murmurar una especie de canto sordo, mientras con su mano sudorosa y ardiente oprimía la fría mano de ella.

—Ya está, dijo luego. —Ya estamos casados. No como los demás sino verdaderamente por los grandes poderes del otro mundo. Ya no puedes ser de otro ni aunque lo quieras. Ni aunque lo quiera el otro porque quedará maldito de una manera terrible.

Cuando se dieron cuenta en su casa de que se había ido con el brujo vinieron su padre y su madre a recriminarla y a decirle el terrible error que había cometido.

—Te has ido sin casarte y con un hombre que es muy viejo para ti. Con un hombre que nadie conoce. Estás embrujada.

—Ni siquiera sabes quién es ni cómo se llama.

Le había dicho que se llamaba Uriel, pero que

también tenía otros nombres. Según los países y los tiempos había usado nombres, porque había vivido en las más remotas tierras y había visto cosas que habían sucedido en los tiempos más lejanos.

Las describía como si las hubiera visto, aunque nunca decía que las había presenciado.

—El general Piar no se dejó vendar para que lo fusilaran. Era un trigüeño claro, bien plantado. Se puso una chaqueta roja y no se abotonó sino los dos últimos botones. Esto me recuerda también el fusilamiento de Salazar en Tinaquillo. A las once de la mañana lo sacaron a la plaza.

Nunca comía con ella. Ella comía en la cocina mientras él andaba con sus enfermos o se encerraba en el cuarto con sus frascos y sus sahumeros hablando a ratos en alta voz. A veces le dejaba sobre una mesa algún alimento pero nunca se lo vio comer. Tal vez no comía, pensaba ella. Era flaco y avellanado con una piel seca y mate que se pegaba a los huesos. Una piel amarillosa y fría. Y aquel pequeño bigote escaso que le colgaba por las comisuras. No comía pero siempre estaba mascando algo. Yervas, raíces, compuestos de tabaco y escupía verde o negro.

Nunca tampoco se acostaba con ella para pasar la noche. Cuando sentía sueño ella se iba sola a la cama. Él estaba metido en su cámara o no había regresado de alguna salida. «Me voy a acostar» decía y rara vez recibía contestación. Entre sueños, en lo alto de la noche, sentía a veces ella que alguien se metía en su cama. Entre dormida y despierta lo nombraba sin tener respuesta. Al tacto era él. Muy lentamente la acariciaba, y en algún momento en que ella se había vuelto a dormir o a despertar estaba sobre ella y la poseía sin prisa como si también durmiera.

Y así mismo sin saber cómo ni cuándo desaparecía de la cama. Era algo que pertenecía a los sueños y a las imaginaciones.

Su madre vino un día a recriminarle que viviera en aquella forma con aquel desconocido. Él llegó cuando la señora decía las peores cosas.

—Es un escándalo. Todo el mundo habla de ti. Es una vergüenza. Ya no me atrevo ni a salir. Mi hija viviendo con un brujo.

—No diga eso. Es mal hecho. Le va a pesar. Lo va a pagar, muy pronto.

No dijo más ni volvió a hablar de aquello, pero cuando la madre se enfermó inesperadamente y murió de un mal violento y desconocido, le entró el horror de pensar que era él quien lo había provocado con su fuerza oculta.

A veces estaba fuera por varios días sin despedirse ni anunciar viaje.

Volvió y tampoco daba explicaciones.

Ella se acostumbró a no preguntar. Casi no hablaba sino con los que venían a consultar a Uriel.

—El señor Uriel me va a alentar.

Y comenzaban a contarle largas y repetidas historias de enfermedades y mal de ojos y desgracias que habían caído sobre ellos y sus familias.

Un día llegó un hombre alto, oscuro, mal encarado, descalzo y medio desnudo, que temblaba de pies a cabeza. Uriel estaba en el cuarto de trabajo y sin haberlo visto gritó:

—A ese que acaba de llegar, que salga, le dé tres vueltas a la casa repitiendo su nombre y vuelva a entrar de espaldas, con los ojos cerrados hasta aquí.

El hombre tembloroso dio tres lentas vueltas y

tropezando con las cosas regresó de espaldas y desapareció detrás de la cortina.

Primero se oyeron borrosos cuchicheos, pero luego parecían gritos ahogados y ruidos como de lucha. Ella estuvo tentada de entrar pero no se atrevió. Dentro se oía la voz terrible de Uriel acezante:

—Por el poder que tengo, sal ahora. Ya tienes afuera la cabeza y una pezuña.

Y llamaba nombres raros que ella nunca había oído. Todo quedó en silencio después y más tarde salió el hombre sudoroso y doblado y se perdió en el camino.

Luego apareció Uriel en gran extenuación.

—No se lo pude sacar. Me faltó muy poquito pero no pude. Se agarraba muy fuerte. No pude con ningún conjuro, con ninguna yerba.

Guardó silencio y añadió luego mientras se tendía en el suelo como para descansar:

—Cuando salga la luna llena se muere.

Nunca se había ausentado por más de dos o tres días. Volvía sin decir donde había estado y traía raíces, pájaros muertos, semillas secas y piedras raras.

Un día se la quedó viendo fijamente y le dijo:

—Tú te vas a poner vieja, vieja por ti y vieja por mí. Yo no puedo ponerme viejo. Así como me ves estoy desde hace muchos años y así me voy a quedar hasta...

Ella se atrevió a preguntar:

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que me vaya la última vez.

A veces sin razón aparente, se negaba a ir a ver un enfermo. Luego le explicaba a ella.

—A ése no. Ya está ido y yo no los puedo volver sino hasta cierta distancia. Ya ese pasó.

Eso fue lo que pasó, con Valvanera...

—Uriel, Valvanera está enferma. Muy enferma. Quieren que la vayas a ver.

No le respondió.

Al día siguiente le avisaron que seguía peor. Ella fue a visitarla. La tenían en un cuarto oscuro, al fondo de la casa, lleno de mujeres, de velas encendidas y de santos. La luz de las velas le brillaba en el sudor de la cara.

Entre susurros le dijeron:

—Se está muriendo. Que venga Uriel. Tampoco fue pero le dijo:

—Yo veo las caras de la gente como el jugador ve las caras del dado. Del primer golpe veo el dado bueno y el dado malo y no me equivoco. Veo los ases y las señas.

Era cierto que Valvanera había hablado muy mal de su unión con Uriel. Tampoco había dicho más de lo que habían dicho muchos otros. Que era un brujo, que estaba condenado, que no se habían casado.

—No te lo debo decir, pero te lo voy a decir. Ya esa no se puede devolver. Ya pasó más allá de donde es posible devolverla. Para devolverla hay que dar otro muerto por ella. El que la devuelva se queda.

Cuando vinieron gritando para decir que Valvanera estaba en las últimas, ella no pudo decir más nada, pero él se metió en la recámara, salió con un envoltorio y se la quedó viendo como no la había visto nunca.

No se atrevió a preguntarle qué iba a hacer, ni menos a seguirlo. Se quedó en la casa, callada y quieta en un rincón, sin atreverse a hacer nada.

Así pasaron los días sin que volviera Uriel y sin noticias suyas. Tampoco ella se decidía a salir a preguntar.

Seguía llegando gente del pueblo y de los campos, en busca de Uriel. Solos, en grupos o llevando a cuestas entre

varios algún tullido. La casa fue quedando cercada por el ruedo de enfermos y de suplicantes. Ella asomaba a la puerta. Veía el cerco espeso, tendido en escalones de paciencia y de murmullo. «Ya les he dicho que no está aquí. Se fue. No sé cuándo va a volver, ni si va a volver». No reaccionaban. Se quedaban en su sitio, quietos, en círculos apretados que iban desde el muro y las ventanas hasta los primeros árboles. Al final del segundo día ya no era posible asomarse a la puerta o a la ventana. Por la ventana penetraban cabezas de curiosidad husmeando, y por la puerta avanzaban lentamente, empujados por los de atrás, los primeros enfermos.

Se había llenado el espacio de afuera y comenzaban a penetrar al interior. Ella se había ido replegando, paso a paso, rodeada, hasta quedar de espaldas a la puerta del cuarto de Uriel. Todo lo que veía frente a sus ojos eran rostros desgñados, sudorosos, cetrinos, cuerpos temblorosos, manos de esqueleto, cuerpos trastabillantes, sacudidos, babosos, agitados de fiebre, torcidos, envueltos en gruesas mantas sucias olorosas a caballo. Todo el espacio reverberaba del eco de las súplicas, las toses, los ahogos y las oraciones.

Ya estaban sobre ella y la cubrían. Con la mano en la espalda empujó la puerta y se encontró en el cuarto de Uriel. Nunca se había atrevido. Vio con susto los frascos de aguas turbias puestos en fila sobre el estante. Algunos mostraban adentro, flotando, pequeños lagartos, culebras, arañas y murciélagos. De clavos de la pared colgaban racimos de pieles secas, de garras y uñas, de plumajes sin cuerpo. Sobre la mesa había muchas raíces, ya secas, con formas de manos, de cuerpos, de cabezas torcidas.

Entraron detrás de ella. «No está aquí. Ya lo ven. Yo

no puedo hacer nada». Llegó a quedar atrapada entre el armario y el gentío que la apretaba. Con temor tomó un frasco. Dentro flotaban hojas y cabezas de pájaros. Sacó el corcho y comenzó a verter el líquido sobre la tierra. Un olor de insoportable fetidez se extendió en el aire cerrado. Siguió abriendo botellas. Se oía tan sólo el ruido del líquido al caer. Nuevos hedores más fuertes y asfixiantes hicieron retroceder a los más cercanos.

Poco a poco comenzaron a salir. Ya habían dejado el cuartucho y la habitación principal y estaban más allá de la puerta. Corrió a alcanzarlos con miedo. Se retiraban hacia el camino. Una caravana de hormiguero cargada de despojos.

Ella iba de última, encogida, con la cabeza en el pecho, sin atreverse a mirar hacia la casa vacía.

EL MILAGRO

Le costaba trabajo despertar por las mañanas. Perdía la noción del tiempo, entre dormido y despierto, perdido en la cama, sin saber dónde estaba, mientras, de rato en rato, lo alcanzaba la voz de su madre llamándolo para el desayuno. Era como si estuviera y no estuviera allí. Como si a cada instante se escapara por el sueño a otras estancias y gentes que aparecían y desaparecían: A pie por un bosque desconocido, a caballo, o volando sin esfuerzo como los pájaros más altos. Era como ir y venir al través de muchas puertas que se abrían y cerraban. A un extremo la voz de su madre, que volvía insistente, al otro los enanos, las fieras, los piratas y los milagros. «Ya voy», ¿era su voz, o era otra voz ajena que venía a despertarlo?

A veces era en el mismo pueblo y a veces se veía en otros pueblos distintos, con gentes parecidas o diferentes, con más calles, más grandes casas, torres altas y paredes de castillos. Eran los condiscípulos en el patio de la escuela, o eran los enanos de la cueva, era el vendedor de cacharros, o el rey mago del retablo de la sacristía, o el que tenía la lámpara maravillosa sin saberlo. Eran las gentes del diario encuentro en la casa y el vecindario o San Miguel Arcángel, la Inmaculada sobre su luna, los Apóstoles con llamas en las cabezas de la iglesia. Era San Roque en el cuadro con su perro, su bastón y su cantimplora, o el mendigo que tocaba a la puerta pidiendo la limosna. Que golpeaba a la puerta como su madre estaba golpeando para despertarlo en la mañana.

Bien sabía que tenía que levantarse, medio lavarse en el aguamanil, vestirse de prisa y llegar a la mesa del desayuno. Todavía mal despierto, a comer rápidamente y

a oír las mismas repetidas recomendaciones de su madre. Los peligros de la calle, los de las malas compañías, los de la pereza. O a recordarle que tenía que esforzarse más y rendir más porque su padre había muerto.

En las casas en las que había padres vivos, los padres regañaban. La suya era casa de mujeres: la madre y la criada. El padre ausente. «Si tu padre viviera». «Tienes que hacerte hombre pronto porque tu padre murió». «Tú haces eso porque no está vivo tu padre». Estaba presente en todos los recuerdos, en todas las situaciones, en todos los silencios de la casa. Aquel hombre desaparecido y borrosamente recordado.

Desde la cama hasta la escuela era el viaje de regreso a la rutina de la vida ordinaria. Volver a recorrer las viejas aceras, pasar ante las puertas de los vecinos, saludar a los conocidos que tropezaba, atravesar de prisa la plaza vacía, mirar de paso la iglesia donde ya debía estar llegando su tío el cura y meterse por entre el bullicio inagotable del zaguán de la escuela.

Todo iba llegando tan exactamente y tan pronto. Debían durar más ciertas horas. Las del despertar. Un lento despertar quieto con frecuentes recaídas en el sueño. Con un va y viene constante entre estar allí y no estar, entre regresar a lo ordinario o perderse en lo imaginable.

A veces retazos del sueño y del despertar se le quedaban adheridos. Oía al maestro y pensaba en la increíble cueva retorcida y llena de sorpresas del último sueño. El encuentro con figuras y situaciones fugaces. Pero de lo que hablaban era de la geografía. De un río que él nunca había visto, en un país de nieves que él nunca conocería.

Pero había también las horas del desván y del corral,

en la casa de su madre. Aquel desván de cajones viejos, de muebles maltrechos y de retratos rotos, donde él escondía sus cosas de juego. Un bocal con menudas sardinas casi invisibles cogidas en los arroyos, un caballo de madera despanzurrado y una máscara de cartón abollada de algún olvidado carnaval. Y aquel pequeño animal de yeso con un cuerno recto y torneado en mitad de la frente y una barbilla de chivo. El pequeño cuerno se rompía con frecuencia y había que pegarlo con engrudo. Se parecía al chivo del corral pero el cuerpo era más bien como el de un menudo caballo. Nunca había visto un animal así. ¿Dónde los habría?

Si hubiera uno, si encontrara uno, podría salir en sus lomos por la calle principal para asombrar a todos los vecinos. Lo verían como una aparición y huirían a esconderse en el fondo de sus casas. Y él sobre el lomo de la extraña bestia en medio del pueblo abandonado de todos.

Sobre los cajones viejos y los cojines desinflados del desván dormía Mandinga, el gato negro, flaco, lleno de cicatrices, con un ojo casi cerrado. Dormía de día y cazaba de noche. A veces lo despertaba con sus alborotos y bufidos sobre el tejado. Perseguía ratones y pájaros. Acechaba los pájaros entre las plantas del corral, silencioso, tenso, lento, hasta que saltaba sobre su presa. Era malo Mandinga. Cuando lo veía al acecho hacía ruido para espantar el ave amenazada. Andaba por los rincones, por la sombra, por el filo de las paredes y los techos, solo, sin ruido, en busca de algo que nadie sabía.

«Ahí va Mandinga para hacer alguna maldad».

Lo llamaron Mandinga por el diablo. Al diablo lo había visto muchas veces, de muchas formas. Cuando iba a visitar a su tío el cura y no había gente en la iglesia. La

sacristía parecía más grande y más penumbrosa. Se detenía frente a las imágenes de bulto de las Vírgenes y de los Santos. En la escasa luz veía aparecer y borrarse las figuraciones de los cuadros oscuros. Había animales también en aquellas imágenes. Un perro que acompañaba a San Roque, un pescado grande y azuloso que tenía Tobías en la mano. Y aquella culebra oscura que pisaba la Virgen con su pie descalzo. Su tío se las explicaba. La culebra era el diablo. Y también lo era aquel animal tan raro, con cuerpo de lagarto, larga cola de toro y cabeza de perro, que San Miguel hería con su lanza.

También había aquella paloma tan blanca, que con las alas abiertas volaba entre las cabezas del Padre y del Hijo en las pinturas de la Trinidad. Su tío le había dicho muchas veces que era el Espíritu Santo y en el Catecismo de los Viernes le oía repetir la descripción del misterio de aquella Trinidad. Cuando estaba a solas con él le preguntaba: «¿Alguien puede llegar a saber ese misterio de la Trinidad?». «Nadie, niño, nadie». Nadie lo sabía. Estaba en aquellas tres figuras, la del viejo de grandes barbas blancas, la del joven con una herida en el costado, y la de aquella paloma que aparecía entre los dos.

«¿Cómo hablaba la paloma con ellos?». Él conocía las palomas, las veía volar y posarse entre los árboles de la plaza y distinguía el zurear que parecía casi una frase mal pronunciada.

Las imágenes estaban cargadas de milagros. Sobre las borrosas figuras colgaban los racimos de reflejos. Cubrían las manos y los brazos de yeso las sucias cintas con los pequeños colgajos de plata: un mundo en miniatura, muletas, piernas, ojos solitarios y opacos. Eran los exvotos de los cojos, los mancos, los tullidos, los tuertos, o de los que habían estado cerca de la muerte y

habían escapado por la divina intercesión. Cada menudo brazo, cada pierna de plata, cada ojo, eran los de alguien que andaba por el pueblo, con aquella otra pierna y aquel otro ojo pequeñito dejado colgando de los brazos de las Vírgenes. Podrían ponerse a caminar, a gesticular o a mirar con guiños de sombra, como con otro cuerpo.

Se ponía en la calle a mirar a los tullidos, a los cojos, a los mancos. ¿Cuál de aquel montón de piernas y brazos pequeños como de saltamontes estaba en la iglesia por el de aquel hombre que renqueaba con dificultad por la acera apoyado sobre un bastón? ¿Y cuál de los que andaban erguidos y seguros había llevado muletas hasta el día del milagro? Una de aquellas mínimas muletas de pajarito o de ciempiés que pendían de las cintas del santo. ¿Y de aquellos ojos ancianos que lo miraban detrás de anteojos gruesos, cuál era el que había sanado milagrosamente y ahora pendía de la Virgen no más grande que una gota de agua? Se quedaba contemplando aquellas mujeres que rezaban en un altar, fijas en el temblor de las llamas, con su cirio encendido en la mano, aleladas, metidas en sus trapos negros como en una lenta incubación. Estaban empollando su milagro, buscándolo, esperándolo, con aquella mirada fija que no parpadeaba. Cuando ocurriera lo iban a saber todos. La gallina ponía el huevo y se alzaba llenando la casa del alboroto de sus cloquidos.

Nunca los había contado. Eran cientos y cientos de milagros los que colgaban de la Virgen y los santos, otros tantos debían estar ocurriendo, otros muchos iban a ocurrir en las casas del pueblo. Cada luz de vela encendida esperaba uno.

Conocía casas del pueblo donde habían ocurrido milagros. La casa grande de la plaza, donde la niña

grande estuvo como muerta y se repuso en un día después que la Virgen se le apareció en sueños. Los que habían sanado de llagas y quebraduras. En casi todas las casas había habido algún milagro, lo mismo que había gatos y también palomas. Más allá del zaguán oscuro se abría el patio donde estaba el gato soñoliento y alguna paloma que se deslizaba por el aire desde el techo a picotear entre la arena. Y era allí donde las mujeres hablaban y recordaban los milagros. Los que habían ocurrido y los que estaban esperando.

Él ya había visto muchas veces, en su casa y en otras, que alguna mujer tenía encendida una vela ante una imagen, o rezaba interminables plegarias, o dejaba de comer dulce por semanas y semanas, en espera de un milagro o en agradecimiento por alguno que había ocurrido sin que nadie lo supiera.

Todo el pueblo se repetía. De casa en casa, de puerta en puerta, de tejado en tejado, de gente en gente, de patio en patio. Había casas grandes y casas pequeñas, pero eran la misma casa. Y era casi la misma conversación la que a la misma hora se encendía en los corredores de sombra frente al patio con árboles.

En la dormida penumbra de la sacristía, grandes armarios cerrados, olor de velas viejas, cuadros en sombra y una gran mesa en el centro, nada se movía, sino la sombra de su tío que iba y venía poniendo en orden los candelabros, los copones y la inmensa custodia que estallaba en rayos de metal dorado, con su ojo de cristal erizado de reflejos. En la sombra entraban en movimiento las figuras pintadas. Gestos de amenaza, con miradas torcidas, entre llamas, lanzas y puñales. Parecían contenidas, como a punto de soltarse y de llenar el espacio con sus temibles presencias y encuentros.

Saldrían entonces todos los diablos, los que tenían forma de dragón, los de serpiente y los que tenían figura humana con cuernos en la cabeza y alas de murciélago.

Su tío le contaba las vidas de los Santos. Lo que más le fascinaba eran los milagros. Detener en el aire a un hombre que caía de una torre, resucitar los muertos y hacer andar los paralíticos. Y hasta habían detenido el día. «¿Cómo fue eso de parar el sol, tío?». Todo se quedó fijo en aquella hora. No creció más la sombra, no avanzó el reloj, pasaba el tiempo y seguía siendo la misma hora y la misma luz. Sin cambio alguno, como en una pintura.

Cuando sentía llegada la hora de levantarse en las mañanas, antes de despertar o antes de volverse a dormir, imaginaba un milagro. Alguien, ¿acaso él mismo?, podía parar el tiempo, dejar quieta la hora que corría, sin que nadie se percatara en el primer momento. Su madre quedaría alelada delante de la cocina, los que salían de prisa se detendrían en un punto de su marcha como imágenes de santos, el bedel que agitaba la campana en la escuela permanecería paralizado con la campana en la mano silenciosa, y él podría volver al sueño, sin sobresalto, hasta que buenamente despertara mucho más tarde. Pero sería la misma hora en que había cerrado los ojos. Su madre reanudaría la tarea sin darse cuenta, y las gentes en la calle continuarían su marcha creyendo que la habían interrumpido sólo un momento. Y él se levantaría como si acabara de responder prontamente a la primera llamada. A la primera vez en la mañana en que su madre lo había llamado, con uno de sus nombres.

Porque él tenía dos nombres. Aquel que todos conocían en la casa y en la escuela y aquel otro secreto y guardado que él mismo se había dado y que era el que

usaba calladamente para nombrarse en ciertos momentos. En los momentos de volverse a dormir o en los de imaginar algo deseable o imposible, como un milagro. A nadie había dicho, ni podía decir ese otro nombre. Si alguien lo llegara a averiguar quedaría roto el encanto. Era el nombre con el que estaba seguro sería llamado en la hora de un milagro.

El día en que el tiempo se detuviera, los pájaros se quedarán en el vuelo y los caballos en la carrera y las gentes que caminaban permanecieran detenidas sobre un pie.

A la hora de levantarse podía detenerlo, o a la hora de ir a la escuela, o a la hora de entregarse a los juegos. Detener el tiempo, lanzarse al espacio como una paloma, saber de pronto todo lo que le preguntaban o ponerse de repente a hablar en otra lengua.

«Se reunieron los Apóstoles para invocar al Señor». El cura preparaba la fiesta de la Pentecostés. Reunidos en una cámara como ellos en la sacristía. Ahora eran sus compañeros y él. Entonces habían sido aquellos que estaban en el cuadro. Barbudos, vestidos de grandes túnicas, con todas aquellas lenguas de fuego sobre las cabezas y arriba la paloma de alas abiertas.

«Vamos a hacerlo todo igual. Ustedes serán los Apóstoles». Cuando vino la paloma del Espíritu Santo llovió fuego, decía el cura, y todos empezaron a hablar en todas las lenguas. ¿Cómo iban a hacer ellos? Les pondrían túnicas blancas, cantarían en coro invocando al Señor. Pero cómo aparecería la paloma y cómo iba a llover fuego sobre sus cabezas. Apareció la paloma, aparecieron las llamas y comenzaron a hablar en todas las lenguas. «Ellos no vieron sino una paloma que volaba sobre sus cabezas». Podía haber sido una paloma cualquiera. Una de aquellas

que revoloteaban en el atrio y en la plaza. Cualquiera de aquellas podía ser la del Espíritu Santo. Una paloma que se parecía a cualquier otra pero que secretamente no era una paloma.

Desde entonces comenzó a ver con fascinación las palomas blancas. Colipavas, pechugonas, zureantes, que avanzaban picoteando en el suelo, con aquel entrecortado paso y aquel balanceo de la cabeza hacia adelante. Se acercaba a ellas y huían, con gran ruido de alas, hacia los techos y los árboles vecinos. Una de ellas podía ser. Podía descubrirla él solo. Y todo entonces sería posible.

Nadie tenía por qué saber aquel maravilloso hallazgo. Ni siquiera su tío. Él haría los milagros aparte y escondidos. En secreto con la paloma. Podía pedirle todo lo que quisiera. Alargar el día, castigar a los que lo trataban mal, llegar a la cueva de los enanos o lanzarse por el aire hacia la tierra de los caballitos con un solo cuerno en la frente o simplemente, hacerse invisible. Hacerse invisible para todos cuando lo buscaban.

Pasar disuelto en el aire por entre las gentes que no lo verían. Oír lo que hablaban, mirar lo que hacían sin que nadie supiera que él estaba allí. Más invisible que el humo, casi como la sombra, casi como la brisa que mueve las hojas y nadie la ve.

Los preparativos para la fiesta adelantaban. Ensayaban en coro la antifona que llamaba al Espíritu. Él miraba a las ventanas altas esperando ver entrar la paloma. Podía llegar como un rayo de luz. ¿Qué sentirían todos? El cura explicaba los detalles. «Hay que tener las velas con firmeza y separadas del cuerpo». Les señalaba el punto de la antifona en que aparecería la paloma.

Alguien iba a largar la paloma sobre las cabezas. Pero nadie podría saber cuál era esa paloma. Parecería una

paloma cualquiera pero podía ser el Espíritu Santo y nadie lo sabría sino después. Un aleteo sobre la cabeza y sentir de pronto que todo ha cambiado. Empezar a hablar con una o con diez lenguas que no le entendería nadie en la casa.

Iban a formar un grupo en medio de la nave. Entrarían al son de la música, con sus vestiduras blancas, entonando el cántico. Iban a tener en las manos los cirios encendidos. Puestos en alto para que sobre las cabezas se vierta la congregación de fuegos. Entonces, en el momento culminante, iba a aparecer la paloma. Pasaría sobre las llamas y se borraría en la penumbra.

Un día se topó con ella. En la sombra de la sacristía estallaba la blancura de la paloma entre una jaula de mimbre, sobre una mesa. Se quedó deslumbrado. Parecía arder de luz transparente. Sintió miedo y pensó en huir, pero aquel fulgor blanco lo fascinaba. Se fue acercando lentamente.

La paloma lo miraba y movía la cabeza. «Eres tú, eres tú». La paloma movía la cabeza como si picoteara el aire vacío. «Si yo te pido algo...». Sintió los pasos de su tío. «¿Es ella?». Movi6 la cabeza afirmando. «Mejor es que te la lleves para la casa y la cuides allá hasta el día de la fiesta». Fue el trayecto más lento y solitario que hizo entre la iglesia y la vivienda. Caminaba sin ver la calle, ni los habituales vecinos, con los ojos fijos en la paloma dentro de la jaula que llevaba suspendida en la mano como un fanal. Oía voces que lo llamaban pero no respondía. Debían ser los amigos de la hora de los juegos. Llegó a la casa. Estaba sola. Anduvo buscando el mejor sitio para colocarla.

Las mesas eran bajas. Mandinga podía llegar allí de un salto. No estaba allí Mandinga. Debía estar tumbado

en un desagüe seco o en un montón de hojas durmiendo la fatiga de la cacería de la noche. En el desván había un grueso clavo asomado a la pared. Se subió sobre una silla y colgó la jaula. Habría que buscar agua y migas de pan. Sin que nadie lo supiera. Aprovechó la soledad para poner una pequeña cazuela con agua y unos migajones dentro de la jaula. Cuando sintió la voz de su madre, cerró la puerta del desván y salió a encontrarla.

«¿Hace rato llegaste?». «No, no hace mucho». «¿Por dónde andabas?». Hizo un gesto vago: «Por ahí». Luego se fue al corral y se sentó a la sombra de la mata de mango. Un redondel apagado de aire fresco se aquietaba bajo el árbol espeso. Ahora era cosa de esperar el día de la fiesta. Contaba con los dedos. Faltaban dos, tres, cuatro días. Cuatro días eran cuatro largas distancias. Todo el pueblo cabía cuatro veces en ellos de la mañana a la noche. Hasta que llegara el momento de volar la paloma. ¿Qué iba a pasar entonces?

Nunca fueron más lentos los días, más larga la escuela, más cuidadosos sus movimientos dentro de la casa. Para entrar y salir del desván tenía que moverse con la cautela de un ladrón. Ver que la madre estuviera en la cocina o en el dormitorio, que no apareciera ninguna visita e impedir que Mandinga se metiera detrás de él. Algo había husmeado el gato. Se acercaba con demasiada frecuencia a la puerta cerrada del cuarto y se echaba como en acecho frente a ella.

Él entraba y se sentaba en una vieja silla frente a la jaula. Había cambiado el agua y puesto migas nuevas. Ahora no le quedaba sino mirar aquella quieta blanca y aquellas alas finas y plegadas como cuchillos.

A veces la oía zurear de un modo tenue y entrecortado. Tal vez quería decir algo. Como si descifrara

un rompecabezas se ponía a buscarle sentido de palabras a aquellos sonidos oscuros. Algo podía querer decir. Tal vez lo que decía era «suéltame». Eso no podría hacerlo. Sería perderlo todo sin remedio. Debía mantenerse allí en su estrecha jaula hasta el día de la celebración. Pero continuaba mirándolo y susurraba cosas. Había otra palabra que parecía decir. Se asustó cuando creyó comprender que era su otro nombre. Aquel que nadie conocía. Aquel que él no podía decir a nadie. Le dio temor y se quedó en suspenso, largo rato, hasta que oyó la voz de su madre que lo llamaba desde el patio por su nombre conocido.

Desde esa vez lo asaltaba a cada momento la angustia de que el gato hubiera podido meterse en el desván. Podía saltar de una silla a una mesa y de la mesa colgarse con las garras a la jaula de mimbre. Hasta hacerla caer. Sería horrible. Podía matarla aunque fuera la paloma divina. De nada le serviría. A Jesús lo habían matado miserablemente en una cruz. Soldados que jugaban a los dados. Pero hubo aquella terrible oscuridad que apagó el día. Como si se fuera a acabar el mundo.

Cada vez que le venía la idea corría hacia la casa. Abría la puerta del desván y miraba la paloma quieta dentro de su tejido de alambre.

Además no podía ocurrir una cosa así sin que aparecieran horribles señales. En esos días le preguntó muchas veces a su tío como había sido el día de la Crucifixión. «Se hizo de noche de pronto en mitad del día». Las gentes empavorecidas salían a contemplar aquel prodigio. El día se había convertido en noche de repente.

Los preparativos de la fiesta iban llegando a su punto. Varias veces habían ensayado con los trajes blancos, los cantos y las actitudes en medio de la nave de la iglesia. Ya

no faltaba sino la llegada del momento. Contaba los días. Faltaban cuatro, faltaban dos. Iba a ser mañana.

La víspera le costó más trabajo que nunca levantarse. Su madre lo llamó repetidas veces. Por fin se vistió y salió a la calle. Pero no fue a la escuela. Pasó de largo por ante el vacío zaguán. Le llegaba hasta la calle el rezongo y el sonsonete de las lecciones. Siguió caminando hasta salir del pueblo. Hasta donde comenzaban las siembras, las arboledas y los montes. Se acordó entonces de que no había entrado al desván antes de salir, como lo hacía todos los días. Su madre lo había apresurado mucho. Pensaba que ha debido hacerlo de todos modos. Asomarse aunque fuera un instante. Podía haber quedado la puerta abierta. Podía haberla abierto la criada para buscar cualquier cosa. Podía haber entrado Mandinga. Seguramente habría entrado si la puerta había quedado abierta. Pensó en regresar, pero entonces su madre habría sabido que no había ido a la escuela.

La angustia se le fue haciendo más grande. Se daba cuenta de que no había sido un día como los otros. Había salido más tarde, no había tenido tiempo de entrar al desván, no había visto la paloma y había sentido la necesidad de no ir a la escuela.

Iba a regresar. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el día se iba oscureciendo. Rápidamente. La luz de la mañana ya era luz de atardecer. Como si llegara la noche. Ya no se veía a la distancia. Las sombras habían desaparecido debajo de los árboles. Todo el aire era de color de ceniza. ¿Qué era aquello?

Corrió desolado hacia la casa. El pueblo presentaba un aspecto extraño. Mucha gente estaba a la puerta de las casas y miraban hacia el cielo. Con las manos ante los ojos, con vidrios negros. Él levantó la vista en mitad de su

carrera. Era como si el sol se hubiera quemado. Como si un hueco negro de carbón quemado se hubiera abierto en mitad del cielo. Había sucedido. Era la paloma. Y no lo sabía sino él. Sin aliento pasó entre los grupos de curiosos para llegar antes de que aquella noche inesperada se le echara encima. Entró a la casa en tromba. Pasó junto a la madre y la criada que estaban en el patio mirando hacia el cielo. Era él el único que sabía. No contestó a las palabras que le dirigieron. Subió al desván. La puerta estaba entreabierta. Se detuvo sin fuerza. La jaula estaba en el suelo. Rota. Entre un reguero de plumas blancas estaba la sombra negra de Mandinga. Casi no podía ver. Sólo oía un crujido de plumas y de huesos. Todo crujía. Quiso gritar. Espantar a Mandinga. No le salía la voz. No podía moverse.

UN ESPEJO ROTO

Ahora sólo veía el ojo. Un ojo grande, próximo, extraviado, solo, que llenaba aquel pedazo triangular del espejo roto. Era un ojo joven, quieto, que parecía interrogar. Era el suyo. Mirando hacia el vidrio, mirando del vidrio hacia el ojo. Los otros pedazos estaban en luz y en sombra, cuadrados, triangulares, pequeños, granulados, grandes. Al moverse se llenaban de trozos dispersos del ambiente. Salía un fondo de pared, un maniquí hinchado con su flaca cabeza de madera torneada, el arabesco de la cornisa de un armario, un mechón de su pelo. Un pelo que no parecía suyo, que podía ser una vieja peluca olvidada, un puñado de cerdas, una estopa, o, tal vez, un alborotado mechón de la adolescencia. Cuando había tenido bucles. Ahora desaparecía el ojo y en otro pedazo asomaba aquella dura ceja pintada e inerte. Pintada como pintaban a los muertos en las funerarias elegantes. Con carmín, azul en los ojos cerrados y una especie de cera traslúcida que cubría la piel.

Había topado con el espejo sin querer. Debía estar desde años y años allí, en el fondo de aquel viejo baúl abollado. Desde que se le rompió, tal vez. Desde que se le escapó de la mano mientras se contemplaba distraídamente y chocó con un golpe seco y sordo contra el pavimento del cuarto. No quiso verlo. Debía haberse roto. ¿En cuántos pedazos? Cada pedazo sería un año de desgracia. Por cada pedazo asomaba una lechuza del tiempo agorando males e infortunios. Fue un descuido imperdonable. Siempre le había tenido temor a los espejos, a aquel hueco sin fondo que le devolvía su rostro, a aquella aparición tan extraña que era ella misma y en

que se reconocía y se desconocía sin término. Pasaba largos ratos ante ellos, moviendo los ojos, la boca, las mejillas, girando la cara para abarcarse desde todos los ángulos. Mirándose como una extraña, como otro ser que la acechara. Pero siempre con cuidado extremo. Podían romperse. Era como si se rompiera el mundo que reflejaban. Como si se rompiera la imagen que estaba frente a ella. Y cada pedazo anunciaba un año de desventura. Un año de malas noticias, de muertes, de alejamientos, de mala sombra, de esperanzas fallidas, de caras tristes, de enfermedades, de dolorosas e irreparables pérdidas.

Aquel espejo se lo había regalado Santiago. Su primer marido. Una pieza de marfil lustroso, suave al tacto, con esfumadas vetas y con sus iniciales grabadas en negro profundo en el reverso. En el anverso estaba la redonda lámina límpida que la había reflejado tantas veces, hasta aquel día en que le resbaló de las manos y se partió en muchos pedazos que no quiso contar. No saltaron, sino que se quedaron dentro como formando una caprichosa telaraña de rayas opacas, un rompecabezas de pedazos desiguales que se mantenían juntos de un modo exacto. Todo lo que reflejaban estaba igualmente partido. Cuando miró hacia abajo, con horror, miró una desordenada convergencia de reflejos, de ella misma y de lo que la rodeaba, como si todo se hubiera desintegrado con el vidrio.

Quedó sobrecogida y sin saber qué hacer. Tardó en llamar a la criada.

«Mira este horror». La criada puso cara de susto. «Llévatelo. Tíralo donde no lo vea». No supo más de él, pero no se le iba de la memoria un solo momento. Cuando se enfermó el primer niño se acordó del espejo. Estuvo

muy grave pero logró salvarse. Cuando vinieron a hacer preso a su marido se acordó del espejo. Nada tenía que ver con la política y, sin embargo, por una fatal coincidencia cayó preso. Había estado en contacto con alguien que era cómplice o amigo de un conspirador o de un supuesto conspirador. Cuando después de ser puesto en libertad regresó su marido, no había vuelto a ser el mismo. Inapetente, flaco, asustadizo. Hasta que se le desató aquella enfermedad desconocida, rápida, que lo mató en cortos días. No se atrevía a contar las desgracias grandes y pequeñas que le habían pasado y no sabía tampoco cuántos eran los pedazos del espejo.

Pedazo pequeño, desgracia pequeña, pedazo grande, desgracia grande. Pero no había desgracia pequeña. La mancha sobre el traje nuevo, el perro extraviado en el vecindario, el canario que amaneció muerto en la jaula, de espaldas, con los flacos alambres de las patas vacíos en el aire. Todas eran desventuras, todas dolían. La más pequeña que hubiera cabido en el pedazo más pequeño del espejo tendría que hacerla sufrir. Por eso había querido eliminarlo, no verlo más. Pero tampoco podían tirarlo al azar, en la basura o en el descampado, porque seguiría partiéndose en nuevas ocasiones de infortunio.

No había vuelto a saber de él hasta ahora. Hasta que subió al desván entre aquel amontonamiento de cosas viejas y abandonadas que olían a clausura y a humedad. Hasta que abrió el viejo baúl y se puso a sacar aquellas cosas olvidadas.

Una mantilla rota de fino encaje negro. Una mantilla de ir a la misa. Cuando se usaban mantillas para ir a la misa. Hacía tantos años. Hacía aquel juego de hilos oscuros que se combinaban sobre la piel, con sus breves nudos y sus pequeñas escalas perdidas. Y unas peinetas

de carey. Estaba rota la mantilla. Desgarrada. Había sido, ahora recordaba, aquel rapto de ira ciega, aquel disputarse. Estaba recién casada con el segundo marido. Ella salía para la iglesia, era el domingo en la mañana, y él le había dicho algo desagradable. Ella intentó seguir como si no lo oyera. «No me estás oyendo». Eran gritos. Y aquel manotazo para detenerla. Crujió la mantilla desgarrada. Era un hombre violento. Por lo demás era bueno. El mal humor y el juego eran sus defectos. Llegaba, con frecuencia, en la alta madrugada. Ella hablaba con él, entre dormida y despierta. Por el timbre de la voz sabía si había ganado. Cuando ganaba, ganaba mucho. Hablaba de «luises». Quinientos luises, dos mil luises. Eran también las ocasiones de regalos. Aquella esmeralda. Se miró la mano pero no la tenía. Un pedazo de luz verde cuajada sobre el dedo. O aquel brillante de tintes rosados. Lo había vendido más tarde. A la hora de venderlo no le querían dar ni lo que él había pagado. Así era siempre. A la hora de vender las cosas valen mucho menos. Fue en uno de aquellos días de gruesas pérdidas. Cuando él regresaba casi con la mañana, reconcentrado y maldiciente. Nada había que preguntarle. Era la hora de vender joyas, de hipotecar la casa. «Una racha increíble de mala suerte». Contaba como los albures habían venido todos en contra. Tenía puntos muy buenos, puntos para arriesgarlo todo, pero había otro que tenía un punto mejor. Cuando la suerte se pone así no hay nada que hacer. «Ya cambiará». Lo veía entonces con aquel mismo ojo que ahora se reflejaba en el pedazo de espejo. Un ojo joven, seguro y confiado. Así se veía entonces. Eran días de disputa, de mala voluntad y de no hablarse. «No se puede vivir así». Cada despertar en la madrugada era como una visión de aparecidos. Era como si cada vez

llegara una persona distinta. Aquel hombre contento y dicharachero que hablaba de millares de luses, de la nueva joya que le iba a regalar, de los nuevos muebles, del viaje que iban a hacer. «Despiértate. No pierdas el tiempo durmiendo». O aquel otro, envejecido, doblado, silencioso, con los ojos en sombra. «Mal. La cosa estuvo mal». Era aquel mismo ojo el que lo veía, era sobre aquella misma mirada que pasaban las palabras. Hasta que resolvió separarse de él.

No era con aquella boca que ahora aparecía en otro fragmento de espejo. Esta era una boca envejecida, con estrías de arrugas, con un menudo rayado sobre los labios como si el aliento de una larga vida los hubiera ido quemando. Aquellos labios envejecidos y aquellos dientes lustrosos que seguían siendo jóvenes. Era una mueca lo que estaba haciendo ante el vidrio que la reflejaba. Siempre había pensado con horror en que llegaría a ser así. Una máscara ajena.

Tropezó en el baúl con una muñeca rota. La hinchada cabeza de pasta de colores sobre el cuerpo de almohadilla. ¿De cuál de sus tres hijas había sido? De las dos del primer matrimonio o de la del segundo. Jugaba con las niñas como una niña. Se embecía con ellas en aquella representación en que ella se iba poniendo pequeña y ellas se iban poniendo grandes. Vestían a las muñecas para distintas ceremonias, las casaban, las llevaban a bailes en que la música no se oía sino en la memoria de los que jugaban. Llegaba a pelearse con las niñas por las muñecas hasta que el juego terminaba en disputa. Después de sus hijas, habían sido las nietas las que venían a tomar la merienda de vez en cuando. Y le decían «Mamá vieja». Y también «Yayá».

La vejez que estaba en aquella boca que reflejaba el

fragmento de espejo. Habían salido tantas palabras por aquella boca, había cambiado tantas veces la voz. Ahora parecía una voz más lejana, más ajena, casi como si no la dijera sino que la oyera con la mente.

Había hecho muchas ceremonias con las muñecas. Jugando con las hijas y con las nietas y con las biznietas. Era siempre el mismo juego. Vestirlas para el baile. Para encontrar un galán de corbata negra y pechera blanca. O para la ceremonia del matrimonio. Los de las muñecas y los de la familia. El matrimonio de la primera hija. Los largos preparativos. El traje, los adornos, el ramo, las invitaciones. Días y días escribiendo tarjetas con listas interminables de nombres. No iba a caber en la casa tanta gente. No era entonces muy grande la casa. Era en los tiempos del primer marido. Llegaba gente desde que comenzó la recepción casi hasta el fin. Llenaban los salones, los corredores, los pasadizos, las alcobas. Había varios cuartos llenos de regalos. Lámparas, floreros de cristal, figuras de terracota y largas filas de platos, de vasos y de cubiertos. Parecía una tienda.

También había venido gente en los entierros y se había llenado la casa. Humo, calor, velas y el catafalco que asomaba entre las cabezas como un arrecife entre el agua. Y aquella cantidad de coronas. Toda la casa olía a flores y hasta muchos días después aparecía una azucena marchita debajo de una poltrona.

Más grande fue la casa que tuvo al comienzo de su segundo matrimonio. Ahora veía la mano que sostenía el espejo roto. Era como una mano ajena, esquelética, huesuda, cubierta de manchas oscuras, con las coyunturas demasiado gruesas. De nada, servían las cremas. Precisamente lo que había tenido más bonito eran las manos. Se las alababan todos. «Para tocar la

viola de amor», decía aquel poeta que se había enamorado de ella. ¿Cuándo fue? Entre el primero y el segundo marido. Cuando vivió en la casa pequeña. Venían poetas y pintores amigos de sus hijas. Se recitaba, se ponía en el fonógrafo «El mediodía del fauno» y se hacía el elogio de sus manos. Uno de los pintores las pintó. Solas como si volaran en un espacio vacío.

El matrimonio de la segunda hija fue en la primera casa grande del marido jugador. La recepción había sido todavía mucho más numerosa que la primera vez. Pero poco después habían tenido que mudarse a una casa más pequeña. Al azar de las madrugadas de ganancias o de pérdidas se cambiaba de casa o de muebles, o de cuadros o de joyas y automóviles. Habían sido muchas casas. La del Paraíso, la primera del Este, con aquel jardín tan extenso, la de la colina que dominaba media ciudad, el pequeño apartamento de la mala racha.

Estaba allí, en el baúl, aquel pedazo amarillo de vela a medio quemar. Apartó la mirada. Era del velorio de la segunda hija. La única ceremonia que no había jugado con las muñecas era la de los entierros. Pero, en cambio, cuántos había habido en la casa y en la familia. Los de una hija y dos nietos. Los del primero y el tercer maridos. El último fue el que más le duró. Ya era viejo cuando se casó con ella y parecía que no iba a terminar de envejecer nunca. Con una piel lustrosa y muerta como de máscara de cera. Con un bigote entre blanco de canas y amarillo de tabaco. Delgado, alto, fino, muy bien puesto siempre. Los trajes y las camisas debían estar impecablemente aplanchados. Si le ponían más almidón del necesario protestaba, si le ponían menos también.

Fue con él que vivió más largo tiempo en una misma casa. En la penúltima. Después se había venido o la

habían mudado los hijos a esta otra, donde estaba ahora, a la que no acababa de acostumbrarse. Con su segundo marido había perdido mucho el apego de las cosas. Aquel constante cambiar de casas y de muebles no le daba tiempo para acostumbrarse a nada. Aquella silla de Viena, con la esterilla rota, que estaba allí contra una pared del desván, era todo lo que quedaba de una de aquellas mudanzas. Las grandes mecedoras de Viena se movían en un ancho corredor con jaulas de pájaros, sobre un jardín lleno de flores y de palmeras. Era así como se usaba entonces. Hubo también aquellos muebles de mimbre blanco, muy adornados. No quedó ninguno de ellos. Como no quedó nada de aquellos paisajes que estuvieron colgados en uno de los salones. Uno borroso, con mucha bruma dorada, que debía ser extranjero. Un río, un bosque y, más allá, los techos de una aldea muy puntudos. Y a lo lejos algunas figuras borrosas de gente entre los árboles. O aquel otro, tan lleno de luz, que representaba un trapiche con su torre rojiza frente a un inmenso monte verde lleno de luz. Un paisaje que se parecía a muchos que ella había visto cuando todavía había haciendas de caña y trapiches en los alrededores de la ciudad.

Ése era el paisaje que le gustaba más a la primera nieta que se le casó. Fue su regalo de boda. Del matrimonio de la última hija al de la primera nieta parecía que había pasado muy poco tiempo. Ahora asomaba en el espejo aquella nariz que se le había ido poniendo ganchuda y tejida de estrías. Apartó la vista. El matrimonio de la primera nieta había sido distinto. Había aparecido mucha gente nueva. Mucho joven desconocido. «¿De quién es hijo?». Era como reconocer fisonomías cambiadas en fisonomías nuevas. Estaban también allí su

hija con su marido haciendo el papel de padres de la desposada. Ella estaba en segundo término. Con su tercer marido, muy elegante dentro de su frac impecable.

Empezó luego el tiempo de los biznietos. Otra vez las meriendas y las muñecas. Ella se empeñaba en repetir los juegos y las ceremonias pero aquellos niños nuevos no parecían interesarse. Hablaban de otras cosas, de películas, de actores, de atletas, o de personajes de televisión. Pero ella se ponía impertérrita a organizar para las niñas su ceremonia de muñecas. El casorio solemne de una muñeca con velo y un muñeco de corbata negra. Los niños no la seguían. Se iban a correr por el patio de la casa o encendían el televisor. Jugaban juntos los varones y las niñas y se peleaban como iguales. No oían su voz que los llamaban al orden. Tenía que intervenir una sirvienta y poner orden con amenazas. Vendrían nuevos matrimonios y nuevas ceremonias. Terminado el turno de los biznietos iba a comenzar el de los tataranietos.

Recordaba cuando le habían llevado el primero. Ya su nombre no tenía nada que ver con el de ella ni con el de ninguno de sus maridos. Era aquel niño menudo en cuyo rostro buscaba huellas de recuerdo de los rasgos de la familia. En cuya boca torpe recomenzaba aquel mismo balbuceo de *aes* que tantas veces había oído comenzar en tantas menudas cabezas. Con el mismo baboso ahogo. Con la misma mirada inexpresiva. Lo que cambiaba era la vestimenta. Desde las enormes sayas bordadas de bautizo en las que desaparecía entre lazos la cabeza llorosa, hasta aquellos niños recientes casi desnudos que pataleaban al aire como animalitos abandonados. Pero era el mismo corto y ahogado fuelle de buche. De los varones y las niñas, de los hijos y del primer tataranieta.

No recordaba de cuál de los niños de cuál de las generaciones había sido aquella muñeca rota. Podía haber sido de tantos. Pasaban confusamente por su memoria. Gordos infantes, con gorros, sin gorros, con chupones en la boca, con llanto, rodeados de aquel eco atiplado de voces de mimo.

Ahora también le ocurría confundirlos. En los días de celebración, el día del Santo, el nuevo año, venían niños, los hijos de los hijos, los más jóvenes, los primeros hijos de los nietos, mezclados con madres, cargadoras, visitantes y resplandor de muchas velas encendidas sobre tortas nevadas. El nombre de la última nieta se lo daba a la primera biznieta. «Tú eras Teresa». No era Teresa. Podía ser Elvira o Livia o Julieta. Julieta no, ya era más grande. Ya vestía con coquetos alardes su traje de adolescente. Ésa había sido más bien la tercera hija. La última biznieta usaba siempre aquellos horribles pantalones de varón que parecían viejos y usados.

Siempre se cumplía un aniversario o un santo. Los días iguales no habían cambiado sino por las casas, por los muebles y por los que aparecían y desaparecían. Se celebraban bodas, nacían nuevos niños. Moría el tercer marido. Ella estaba siempre con su traje pulcro, llena de gentileza, sonriente y repitiendo aquellas frases que siempre decía como si nunca las hubiera dicho antes: «Estás muy bella». «Qué alegría me da verte». Eran besos en las frentes y en las mejillas. Eran los regalos. Los postres, los floreros de cristal, los frascos de perfume. La niña que entraba un día de bautizo volvía a salir otro día de matrimonio. ¿Era Julia o Ana?

Entre el primero y el segundo marido había estado poco tiempo sola. Entre el segundo y el tercero fue más largo. Pero fue más largo el matrimonio con el tercero. Un

hombre más quieto, en una misma casa, con un ritmo inalterable de horarios y costumbres. Llegó casi a suplantar a los otros en el recuerdo, a ponerlos lejos. Era también de quien le habían quedado más cosas, bastones, paraguas, estuches de cigarrillos y algunos trajes que nunca se decidió a regalar. Fue al lado de él que envejeció. En años lentos y sin cambios. No cambiaban sino los nuevos niños de los hijos, de los nietos y ahora de los biznietos. Era como la sucesión de las mañanas y las tardes, de las noches y los días. Todos habían terminado por llamarla con el mismo nombre que le habían dado los niños: «Yayá». Los hijos más viejos y los últimos niños decían y retomaban aquel nombre como un eco. Era menos fácil distinguirlos. Aquellas dos sílabas de balbuceo que salían de todas las bocas como en un juego de escondite y simulación. Como cuando venían en el Carnaval los más pequeños con los mismos disfraces que año tras año había visto reaparecer con cada nueva generación. El pirata, el vaquero, el indio, el mosquetero. Con la misma voz nasalizada: «¿A que no me conoces?». Era aquel mismo adivinar de todos los días para poner un nombre sobre aquel rostro parecido a otros que decían las mismas palabras.

Con las memorias de los maridos la confusión crecía. Había descendientes del primero. Eran los más. Algunos del segundo. Del tercero no había tenido hijos, pero era el que por más tiempo había hecho el papel de padre de la familia.

A veces decía a un niño: «Tu abuelo Antón» o «Tu abuelito Santiago».

¿Pero era realmente aquél su abuelo? No era ésta la biznieta de Antón, sino la de Santiago. «Tu abuelo», decía y se quedaba en suspenso como buscando en el recuerdo.

Desde que murió el tercero había pasado mucho tiempo. Tanto tiempo que ahora le parecía que siempre había vivido sola, como ahora. Sola en aquella casa llena de viejas cosas, con sus viejas sirvientas y la visita continua de la multiplicada familia que crecía todos los días. Siempre había un nuevo matrimonio o un nacimiento que iba a ocurrir.

Lo que aparecía en el pedazo de vidrio ahora era aquel cuello flaco y descolgado, aquella piel que se plegaba como una tela usada. Era lo mejor que había tenido. Aquel cuello largo, elástico, que parecía una columna viva. Ahora era tan sólo aquel nudo de tendones, de surcos, de grietas de ancianidad. Apartó la vista.

Cada pedazo del espejo debía ser un año de desgracia. Si se pusiera a contarlos ahora podría ver cuántos le faltaban. Tal vez no muchos. No le gustaba recordar su edad, no se la decía a nadie. «¿Tú eres muy viejita, Yayá?», preguntaba uno de los niños. «No tanto, no tanto». Podía recordar muchas cosas remotas. Su primer traje de bodas que era una catarata de raso blanco y de encajes, o el segundo y el tercero que fueron unos «tailleur» de colores alegres. Uno fue rosado, el otro azul pálido. O todos los trajes de novia tan diferentes y cambiantes que, año tras año, había ayudado a escoger para hijas y nietas y biznietas. Y ahora venía el tiempo de las tataranietas.

¿Cuál era el matrimonio que se preparaba ahora en la familia?

Desfilaban rostros, desfilaban voces, desfilaban nombres. Se daba cuenta de que confundía. Procuraba no ponerse los anteojos, pero aun cuando los tenía puestos no veía con claridad. A ciertas distancias las fisonomías se fundían en un empastado blando y casi informe. Era más

por la silueta, o por la voz que podía reconocer. Además, los presentes se parecían mucho a los ausentes. A veces estaba pensando en un ausente o en un muerto cuando tenía que responder a aquella presencia confusa que se le había puesto por delante. Y era al ausente o al muerto a quien nombraba. «Santiago». Santiago era el primer marido, ya muerto, y el primer hijo, ya viejo, y también uno de los nietos y uno de los biznietos. Cuando lo nombraba no sabía a cuál de ellos estaba nombrando o ni siquiera con quien hablaba. Era una voz de niño o de hombre, que volvía en respuesta, pero no era en él en quien estaba pensando cuando lo había nombrado. Lo mismo pasaba con el nombre del segundo marido y hasta con el del tercero, a pesar de que no habían tenido hijos. No había tenido hijos de Antón, pero por darle placer le habían puesto el nombre a uno de los nietos y éste, a su vez, se lo había puesto a un hijo. Era un juego de adivinanzas y de sombras. ¿Con cuál Santiago hablaba? ¿Cuál respondía? Podía a veces creer que le respondían los que no estaban presentes. Porque tampoco oía bien. Las voces le llegaban incompletas, asordinadas y lejanas. O hablaban demasiado rápido o demasiado bajo. Era más adivinar lo que decían que oír. Y luego no sabía si le hablaban a ella o hablaban entre ellos. Si esperaban respuesta o no. O ni siquiera si era una voz de persona o un ruido de mueble o de puerta o de ladrido lejano. A veces oía voces y buscaba con los ojos turbios sin topar con nadie en la estancia vacía. A veces, también, se ponía a hablar sola. Era entonces cuando hablaba con los muertos y los ausentes. Cuando casi oía las réplicas que no le daba nadie. Cuando reanudaba viejas discusiones. Las que había tenido con el segundo marido en las madrugadas de regreso de la casa de juego. Pero a cada

vez, sin darse cuenta, modificaba y mejoraba su parte en el diálogo. Decía mejor lo que había dicho antes o lo que hubiera debido decir. Alzaba la voz, sin darse cuenta, y entraba una criada. «¿Usted llamaba?». «No, no. Estaba... recitando». Porque también a solas recitaba a veces. No sabía de quién eran aquellos versos que se le habían quedado de niña. No pasaban de un cuarteto. Tenían un tono enfático y pleno que la halagaba.

Había ido oscureciendo y el espejo se había ido llenando de sombra. Ahora no se divisaban facciones sino estrías de luz sobre la lámina quebrada. Con sumo cuidado lo volvió a colocar en el baúl. Recogió la muñeca y los trapos dispersos y los colocó encima. Cerró la tapa con lentitud.

Fue entonces cuando oyó que la llamaban. Desde abajo, como un eco, había oído su nombre. Puso la mano en el oído para recoger mejor. Ahora no oía nada. Pero había oído. Se levantó con dificultad.

Tomó el bastón que tenía apoyado al respaldo de la silla y buscó a tientas la escalera. Comenzó a bajar. A cada pisada crujían los peldaños de vieja madera. La casa estaba oscura y no se sentía ruido alguno. A medida que descendía le iba pareciendo más extraña la soledad y hasta la dimensión de la casa.

Era de abajo que la habían llamado. Tal vez desde la puerta. No había distinguido si era voz de hombre o de mujer. Pero la habían llamado. No se veía nadie. No se oía nada. Todo parecía solo.

Comenzó a llamar. ¿A quién llamaba? A la criada. A las criadas también les confundía el nombre. Habían sido tantas y se habían llamado de tantas maneras diferentes. Era la suya aquella voz maullada que parecía disolverse en el espacio oscuro. Llamó con más fuerza. ¿A quién

llamaba? A un nombre de mujer o de hombre. A Santiago o Antón, el marido o el hijo, o a una de las tantas Teresas o Julietas, que pasaban desde las hijas ya canosas hasta alguna biznieta.

Le habían respondido. Era tal vez un eco de su propia voz, de su propio paso, del sonido de aquel mueble con que había tropezado. Alguien estaba. No podía distinguir en la penumbra. Alguien que le había dirigido una palabra, que le había dicho su nombre. ¿De quién era aquella voz? Iba avanzando lentamente y nombrando nombres. Con el bastón buscaba el paso entre las sillas y las mesas, junto a los tiestos de palmas. No debía ser una voz. No debía haber nadie. ¿Qué día era hoy? ¿Martes o jueves? ¿Quiénes eran los que iban a venir esta tarde? Se oían ahora voces pero lejos y de la calle.

Se detuvo y sintió miedo. La casa estaba vacía.

LOS GANADORES

Una vez el mundo se acabó por la sequía. Acaso, el último testigo fue un bibliotecario. Dejó de llover. Pasaban los meses y el cielo permanecía azul, limpio, seco. Toda la Primavera se fue sin que lloviera. Se esperaba, día por día, la llegada del aguacero. Se percibían algunas nubes estrechas y remolonas pero no terminaban de condensarse. Pasaban altas y sueltas sobre los campos enjutos. Se recordaba en los periódicos años anteriores de larga sequía. Pero a cada día que pasaba parecía que esta vez iba a ser peor.

Empezó a sentirse una rara sequedad en el aire. La debían sentir también las hojas, que comenzaron a ponerse amarillas como si hubiera llegado el otoño. Los prados se tostaban y el ganado se agrupaba mustio bajo los árboles en busca de sombra, rumiando la escasa hierba.

Los ríos comenzaron a adelgazar. Se veía bajar el nivel bajo los puentes, que aparecían desproporcionadamente altos para la corriente tan flaca. Los cursos menores disminuían y se estancaban en lagunazos inertes. Arroyos y fuentes iban desapareciendo.

En los campos amarillos se veía enflaquecer las vacas y las ovejas. A veces un viento brusco movía las hojas resacas y a su ruido la gente se asomaba a las puertas creyendo que era lluvia pero era viento de sequedad. Olía a papel, a paja, a polvo.

Las fotografías de la prensa traían la imagen de campesinos tristes, de pie sobre botas terrosas en un piso de tierra seca. Eran vistas sin fondo, sin árboles, borradas por la luz excesiva. En la televisión hablaban del fenómeno. Aparecían funcionarios y profesores que

trataban, interrumpiéndose los unos a los otros, de los ciclos de sequía, del movimiento de las masas de aire sobre los continentes y los océanos. La gente los oía sin comprender y visualizaba una transparente mole de aire compacto fija sobre el continente que no dejaba que el tiempo cambiara. «Hay un anticiclón estabilizado entre el norte de África y el Mar del Norte».

Nada veían los que miraban hacia el cielo. Todo de azul transparente más allá de capas, de corrientes y de masas inmóviles.

Se empezó a hablar de emergencia. Habría que importar pastos para alimentar animales, se movilizaron tropas para transportar paja seca a los lugares más afectados. Por último se comenzó a sacrificar ganados. La vaca flaca pasaba junto al pozo seco para ser degollada. El chorro de sangre caliente caía sobre los terrones agrietados.

Se dieron severas instrucciones para economizar agua. No se regaría, no se lavarían vehículos. Las calles se llenaron de automóviles polvorientos y los jardines se convirtieron en rastrojos.

En algunos pueblos y pequeñas ciudades la situación se hizo aguda. Se secaron las fuentes y la gente comenzó a emigrar dejando las casas vacías. Se iban hacia las ciudades grandes. Llegaban en automóviles, en carromatos, sobre viejos caballos, a pie, y acampaban en las riberas del río. Cubrían las orillas convertidas en campamentos de refugiados. Bajaban cubos con cuerdas y se los volcaban sobre la cara. Después se quedaban de pie hasta que el viento caliente les secaba la ropa.

Ni siquiera en una aldea al borde de un lago. Los campos se secaban mientras bajaba el nivel del agua. El embarcadero quedaba en seco en una cuesta que bajaba

hacia el agua del fondo. Más oscura, porque estaban amarillos los campos y porque estaba el fondo más cercano. Miraban volverse su lugar otro lugar. Al bosque se le cayeron las hojas y los árboles se convirtieron en garras negras y huesudas tendidas hacia lo alto. Escaseaban las gabinas, morían las vacas. La campana de la iglesia cambiaba de tañido. En el aire más seco y metálico era cada día más duro y penetrante. Insoportable. Cada día había que bajar más abajo hacia el nivel del lago. El agua pareció comenzar a bajar más velozmente. Era que la evaporación se aceleraba con el aire seco. Casi se la oía silbar como el vapor de una marmita. Poco a poco se fueron todos. Todos los caminos iban hacia la ciudad. El borde de las calzadas estaba amojonado de muertos. Con viejas maletas y líos de ropa al lado. El olor era irrespirable y no había buitres ni gallinazos que vinieran a devorarlos. En los árboles sin hojas no quedaban pájaros.

Los que lograban llegar a una ciudad no reconocían nada. Se veía poca gente. Las puertas sin cerrar y las tiendas vacías. En algunas esquinas camiones cisternas repartían agua. Un agua caldosa que sabía a metal. Las gentes se apiñaban y formaban motines para alcanzar el reparto. Bebían a grandes tragos y se sentaban alelados en el suelo a mirar hacia las paredes y las perspectivas vacías. Se daban cuenta de que no se veían animales.

Todas las puertas abiertas. Se podía entrar a las casas y a las tiendas abandonadas, mirar las telas mustias sobre los mostradores, los zapatos caídos en desorden, las corbatas regadas por el suelo como serpientes disecadas. En los museos sin portero gente hipnotizada permanecía inmóvil delante de los grandes paisajes con bosques y ríos, de las naturalezas muertas colmadas de faisanes,

tomates rojos, y panzudos cacharros de agua. Escenas de tormenta con chaparrón y rayos y campesinos que huían en busca de refugio. Miraban por entre las cabezas apretadas, por rendijas de visión, la lluvia, los ríos, las frutas. Ojos rojizos, y bocas descolgadas y secas.

«Es igual en todas partes». Era lo que se oía. «No ha llovido en ninguna parte». Fueron escaseando los periódicos. «Ya no va a haber papel. No hay transporte, se están acabando los bosques». Se hizo cada día más escasa e intermitente la electricidad. Casas y barrios primero, y luego ciudades y regiones fueron borrándose en la oscuridad de las noches. Desapareció el radio y la televisión. Las pocas noticias que llegaban eran para confirmar la increíble extensión de la sequía. El agua desaparecía.

Los grandes supertanqueros, que eran como lagos de petróleo flotantes, llegaban ahora cargados de agua de los más lejanos ríos que conservaban algún caudal todavía, del Amazonas, del Congo, o de hielo derretido de la banquisa polar. Pero pronto empezó a escasear el petróleo para mover los tanqueros.

Corrían rumores cada vez más alarmantes. «Se está despoblando Tokio». Los barcos anclados en el puerto de Nueva York tuvieron que hacerse a la mar porque el nivel del Hudson los hacía encallar en el fango. Se hablaba de alguna región donde todavía había agua y verdura. En algún valle de los Alpes casi inaccesible, pero los caminos estaban bloqueados y disparaban contra el que se acercara.

Era siempre en algún lugar remoto e inaccesible. «Allá hay agua», se decía como en un secreto. Un lugar increíble donde todavía había bosques y fuentes, donde todavía se podía oír el ruido del agua corriendo entre las

piedras. Aquel ruido ya olvidado y que ahora les parecía casi inaudito y difícil de recordar. ¿Cómo era el sonido del agua?

Bajo el tiempo agostizo todo se desecaba y parecía envejecer y cuartearse. Una capa amarillenta cubría los muros, cuarteaban los encalados, grietas surgían y crecían por paredes y pavimentos y por sobre la tierra que había sido húmeda. Como un juego de trazado de imperfectos cuadrados incompletos. Una tela de araña de grietas. Se tostaban los cuadros, sobre el paisaje o sobre el rostro de la pintura aparecía el cuadrículado que lo quebraba. Como también aparecía en los rostros vivos. Surgían arrugas en las pieles. Las caras de los viejos parecían vejigas vacías. Aparecían arrugas también en las de los jóvenes. Los niños se transformaban en enanos vetustos con fisonomías taraceadas de finos surcos secos sobre cuerpos menudos que ya no iban a poder crecer.

Todos terminaban por parecerse. Eran poco a poco las mismas caras y las mismas manos transparentes y huesudas. Más que rostros iban siendo máscaras de vejiga seca.

La membrana transparente se abombaba sobre las caras y se redondeaba inerte con formas de globo desinflado. En la avitelada sequedad sólo asomaban vivos y reconocibles los huecos de los ojos, de la nariz y de la boca.

Cuando corría viento era como una ráfaga de finos cuchillos cortantes.

Era poco lo que se hablaba. Bastaba con verse, con palparse con las manos, con pasar al lado casi sin mirarse. La sola noticia dicha y redicha estaba en la vaguedad de la mirada. «Todo sabe a polvo». Al fino polvo que cubría los objetos y los cuerpos. Las hojas sucias todavía sin caer,

los tallos leñosos. «Sabe a polvo».

Brotaban incendios del calor y la sequedad quemando las ramas secas, los pastos secos, los despojos de los animales, las casas vacías, los automóviles abandonados y los vagones de los trenes detenidos a medio camino. Pasaban de un árbol seco a otro árbol seco, de un montón de desechos a otro montón, entraban por las ventanas y las puertas y pasaban a otras puertas y ventanas. El vaho quemante cortaba los alientos con su soplo de chamuchina y de podredumbre.

La pata del perro muerto tocaba con el zapato deshecho del hombre caído, se movían cuerpos echados entre las cargas de tubos abandonados sobre patios y camiones, entre motocicletas inertes dispersas como saltamontes y los instrumentos de cobre pulido de una banda que había desaparecido. Hombres tambaleantes pasaban entre mujeres sin edad que los miraban apenas. Se cruzaban las sombras de los cuerpos. No se sabía si eran jóvenes o viejos, si eran de carne y hueso o maniquíes abandonados en las aceras. Alguien orinaba sobre el polvo y se hacía rueda para ver correr el escaso líquido amarillo que era como el jugo de la última humedad de la carne.

El que creía que había tomado una mujer y la arrastraba de las manos, al tiempo de pasar por puertas abiertas y corredores vacíos y patios sin árboles, se percataba de que era un maniquí, de mejillas de cera derretida y de ojos de vidrio opaco, con cabellera de paja quebradiza. Pasta, cartón y madera seca. La abandonaba por temor de que se le incendiara en las manos y se iba solo mascando una astilla, que había sido madera verde, que había sido árbol con hojas y que ahora crujía en su boca reseca.

Seres sutiles y casi desnudos trepaban con lentitud a los árboles que conservaban todavía algunas hojas. Subían a las ramas más altas y comenzaban a mascar las hojas ásperas y ya medio tostadas, rumiando sin parar, hasta que les asomaba un hilo de baba verde por las comisuras de los labios. Allí se quedaban hasta que caían en el mismo día o el siguiente.

«¿No habrá más nunca agua?». Recordaban alelados los pozos, las fuentes, los ríos, la lluvia cerrada y resonante que rayaba el paisaje y deformaba los vidrios de las ventanas.

El fuego se encendía de pronto en el mueble viejo, en el montón de periódicos abandonados, en los depósitos de madera. Era una combustión espontánea que aparecía como una gota de llama. Se escondían los vidrios y los espejos y los últimos fumadores recogían papeles y los arrollaban con hojas secas que se deshacían en las manos. El viento arrastraba hojas de diarios, viejos de meses y amarillosos de intemperie, mostraban en sus vueltas las olvidadas noticias increíbles del otro mundo. Retratos de desaparecidos y olvidadas escenas de vida. Avisos desplegados con botellas de refrescos, un bebedor de cerveza con su enorme bock en la mano.

Con los libros había más peligro de fuego. Por las ventanas tiraban a la calle los volúmenes deslomados por miedo a que se incendiaran solos. Había montones y regueros de libros abiertos por todas las páginas. Fueron ardiendo los archivos desiertos y las bibliotecas abandonadas. De pronto un estante alto se convertía en una cortina de llamas. El humo del papel quemado hacía huir a los escasos empleados.

Todo esto lo vio y lo recordó el bibliotecario. El bibliotecario calvo y enteco, vestido de un viejo traje

verdoso vio comenzar a arder los libros que tenía en su mesa. Se pasaba las manos por la frente y sentía el áspero contacto de aquella ampolla hueca que lo cubría. Era como papel de seda y podía arder también. Ya estaban en llamas todas las salas del piso alto y comenzaban a arder las de la planta baja. Las pastas viejas, los pergaminos, los diplomas en becerro daban un humo más acre y asfixiante. Los libros modernos ardían más rápido. El bibliotecario revisaba su catálogo en la mente. El sistema Dewey le servía como un mapa de ciego. Ya habían ardidido los griegos y los latinos de la Edad de Augusto. Los pesados grimorios de la Edad Media fueron más lentos. Los anchos lomos de los libros de teología y las primeras ediciones heréticas de la Biblia. Había hecho varias veces el gesto de salvar algún volumen. Se acercaba al precioso estante de los incunables, pero mientras rodaba la escalera, los dedos de las llamas comenzaban a pasearse sobre los lomos oscuros.

Cuando ya no se podía respirar tuvo que huir a la calle. Una que otra figura humana se divisaba junto a las torres y a los vacíos edificios. Largas sombras de figuras solitarias, junto a filas de arcadas que se perdían de vista.

«Están ardiendo los libros». No lo oía nadie. «No van a quedar libros, no va a quedar memoria. Cuando esto pase...». Calló asustado de su propio pensamiento. No tenía a dónde dirigirse, pero avanzaba sin parar.

Cuando logró salir del dédalo de las calles vacías y de las gentes dispersas se halló en un campo inmenso. Inmenso por la soledad y por la quemante luminosidad que profundizaba el espacio sin término. A veces caminaba por las calzadas de asfalto donde nada se movía, otras veces tomaba al azar por caminos estrechos del campo y veredas que pasaban junto a alquerías

abandonadas. Se detenía a reposar sin encontrar a nadie. En ocasiones hallaba un charco de agua mustia, terrosa y espesa. Sorbía, de bruces, hasta que la boca se le llenaba de tierra y comenzaba a toser.

A lo lejos se divisaban siluetas de cerros. Hacia allá caminó a cortos trechos. Deteniéndose mucho, tirándose al suelo agotado, con una somnolencia llena de delirios. Tenía tiempo sin hablar con nadie. Ahora hablaba solo. Alzaba la voz. Todas las palabras sonaban a agua. Y llegaban a significar agua. En los estantes de las enciclopedias y los diccionarios estaban todas las voces de todas las lenguas. Era agua lo que resonaba de boca en boca, de generación en generación, de pueblo en pueblo. «Hidro», «aqua», griegos, hebreos, romanos, flumen, uad, wasser, river. Todas venían de algún eco del sonido del agua. Se oía el agua detrás de ellas. Estaba modulando aullidos que imitaban el sonido del agua. «Aes» y «úes» mugidas. A cuatro patas, en medio del campo, como una bestia perdida.

Llegó a perder los zapatos y la mayor parte de la ropa. Iba descalzo y sucio, barbudo y despelucado, cubierto apenas con los restos del pantalón y de la camisa.

Estuvo cerca de edificios de piedra fortificados. Grupos de hombres armados los rodeaban con ferocidad. Lo alertaban amenazantes, a la distancia, para que no se acercara. Custodiaban pozos, decididos a todo.

Al pie de un monte halló una caverna húmeda. Una aguaza rezumaba de las paredes musgosas. Chupó lentamente el agua y comió el musgo. Sintió un inmenso alivio. Se puso entonces a buscar en los restos del bosque una rama para armarse con ella. Encontró un grueso y retorcido brazo de árbol seco. Lo limpió y se colocó con él

a la puerta de la caverna. A esperar. ¿A esperar qué?

Nadie pasaba a la vista. Cuando le entraba el sopor se quedaba dormido. Despertaba al ruido. Era el viento entre los restos secos del bosque. No iba a venir nadie. La caverna le recordaba a la biblioteca. La misma sombra informe. La misma inconsistencia de las paredes, la misma estrechez del espacio. Las paredes eran ocre, en algunas partes asomaban manchas rojas y negras. Uno de los días ¿cuántos fueron? en que sintió más agobio, puso la mano sobre la pared ocre y extendió sobre ella la carbonosa greda. Cuando la retiró había quedado una palma abierta recortada en negro sobre la superficie. Había perdido la cuenta de los días. Contaba con los dedos y con rayas que hacía en el suelo. Pero con frecuencia se olvidaba de hacerlas y cuando despertaba tarde, con el sol alto y con aquel fogaje de pesadez y ahogo en la cabeza, no sabía si era Viernes o Martes. Recordaba haber visto a Venus y a Marte, carnosos, rosados, unidos por el lazo que tendía en torno de ellos un niño mofletudo, en medio de paisajes de árboles, ríos y montes que llenaban los muros de los museos. Ahora no había sino aquella sequedad sin movimiento y aquel tiempo sin nombres.

Hasta que vio, ¿qué día?, aquella forma que avanzaba a lo lejos. Distinguía con dificultad entre la calina y la reverberación que turbaban el espacio. Era un hombre y algo le brillaba en las manos.

Se fue precisando la visión. Se acercaba un intruso. Solo en medio de tanta soledad quieta. Parecía un cazador. ¿Qué podría cazar? Traje de kaki, botas, sombrero ancho y aquel fusil resplandeciente en las manos. ¿Lo habría visto? Poco a poco se fue replegando en la cueva para ocultarse. Seguramente pasaría de largo.

Pero de pronto apareció enorme y poderoso en la boca deslumbradora de la caverna. Lo había visto y lo apuntaba con el arma. Ya no podía ver otra cosa que aquel metal reluciente que lo apuntaba. La luz le pasaba por los bordes de la piel abombada de la cara como por el papel de una linterna.

«No me vaya a matar. No puedo hacerle daño. ¿No me ve?». No contestaba, seguía apuntándole fijamente.

«¿Me entiende? Tiene que entenderme. Debe ser de aquí o de muy cerca. Ya debe quedar poca gente. Tal vez seamos los últimos. ¿Se da cuenta? Los últimos».

Le produjo desazón lo que había dicho. Hacía tiempo que no hablaba y antes tampoco había hablado mucho, pasaba la mayor parte del tiempo metido en los libros, doblado en la mesa leyendo junto a una lámpara.

«¿No me entiende?».

Parecía haber movido la cabeza afirmativamente.

«Sería absurdo que usted me matara. Debemos ser de los últimos».

Por detrás del cazador, más allá de la boca, en un gran pedazo de cielo luminoso se veía un leve rasgo de nube blanca.

«Mire, una nube». No se volvió a mirar. «Todo puede cambiar. Pueden venir otras nubes. Puede volver la lluvia. Todo volvería a recomenzar. Todo volvería a ser como antes. Menos para los que ya se han muerto».

No hacía ningún gesto ni de comprender, ni de responder.

Ya hablaba para sí mismo. Con una voz delgada y seca. «Tiene uno que morirse algún día». «Claro. Pero antes debe vivir su vida. Hacer lo que tiene que hacer». Era larga su tarea de clasificar libros. No tenía término. «Pero ahora somos de los últimos. Los últimos. Se

acababan los libros y no había tampoco para quién clasificarlos». Respondía a sus propias objeciones. «Cada hombre que muere es el último, ¿verdad?».

Nada respondía, tan mudo como aquel cañón de arma que lo apuntaba.

«No tiene sentido que me amenace si todos estamos condenados. Voy a morirme yo con mi mundo y usted con el suyo. ¿Qué cambia que sea yo el último o usted el último? Cuando yo me acabe usted también se acaba para mí».

No respondía.

«Yo he leído muchos libros. Toda mi vida. Soy bibliotecario, ¿sabe?, hombre de libros. He leído muchas historias y muchas imaginaciones. Son la misma cosa. Lo que pasa y lo que pudo pasar es lo mismo. Se confunden. He leído muchos Apocalipsis también. ¿Sabe?, las revelaciones del fin del mundo. Son muchedumbres de vivos, de muertos y de resucitados. La verdad, ahora lo veo, es que el fin siempre es de uno solo. Yo solo. Usted solo. No hay escape».

No parecía entender. Ni siquiera oír. Pero el amenazado seguía hablando. Al fin bajó el arma. Dio una brusca vuelta y siguió su camino.

Le tomó largo tiempo reponerse de aquella indefinida impresión. El resto del día y de la noche los pasó en somnolencia y delirios.

Lentamente, con cautela, volvió al aire libre. No había nadie a la vista. Tomó la rama y comenzó a caminar hacia una mancha de arboleda, en limpios troncos y ramas, que se divisaba a lo lejos. En medio de ellos se destacaba un pequeño grupo de árboles de increíble verdor. De un verdor olvidado. Apresuró el paso lo más que pudo.

Una cerca de piedra, dos árboles con un alto penacho de limpia verdura junto al techo oscuro de una casa. Olor a podredumbre. Entre la yerba seca, en cerco roto, estaban cuerpos muertos, dispersos en posiciones torcidas. Los más eran jóvenes. Algunos parecían haber sido arrastrados para alejarlos de la casa. Los más cercanos parecían los más recientemente muertos. Mostraban manchas secas de sangre y algún hueco de herida en la cara o en el pecho.

Anduvo un rato entre los cuerpos dispersos, mirando a cada instante hacia la silenciosa casa cercana. Esparcidos, tendidos, quietos, simulaban nadar en la muerte hacia el arbolado cercano. Despernancados, torcidos, boca abajo, brazos en aspas, todos se parecían hasta en la reseca máscara de los rostros. Creyó reconocer a uno. Era el que lo había amenazado en la caverna. Mal caído sobre un costado, media cara oculta, el arma al lado. Lo empujó con el pie hasta ponerlo boca arriba. Era él. Tenía una negra mancha de sangre seca sobre un hueco en el pecho. Tomó el arma. Con movimientos seguros y rápidos movió el mecanismo y vio asomar en la cámara el quieto enjambre de balas grises y doradas. Lo puso en posición de tiro.

Miró a la casa y avanzó hacia ella con paso resuelto. Apretaba con fuerza el arma y pisaba con firmeza. Parecía otro. La puerta de entrada estaba abierta y parecía desencajada de sus goznes. Llegó hasta ella. Ningún ruido, ninguna presencia sino aquella mortecina de los cuerpos abandonados que pesaba en el aire.

No aparecía nadie, no se oía nada. Adentro podía quedar el que había matado a los que se acercaban. Ya estaba en la entrada. En medio del patio abierto asomaba el brocal de un pozo. Un carro de labranza abandonado

estaba entre montones de paja. El corte de las sombras de las paredes y de los árboles caía a cuchillo sobre el suelo. Desparramó la mirada por todo el ámbito. Nadie asomaba. Había que registrar la casa. Adentro podían estar acechándolo.

Por una puerta abierta entró en una habitación espaciosa. Una mesa, unas sillas desordenadas, unas ristras secas de viejas frutas colgadas de las paredes. Nada se movía. Nada se oía. Con el arma preparada avanzaba como en la peligrosa proximidad de un animal salvaje. Pasó a otra habitación más pequeña donde había dos camas deshechas. Por el vano de una puerta del fondo le pareció ver cruzar una sombra. Disparó a ciegas y avanzó con rapidez. Al fondo de la habitación, contra el muro, estaba un hombre con un fusil en las manos. Su mirada era de terror. No había tiempo que perder. Le disparó a la cabeza. Vio una bocanada de sangre borrarle media cara. Cayó hacia adelante y quedó con la cabeza metida entre las piernas como en mitad de una pirueta. El cuarto quedó resonando del estampido.

Se acercó al caído. Desgonzado, cubierto de una vieja ropa desgarrada. Le quitó el fusil de las manos yertas. Manos delgadas que no eran de campesino. Abrió el mecanismo. No había ningún proyectil en la cámara. Lo contempló un rato. Ahora estaba más solo. No debía quedar más nadie.

Recorrió los otros cuartos y volvió al patio. Se acercó al pozo. Adentro el espejo de agua lo reflejó deslumbrándolo. Tomó la vasija atada a una cuerda y la dejó caer. Oyó el profundo chasquido sobre el líquido. Luego la subió lentamente, estaba pesada, la tomó en las manos y comenzó a beber a enormes tragos. El agua le rebosaba la boca y le corría por la barba y el pecho. Caía

sobre sus pies como lluvia. Tragaba ahogadamente aquella blandura sin sabor, aquel gusto de gota, aquella frescura deshecha y huidiza. Sabía a cántaro, a rumor de torrente. Tragaba y el agua le corría cuerpo abajo hasta que se vació el cubo.

Se puso a mirar hacia el fondo. En lo hondo espejeaba el agua. Había agua para mucho tiempo. Tal vez para años. Se podía sacar con el cubo y regar el suelo para sembrar semillas. Se podía permanecer allí mientras durara aquella sequía de horror. Mientras la gente y los animales perecían. Podría esperar hasta que cambiara el tiempo. Hasta que un día aquella delgada nube que había divisado en la mañana se convirtiera en una gruesa nube oscura, en un cielo negro de tormenta, en un diluvio que cayera por semanas sobre la tierra reseca y solitaria. Él podría estar allí hasta entonces. Aunque fuera el último. Sonrió. Todos habían perecido. Él solo, sobre la tierra limpia de gente. Veía ahora de otro modo lo que lo rodeaba. Asentado, seguro. Con la manga secó el agua que había mojado el fusil. Sentía cansancio.

Con aquella arma en la mano recordó todo el tiempo que llevaba sin libros. No había pasado día sin estar con ellos, sin leerlos y tocarlos. Y ¿ahora? Hasta que aquello terminara si es que iba a terminar. Solo, por campos sin vida, con un arma. Seguramente aquello iba a pasar. Se lo había dicho al cazador amenazante. «Cuarenta días y cuarenta noches». Era un eco de libros. Se daba cuenta. Podía en el recuerdo volver al rincón de las Biblias. Las impresas, las manuscritas, las iluminadas, las tejidas como encajes con letras góticas. «Cuarenta días y cuarenta noches duró el diluvio». También había ríos subterráneos. En el Xanadu de Kubla Kahn hay uno. Libros y libros de agua.

Ondulan los arcos de los acueductos romanos. El tiempo los había roto. Alta y sola corría el agua por el canal abierto. A vuelo de pájaro. Borbolloneaba en las fuentes antiguas, por bocas, brazos y barbas de dioses copiosos. Recordaba las églogas. Versos griegos y latinos que podía soltar al aire como una mariposa muerta. El río Alfeo era un dios. Un río era un dios. Se enamoró de la ninfa Aretusa. La ninfa era una fuente. Y la persiguió por los campos hasta alcanzarla. Se echó sobre ella y mezclaron sus aguas. Agua sobre agua sobre agua.

El patio parecía más solo y vasto que en el momento de llegar. Sentado en el brocal examinaba el contorno. Podía tal vez quedar alguien como él en alguna parte, en una alquería o en una fortaleza, junto a un pozo, esperando. Pero también podía ser el último. Más nadie. Miró en redondo la casa, las puertas y ventanas abiertas, tan silenciosas.

Se puso a examinar el fusil. Olía a pólvora. Le costó trabajo mover el mecanismo. Hizo un esfuerzo. El fusil se le escapó de las manos y rodó hacia el pozo. Hizo una rápida contorsión para atraparlo. Perdió el equilibrio. Manoteó en el vacío de las paredes lisas y empezó a caer. La caída fue lenta. Trataba de sujetarse con pies y manos de las paredes musgosas. Gritaba. Abajo entró en el agua. Sintió el chapuzón sordo. Pudo volverse sin tocar fondo. Ahora braceaba en el hueco estrecho buscando donde afirmarse, las manos resbalaban en el musgo y la piedra lisa.

«Me voy a ahogar». Agua y gritos le salían cuando asomaba por encima del agua. Arriba, lejos, aquel redondel de luz que parecía bambolearse.

«Socorro». Su voz y el agua le entraban y salían a borbotones.